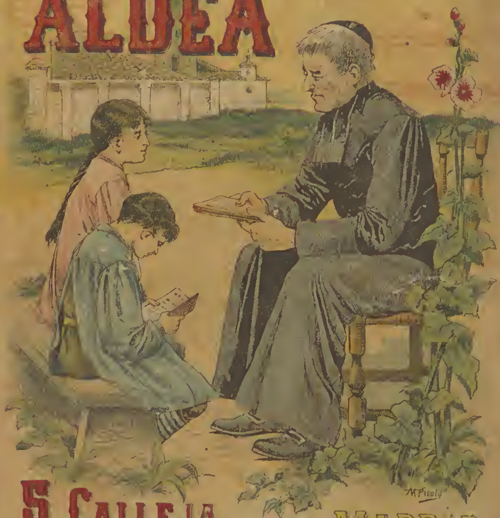
EL CURA DE ALDEA



S. CALLEJA

MADRID.

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES

LV



El corazón de Verónica se contrajo violentamente ante aquella aparición.

H. BALZAC



EL CURA DE ALDEA

ESCENAS DE LA VIDA CAMPESTRE



VERSIÓN CASTELLANA





MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, núm. 23.



México: Herrero Hermanos, Sucesores.

Imp. de E. Teodoro, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8.

A ELENA

No se lanza al mar el más pequeño esquife sin ponerlo bajo la protección de algo prestigioso. Sírvase usted, señora, patrocinar esta obra lanzada al océano literario, y tal vez se salvará de las borrascas con el amparo de un nombre que la Iglesia ha hecho santo, y que yo venero respetuosamente.

De Balzac.



CAPÍTULO PRIMERO

Verónica.

Había en Limoges, en la esquina de las calles de Vielle-Poste y de la Cité, hará unos treinta años, uno de esos comercios que, al parecer, no han sufrido alteración desde la Edad Media.

El suelo, siempre húmedo, estaba embaldosado con tal desorden, que presentaba altos y bajos suficientes para dar en tierra con el que no caminara viendo antes donde ponía la planta.

Las paredes polvorientas eran un raro mosaico de maderas, ladrillos, piedras y hierro, todo ello sólidamente unido por la acción del tiempo.

Desde el suelo se alzaban grandes pies derechos, que sostenían encorvados, como si fueran á romperse, los pisos altos, cubiertos con pizarras clavadas formando figuras geométricas. Las ventanas exteriores no se mantenían en su primitiva posición. Todas ellas estaban fuera de aplomo, avanzando las unas hacia la calle, penetrando otras hacia el interior, y cubiertos los huecos terrosos formados por el tiempo y la lluvia, con pequeñas plantas trepadoras cubiertas en la primavera de menudas flores. El musgo cubría los tejados, y el ángulo formado por las dos fachadas, aunque era de cal y canto, presentaba tal curvatura, que parecía próximo á ceder y desmoronarse con el peso del edificio, llevando consigo la efigie de una virgen mutilada por la Revolución, que se veía en una especie de hornacina construída en el mismo ángulo y á poca distancia del suelo, para que los fieles pudieran presentarle sus ofrendas y sus votos.

En el fondo de la tienda, una escalera, cuyos peldaños de madera estaban carcomidos por el uso, conducía á los dos pisos altos, sobre los cuales había un granero. Esta casa, adosada á otras dos, carecía de fondo, y se sostenía en pie milagrosamente. Cada piso constaba de dos habitaciones, con vistas cada una á las citadas calles.

En la Edad Media debió de constituir un buen alojamiento para algún herrero, armero ú otro artesano que necesitara poca luz para el trabajo. Las fachadas se alzaban sobre zócalos de piedra carcomida por el tiempo, y en cada una de ellas

había una puerta, que se cerraba por dentro con fuertes cerrojos y férreos pasadores. Después de atrancadas, quedaban los habitantes de la casa tan seguros como en una fortaleza.

Los aficionados á la arqueología callejera veían confirmada su opinión acerca del primitivo destino de la casa, porque el piso bajo era un verdadero almacén de objetos de hierro viejo, retorcidos y oxidados.

Aquella vetusta casa fué adquirida en propiedad por un tal Sauviat, que por los años de 1786 á 1792 comerciaba en unas cincuenta leguas á la redonda en las campiñas de la Auvernia, cambiando cazuelas y platos y otros enseres semejantes por hierro viejo, plomo ú otro metal cualquiera. El buen auvernés solía dar una fuente de barro negro y mal cocido, cuyo valor sería dos sueldos, por una libra de plomo ó de herraje, al parecer inútil, con la circunstancia agravante de que se convertía en juez de su causa: pesaba á su gusto. Por una especie de similitud, había extendido su comercio á la calderería. En 1793 pudo comprar un viejo castillo de bienes nacionales, y lo demolió. Con la ganancia del derribo repitió varias veces la suerte, y de este modo reunió el capital suficiente para proponer un buen negocio á uno de sus amigos de París. Puede decirse que la *Banda Negra*, tan célebre por sus devastaciones en aquella época, nació en el cerebro de Sauviat.

Por último, á los veintisiete años de comercio se le vió establecido en Limoges, y casado con la

hija de un calderero viudo llamado Champagne. Muerto éste, compró la casa en que vivían, y renunció al comercio exterior que había seguido haciendo con su mujer en los tres primeros años de matrimonio.

Sauviat frisaba en los cincuenta cuando se casó con la hija del viejo Champagne, que no era ni fea ni bonita, pero que, como buena hija de la Auvernia, tenía constitución á propósito para el trabajo. Morena y de color sano, gozaba la Champagne de excelente salud. Cuando se reía, dejaba ver unos dientes blancos como almendras. Ancha de caderas, y de busto bien desarrollado, parecía expresamente nacida para la maternidad. Sin embargo, no había ingresado antes en el gremio de las casadas por efecto del *Sin dote* de Harpagon, practicado por su padre, aunque no había leído á Molière.

El caso es que Sauviat no se preocupó nunca de lo que no fuera su comercio. Se casó, y amuebló su casa con una cama de columnas con colgaduras verdes, un cofre, una cómoda, cuatro sillones, una mesa y un espejo; todo ello de distintas procedencias. El baúl contenía en su parte superior una vajilla de estaño cuyas piezas estaban descabaladas. Ni el marido ni la mujer sabían leer; pero, en cambio, contaban á las mil maravillas. El beneficio era seguro en todos sus negocios. No importaba que un objeto no se vendiera, porque sobre su precio positivo aumentaban los intereses de los años que estaba en la tienda. Á la señora Sauviat, cuando no se ocupaba

en los quehaceres de la casa, veíasela siempre haciendo media, sentada en una silla vieja á la puerta de su casa. De este modo pasaba revista á los transeuntes, y vigilaba la tienda. Al amanecer se levantaba el matrimonio; y mientras él trabajaba en el arreglo de los objetos que necesitaban compostura, ella colgaba en la pared de la calle campanillas, cerraduras, cascabeles, resortes, llaves y, para mayor variedad, algún cañón de fusil y alguna pistola sin llave.

Sin embargo, á pesar del aspecto miserable de todo, no bajaría de veinte mil francos el valor de tantas cosas viejas.

De su fortuna nunca hablaban. Como dos malhechores, ocultaban en silencio las monedas de oro resultantes de sus economías y de sus ganancias. Una vez al año, por el mes de Diciembre, Sauviat hacía un viaje á París, según las gentes de la vecindad, para colocar por sí mismo sus ahorros.

Y en efecto; llegó á saberse que tenía su capital en la casa Brezac, que fué la base de la asociación de la *Banda Negra,* concebida por consejo de Sauviat, y en la que figuraba como uno de los principales copartícipes.

Sauviat era pequeño, grueso y de rostro fatigado. Su aspecto era el de un hombre de bien, y esto sabía explotarlo en beneficio del negocio. Serio y de pocas palabras, inspiraba confianza á sus clientes.

Era preciso adivinar el color de su rostro á través del polvillo obscuro que le cubría, hasta el

punto de ocultar las marcas que en él habían dejado las viruelas. Su frente era noble y clásica, como la que sirve de tipo á los pintores para representar á San Pedro; sus manos, anchas, fuertes y rugosas; su busto parecía formado por una musculatura indestructible. Vestía siempre el traje de los mercaderes ambulantes: zapatos gruesos, medias azules hechas por su mujer, pantalón de pana verde botella, chaleco á cuadros, reloj de plata con cadena de hierro que, bruñida por el uso, parecía de acero, blusa corta de la misma tela que el pantalón, y una corbata de color, de las que se fabricaban en Ruan, deshilachada por el roce de la barba. Los domingos y días festivos ya era otra cosa; Sauviat se ponía una chaqueta de paño color de castaña, tan bien cuidada, que sólo la renovaba una vez cada diez años. La vida del matrimonio era vida de esclavos. Sólo comían carne los días que repicaban gordo, y antes de sacar dinero para ir á la plaza la señora de Sauviat registraba sus bolsillos interiores para cambiar las monedas más roñosas, no sin mirarlas conmovida por su pronta desaparición. La mayor parte del tiempo se mantenían con arenques, alubias encarnadas, queso, ensalada con huevos duros y alguna que otra legumbre preparada con mucha economía. Su despensa se reducía á algunas ristras de ajos y cebollas. Compraban leña vieja para matar el frío, é irremisiblemente á las siete en invierno, y á las nueve en verano, estaba el matrimonio en la cama, cerrada la tienda, y vigilada por un enorme perro, que se

alimentaba husmeando por las calles y cocinas del barrio. En resumen, las economías de la familia llegaban al extremo de no gastar en luz arriba de tres francos al año.

La monotonía de la vida de este matrimonio consagrado al trabajo, fué interrumpida por un acontecimiento ya inesperado. La Sauviat tuvo una hija en Mayo de 1802. Se acostó un día, y sin ayuda extraña parió tan felizmente, que á los cinco ya estaba en la tienda, sentada en su silla, dando de mamar á la recién nacida, no sin haber hecho por primera vez algún gasto extraordinario para solemnizar el acontecimiento. Como lactar á la niña no costaba dinero, la dió de mamar durante dos años, y Verónica—que con tal nombre fué bautizada—llegó á ser por su hermosura y robustez la admiración del barrio. Entonces se reveló la sensibilidad, antes desconocida, del matrimonio. Mientras ella hacía la comida, él tenía la niña en brazos, la mecía suavemente, y entonaba algunas canciones auvernesas para que se durmiera. Otras veces vieron los obreros al señor Sauviat contemplando inmóvil á la niña dormida sobre las rodillas de su madre. Por su hija, daba á la voz tonos más suaves, frotaba sus manos en el pantalón antes de cogerla, para no manchar sus ropas; y cuando Verónica intentó dar sus primeros pasos en la vida, el padre poníase en cuclillas, y extendía los brazos, haciendo á la pequeñuela gestos cariñosos que destruían por el momento los pliegues metálicos y profundos de su rostro áspero y severo. Aquel hombre de plomo,

de hierro y de cobre, se transformaba al ver á su hija en un hombre de carne y hueso.

La niña creció saltando entre el hierro viejo, sin que jamás la perdieran sus padres de vista: y no será inútil decir que éstos eran profundamente religiosos. Aun en la época de la revolución triunfante, iban á misa los días de precepto. Más de una vez estuvo él expuesto á que le cortaran la cabeza por haber oído la misa ó el sermón de un cura no juramentado. En suma: cumplían exactamente con sus deberes religiosos, y daban limosnas al párroco; asistían á todos los divinos oficios, y en el mes de las flores adornaban con preciosos ramos á la Virgen empotrada en las paredes de la casa. Con esto está dicho que Verónica Sauviat fué criada religiosamente. Á los siete años empezó á educarla una monja, también nacida en el país, la hermana Marta, y pocos años después Verónica sabía leer y escribir, el Catecismo y la Historia Sagrada. La buena monja creía que no era necesario más. Creció la niña, y aumentó su hermosura. La abundante cabellera rubia que cubría su cabeza hacía resaltar las facciones correctas y suaves de su rostro de virgen. Los que tengan noticias de la del Ticiano en su magnífico cuadro la *Presentación en el Templo*, podrán formarse idea de lo que era Verónica en su infancia.

Desgraciadamente, fué atacada por la viruela; y será inútil decir que durante la penosa y terrible enfermedad los padres redoblaron su cariño, sus ternezas y sus cuidados. Verónica, después

de haber hecho pasar á sus padres horribles angustias, salvó la vida; pero á costa de su belleza, tan admirada, porque las huellas de la enfermedad desfiguraron su rostro por completo. Desapareció su tinte sonrosado y fresco, perdió su nariz el perfil suave y correcto, y hasta la frente no pudo librarse de los estragos del mal. Parecía la piel, antes tersa y transparente, como si con golpes de martillo la hubieran señalado. La enfermedad sólo respetó los ojos y los dientes. Esto no obstante, Verónica conservó su nativa elegancia, la hermosura de su cuerpo y la esbeltez de su talle. Á los quince años era una santa niña, dócil y trabajadora.

Cuando el padre la vió convaleciente, supo rodearla de un relativo bienestar. Cedió á la niña las mejores habitaciones, cuyas paredes tapizó. Compró una cama de damasco roja, que había pertenecido á una gran señora, y todo el rico mobiliario de un gabinete; butacas, sillas y cortinas de la misma tela. Colocó tiestos de rosas y claveles en las ventanas. Procuró, en una palabra, consolar á su hija de la pérdida de su hermosura, aunque ella no había tenido tiempo para apreciarla. Si Verónica hubiera podido darse cuenta de lo que eran sus padres, de cómo habían vivido, habría podido estimar en su justo precio aquel cambio repentino. De la más fina batista había de ser la ropa interior de Verónica, y la elección de trajes había de ser á su gusto. Sin embargo, la niña estaba educada con tan excesiva modestia, que rechazaba cariñosamente

todo cuanto le parecía dispendioso. Sus costumbres eran sencillas y puras, y sus gustos, moderados y piadosos. Sus ratos de ocio los dedicaba á leer los libros que le facilitaba el vicario de San Esteban, un sacerdote á quien conocía la hermana Marta.

Los padres de Verónica no variaron su sistema de vida. Comían y vestían como antes; pero para Verónica hacía la madre cocina aparte. Lo más exquisito era para ella.

—Verónica debe de costaros mucho—decía á los Sauviat un sombrerero vecino, que acariciaba ciertos proyectos matrimoniales entre su hijo y la mimada niña, suponiendo que la fortuna de la casa ascendería á unos cien mil francos.

—Sí, vecino—contestaba el viejo Sauviat.—Si me pidiera diez escudos, se los daría al momento. Verdad es que tiene cuanto necesita; pero también es cierto que nunca pide nada.

Verónica ignoraba el precio de las cosas. Carecía de necesidades, y hasta el día de su matrimonio no vió una moneda de oro. Jamás tuvo dinero propio; y para dar una limosna, metía la mano en los bolsillos de su madre.

—Entonces—dijo el sombrerero,—no es una mujer cara.

—¿Eso cree usted?—repuso Sauviat.—No lo pagaría usted todo con cuarenta escudos al año. Amueblar su habitación me ha costado más de cien escudos. Pero cuando no se tiene más que una hija, ¿qué se va á hacer? Al fin y al cabo, lo poco que hay en casa será para ella.

—¿Lo poco?—dijo el sombrerero.—Usted está rico, amigo Sauviat. ¡Cuarenta años dedicado al comercio sin haber tenido una pérdida!

—Eso sí; no me dejaría cortar las orejas por mil doscientos francos—dijo Sauviat.

Desde que Verónica perdió su belleza, Sauviat redobló su actividad comercial, é hizo más frecuentes viajes á París. Todos creían que aspiraba á suplir con dinero lo que á su hija le faltaba de hermosura.

Cuando Verónica cumplió los quince años, los padres subían por la noche á las habitaciones de su hija, y mientras ella leía *La Vida de los Santos*, ó las *Cartas edificantes*, la madre hacía calceta con más rapidez que de costumbre, como si quisiera compensar con su trabajo el gasto del aceite consumido en la lámpara con que se alumbraban. Los vecinos veían á los ancianos arrellanados en sus butacas, oyendo á su hija con una especie de éxtasis. Y era justo, porque en lo moral y en lo físico, aparte el defecto de las viruelas, no había joven más perfecta. En ella se verificaba un fenómeno maravilloso: prometía mucho al amor, sin que nadie lo adivinase. Cuando un sentimiento grande se manifestaba en su espíritu, se transfiguraba, y los primeros observadores de este fenómeno fueron los curas de la catedral, cuando Verónica se acercaba á la santa mesa para tomar la comunión. Hubiérase dicho que una luz interna iluminaba aquel rostro defectuoso, borrando las huellas de su fealdad. Verónica cambiaba su modo de ser breves

instantes, tomando el aspecto de una celeste aparición.

Las pupilas de sus ojos, dotadas de una gran contractilidad, se dilataban en aquellos momentos de exaltación mística, y adquirían la viveza de la mirada del águila, para completar su extraña transformación, que de pronto hacía renacer la primitiva belleza de la joven.

¿Anunciaba esto una tempestad de pasiones ocultas en las profundidades del alma?

Fuera verdad ó no, lo cierto es que no se podía ver con indiferencia á Verónica cuando con soberana majestad se retiraba de los altares para ocupar su puesto entre la multitud. El peinado de sus cabellos, á la sazón castaños, lustrosos y abundantes, parecía diadema magnífica en aquella frente despejada, serena y majestuosa.

Desde los diez y seis años hasta el día de su casamiento, Verónica siguió manifestándose pensativa y melancólica. Los que pasaban por la calle de la Cité podían ver en los días buenos á la hija de los Sauviat sentada cerca de la ventana, cosiendo ó bordando, con la cabeza baja, fija la vista en la labor que tenía entre manos. La bien modelada cabeza de la joven destacábase entre las flores que servían de adorno á la ventana, y sus correctos perfiles se proyectaban en el fondo obscuro de los vidrios del cierre de cristales sujetos en su red de plomo. Cuando algunas veces se reflejaba en el rostro sonrosado de Verónica el color rojo de las cortinas de damasco, tomaba el aspecto de una flor de púrpura so-

bresaliendo entre las rosas y claveles que surgían del alféizar de la ventana.

En 1820 ocurrió algo interesante para el porvenir de la joven.

Uno de los días de fiesta suprimidos, pero no para los Sauviat, salieron con su hija á dar un paseo por el campo, y pasaron por un puesto de libros, donde Verónica vió uno que llamó su atención por el grabado de la portada, y cuyo título era *Pablo y Virginia.*

Manifestó deseo de leerlo, y el buen Sauviat no tuvo inconveniente en adquirir el fatal volumen, mediante cien sueldos, no sin que la madre, que por instinto sentía repugnancia á los libros, dijera á su hija:

—No dejes de enseñar el librito al señor vicario.

—Así pensaba hacerlo—contestó Verónica.

Pero la impaciencia se apoderó de ella, y pasó la noche leyendo la novela, una de las más atractivas y conmovedoras escritas en lengua francesa.

La pintura de aquel amor mutuo, sublime, casi bíblico, digno de las primeras edades del mundo, causó viva impresión en el alma de la joven; y, como si una mano divina ó diabólica hubiera rasgado el velo que hasta entonces había cubierto un secreto de la Naturaleza, Verónica desde aquel día fatal se identificó con Virginia hasta el punto de parecerle las flores más bellas, y más puro el hermoso azul del cielo cuando á él elevaba la vista, ó, mejor dicho, su espí-

ritu, poseído de una nueva y extraña exaltación. Algunas veces, contemplando el infinito, sintió correr las lágrimas sin que para ello hubiese causa justificada.

Es que en la vida de la mujer hay un momento en el cual comprende su destino, y en el que se revela el poder de su organización, hasta entonces oculta, con imperiosa y firme voluntad. Y no se verifica esta transformación por efecto de la mirada furtiva y amorosa de un hombre cualquiera: despierta ese nuevo sentimiento, casi siempre, con algún espectáculo imprevisto; el aspecto de un sitio que no se conocía, la lectura de un libro, el golpe de vista de una solemnidad religiosa, la contemplación de una mañana de primavera velada en lontananza por sutiles vapores, una música de notas suaves y delicadas, algo, en fin, que inesperadamente conmueve el espíritu y la materia. Así surgió la idea del amor en aquella niña angelical, nacida de padres ignorantes y místicos, y educada en el rincón de su casa por la hermana Marta y por el vicario de San Esteban. Y conviene observar que las naturalezas vírgenes se corrompen con un solo pensamiento, cuyos estragos son tanto mayores, cuanto menos prevista estaba la necesidad de precaverlos. La revelación del amor la hizo en el corazón de Verónica aquella lectura suave, aprobada por el vicario, porque todo en ella era infantil, inocente y puro. Sin embargo, la corrupción es relativa. Aquel libro, que en otras manos no habría causado efecto alguno, en las de Ve-

rónica acababa de descubrir otra vida y otro mundo.

Soñó con un hombre semejante á Pablo, y su pensamiento concibió cuadros de un amor inextinguible, que se desarrollaban en una isla embalsamada por suaves y deliciosos perfumes. Vivió desde entonces en un mundo fantástico, y pasaba largas horas viendo cruzar la calle á obreros y artesanos, es decir, á los únicos hombres que con arreglo á la modesta posición de sus padres podían realizar aquellos sueños de amorosa ventura. ¡Y quién sabe si al no ver en ellos el tipo creado por su exaltada imaginación, fijaría en un joven cualquiera sus miradas para dar forma concreta á sus ensueños, así como los vapores atmosféricos en las noches heladas cristalizan en las ramas de los árboles que crecen al borde del camino!

Apoyada en el brazo de su anciano padre, solía pasear por el campo con gran frecuencia, para contemplar las bellezas del cielo; ya cuando en lecho de nubes rojas se acostaba el sol, ya para verle despertar por las mañanas caldeando con sus rayos de fuego la tierra cubierta de rocío. Su espíritu parecía entonces saturado de la más dulce y encantadora poesía, y la joven, sin darse cuenta de ello, ponía más esmero en su tocado cuantas veces salía con su padre para deleitarse con los encantos de la Naturaleza.

La vid áspera y salvaje que crecía abandonada retorciéndose en el tronco de un árbol carcomido por el tiempo, parecía ya trasplantada á

un plácido jardín, donde sus ramas crecían suavemente enlazadas, y cuidadas por una mano misteriosa.

En Diciembre de 1882, al regresar el viejo Sauviat de uno de sus viajes á París, el vicario de San Esteban le habló de esta manera, en presencia de la madre y de la hija:

—Ya sabe usted, señor Sauviat, cuánto me interesan los asuntos de esta casa; y me parece conveniente ir pensando...

—Usted dirá, señor vicario.

—Ir pensando, decía, en que Verónica tome estado. Á la edad de usted, es prudente ocuparse del día de mañana.

—¿Pero es que mi hija ha pensado en casarse? —dijo Sauviat con gran asombro.

Verónica, con la mayor humildad, y bajando los ojos, se adelantó á contestar de esta manera:

—Haré lo que usted quiera, padre mío.

—Ya la casaremos—observó la madre con cierta indiferencia.

—¿Y por qué no me has hablado de eso antes de mi viaje á París?—dijo Sauviat á su mujer.—Ahora tendré necesidad de ir otra vez.

Para el viejo Sauviat, todas las cuestiones se reducían á números. Se casó sin amor, porque el matrimonio era para él como el único medio de transmitir sus bienes á otro ser que fuera como la continuación de su propia persona; y claro es que el mejor esposo para su hija sería un rico burgués. El hijo del sombrerero, aunque

éste tenía dos mil libras de renta, no le convenía, y pensó en otro de más sólida posición.

Al día siguiente del en que hizo el vicario su visita, Sauviat se afeitó, se puso el traje de los días de fiesta, y salió de casa sin decir á su familia adónde iba. Sin embargo, comprendieron que se vestía de gala para buscar un yerno. Y efectivamente, con tal próposito se dirigió á la casa del señor Graslin.

Era éste un rico banquero de Limoges, hijo de Auvernia, como Sauviat, que desde mozo de la caja de un gran bolsista y hombre de negocios, había llegado á establecerse á fuerza de perseverancia y economías. Á los veinticinco años era cajero; diez años después, socio de la casa Perret y Grossetéte, y cuando sus principales se retiraron al campo á descansar, jefe principal de la casa. Contaba entonces cuarenta y siete años de edad, y suponíasele una fortuna de seiscientos mil francos.

Es de advertir que había construído, con admiración de las gentes, un magnífico hotel en la plaza, que mejoraba mucho el aspecto de la población; pero he aquí que cuando le vió terminado, creyó razonablemente que el interior, en mueblaje y decorado, debía corresponder con la suntuosidad de la fachada, y el hombre se detuvo. Manifestóse en él ese buen sentido que se llama espíritu comercial; comprendió que el capital necesario para alhajar su nueva casa no produciría el tanto por ciento de interés, y, arrostrando las hablillas de las gentes, siguió viviendo

en el viejo y húmedo cuarto bajo de la calle de Montantmanigne donde había hecho su fortuna. Sólo hicieron justicia á tanta previsión sus antiguos jefes.

Será inútil decir que, siendo joven y rico, habían llovido sobre él proposiciones matrimoniales, siempre rechazadas, porque convenía á sus negocios una absoluta independencia. Graslin y Sauviat entendían la vida del mismo modo, y vestían con la misma sencillez.

Tres empleados inteligentes, de confianza y muy trabajadores, que vivían en la casa, eran suficientes á Graslin para llevar á cabo los más arduos negocios. El cajero llevaba una vida de perros. Levantábase en todo tiempo á las cinco de la mañana, y no se retiraba de la oficina hasta las once de la noche. En cuanto á Graslin, que era alma y vida de la casa, tenía á su inmediato servicio una vieja auvernesa que preparaba la comida, y la servía en una vajilla de barro obscuro, con la cual estaban en armonía los demás enseres de la casa. La económica sirviente tenía orgullo en decir que sostenía todo el gasto con tres francos diarios. Con ella compartía el trabajo un mozo encargado de la limpieza, porque los empleados tenían la obligación de hacer sus camas. Por la noche, el criado tendía la suya al lado de la colosal caja de hierro legada por sus predecesores, y allí dormía acompañado de dos formidables perros. Á mil francos no ascendería el valor de muebles, estantes, pupitres, etc. Graslin casi nunca aceptaba las invitaciones que le hacían

para comer fuera de casa, porque, según él, *se perdía tiempo*; pero, en cambio, tampoco obsequiaba á nadie con un vaso de agua. Por compromiso, comía algunas veces en la Prefectura, porque, muy á su pesar, le habían hecho concejal. Sus relaciones eran pocas, y cuando pasaba por la calle solían decir: Ése es el señor Graslin, ó lo que es lo mismo, el que vino á Limoges sin un franco, y ahora tiene muchos millones.

Sauviat había seguido atentamente los progresos de su paisano y amigo de la infancia; pero, como la suerte había favorecido tanto á Graslin, sus relaciones no eran íntimas. Cuando se encontraban por casualidad, se saludaban y hablaban un rato; pero nada más.

Cuando en 1823 uno de los Grossetéte casó á su hija con el joven conde de la Fuente, comprendió Sauviat que los jefes de Graslin no le reservaban para hacerle entrar en la familia; y en tal estado las cosas, le hizo Sauviat su visita. He aquí en pocas palabras el resultado de la entrevista.

Sauviat regresó á su casa diciendo:

—Verónica será pronto la señora de Graslin.

—¡De Graslin!—dijo la madre con verdadero asombro.

—¿Es cierto?—observó la interesada, que no conocía á Graslin ni de vista, pero cuyo nombre había sonado en su oído muchas veces como el de un Rothschild.

—Es cosa hecha—contestó solemnemente Sauviat.—Graslin amueblará su hotel con gran lujo.

Nuestra hija se paseará en magníficos coches traídos de París, arrastrados por hermosos caballos lemosinos. Comprará para ella un terreno de quinientos mil francos, y le adjudicará el verdadero palacio acabado de construir. En resumen: Verónica será la mujer más rica del Departamento, y hará lo que quiera del mismo Graslin.

Á Verónica no se le ocurrió nada que decir. Su educación lo impedía. Ni siquiera pensó que sin consultarla había su padre dispuesto de ella. Sauviat salió para París, y estuvo ausente una semana.

Pedro Graslin, como se habrá comprendido, era hombre de hechos más que de palabras, y cosa resuelta, era para él cosa ejecutada.

En Febrero de 1822 estalló en Limoges como una bomba la noticia de que el hotel se estaba amueblando con gran riqueza, que soberbios carruajes llegaban de París, y que la casa Odiot había expedido un magnífico servicio de plata.

¡El señor Graslin se casa!, fué la voz de alarma; y en todas partes y á todas horas se habló de la boda como de un solemne acontecimiento.

Pero ¿con quién? He aquí el misterio que nadie podía descubrir en Limoges.

Cuando regresó Sauviat de París, hizo Graslin su primera y nocturna visita á la casa de la novia, quien, oportunamente advertida, vistió un traje de seda azul, sobre el cual caía graciosamente una pañoleta de encaje rodeada al cuello. El peinado no tenía más adorno que los propios cabellos divididos en dos bandas recogidas por

detrás á la usanza griega. Verónica ocupaba una silla de tapicería cerca de su madre, que estaba sentada en un espacioso sillón rojo al lado de la chimenea, en cuyo hogar ardían grandes leños. Sobre la chimenea había, entre dos relojes antiguos cuyo valor y mérito desconocían los Sauviat, un candelabro con seis bujías, que iluminaban la habitación.

Á las nueve y media se presentó Graslin ante su prometida, que continuaba acariciando los sueños entrevistos en la obra de Bernardino de Saint-Pierre.

Graslin era pequeño de estatura y delgado. Sus cabellos negros, espesos é indomables, hacían resaltar un rostro colorado como el de un beodo, y cubierto de granillos ásperos y sanguinolentos; manifestación evidente de una sangre alterada, no sólo por el trabajo continuo á que obligan las ambiciones comerciales, sino por la sobriedad con que se alimentaba.

Á pesar de las advertencias de los médicos, Graslin no había tomado precauciones contra aquella enfermedad, leve en un principio, pero que se agravaba de día en día. Quería curarse, y tomaba baños, y bebía con método, pero sin dejar la fiebre de los negocios, que, dominándole por completo, le abrasaba la sangre.

En aquel rostro enardecido brillaban unos ojos grises con vetas verdosas rodeadas de puntos negros que partían de las pupilas, como en los ojos de los tigres. Eran dos ojos implacables, de mirada resuelta y calculadora. Una nariz arre-

mangada, una boca con gruesos y caídos labios, una frente arqueada, unos pómulos salientes, dos grandes arrugas á modo de surcos que partían del arranque de la nariz hasta la boca, y unas orejas grandes, carnosas y coloradas, como si fueran á estallar en sangre, completaban aquella fisonomía de sátiro vestido con levita, chaleco negro de seda y corbata blanca anudada al cuello. Las espaldas del novio de Verónica eran anchas, fuertes y arqueadas, como si hubieran resistido el peso de grandes fardos; las manos, delgadas, y sus dedos, á manera de garfios hechos para contar y recoger monedas. El busto, excesivamente desarrollado, se sostenía sobre dos piernecillas mal ajustadas á las caderas. La costumbre de tomar resoluciones rápidas se revelaba en el duro entrecejo de aquel hombre: y sin embargo, había en aquel raro conjunto algo que denotaba la bondad del alma; bondad oculta, que podía surgir al contacto de una mujer.

El corazón de Verónica se contrajo violentamente ante aquella aparición. Pasó una especie de nube ante sus ojos, y tuvo que contener un grito de sorpresa. Permaneció callada y con la vista fija.

—Verónica, hija mía, tengo el gusto de presentarte al señor Graslin—dijo Sauviat.

Verónica se levantó, saludó con un movimiento de cabeza, volvió á sentarse, y dirigió la vista á su madre, como si pidiera protección; pero la señora de Sauviat, sintiéndose dichosa, sonreía amablemente al recién llegado.

Todos eran felices en aquel momento, menos Verónica, que, haciéndose gran violencia, ocultaba el sentimiento de viva repulsión producido en su alma al entrar aquel hombre.

Algo debió de notar el sagaz banquero, porque instintivamente se miró en el espejo, y, después de hablar de su estado de salud, concretó de este modo su pensamiento:

—Conozco, señorita, que no soy un hombre hermoso, de ésos cuya presencia produce una grata sensación.

Y seguidamente explicó las causas determinantes de la erupción cutánea que padecía, esto es, su constancia en el trabajo y su desprecio de las prescripciones facultativas.

—Pero ¡quién sabe—añadió—adónde llegarán los cuidados de una mujer cariñosa que se cuide de mí como yo no he sabido ó podido hacerlo!

Verónica pensó en aquel momento que afeaba su rostro la huella de una enfermedad terrible, y esto, unido á su modestia cristiana, determinó en ella un movimiento de simpatía hacia Graslin.

En aquel momento se oyó un silbido en la calle, y Graslin se apresuró á bajar la escalera. Sauviat siguió tras él con cierta inquietud. Uno y otro subieron al poco rato con el criado de Graslin, que traía un magnífico ramo de preciosas flores, cuyos delicados perfumes embalsamaron la estancia. Graslin tomó el ramo de manos del criado, y se lo ofreció galantemente á su futura.

En el acto se borró en el espíritu de Verónica

la mala impresión que la presencia de Graslin le causara, y se creyó transportada á su mundo ideal. Jamás había visto flores tan delicadas, ni sentido el efecto de aromas tan suaves.

Las blancas camelias, el codeso de los Alpes, el jazmín de las Azores, los claveles de España y las más finas rosas alternaban con otras flores en el precioso ramo, confundiendo sus suaves aromas. El conjunto de todos ellos excitaba al amor y á la ternura: era un himno de perfumes resonando dulcemente en el corazón.

Graslin se despidió, dejando á Verónica gratamente impresionada.

En los días sucesivos se repitieron las visitas nocturnas. Graslin se acercaba á la puerta, y llamaba de un modo particular; Sauviat la abría, y cenaban todos juntos al estilo de Auvernia. La señora de Sauviat servía la cena. Nunca faltaba el ramo de flores cogidas en el jardín del señor Grossetéte, única persona que estaba en el secreto de tan extraños amores.

Durante dos meses, raro fué el día que Graslin entró en la casa sin un rico presente para Verónica: anillos, relojes, cadenas, collares, etc. Estas prodigalidades tenían su justificación. La dote de Verónica había de ser casi toda la fortuna de los Sauviat: unos setecientos mil francos. Sesenta mil libras en asignados eran la mitad de la fortuna de Sauviat cuando estuvo á punto de ir al cadalso en los días de la revolución, y Brezac fué el fiel depositario de tan enorme suma. El resto consistía en setecientos luises de oro, con

los cuales reanudó su comercio al recobrar la libertad. Á los veinte años, cada luis se había convertido en un billete de mil francos, incluyendo la renta producida por la cantidad depositada en la casa Brezac.

Verónica pasaba los días precedentes á su matrimonio examinando sortijas, brazaletes y otras alhajas, en cuya composición entraban el oro, los brillantes, los zafiros y otras piedras preciosas.

Por lo demás, ignoraba los deberes y los fines del matrimonio.

Sólo sabía que, según el vicario de San Esteban, era Graslin un hombre de honor, con el cual viviría honrada y santamente.

Cuando se ve á una persona todos los días, ó se la aborrece, ó se acostumbra uno á tolerar sus faltas, concluyendo por tomarle cariño. La costumbre de verla, hace desaparecer los defectos corporales, que, por otra parte, nunca dejan de tener compensación con alguna belleza del alma, revelada en determinados momentos de la vida íntima. De aquí que la hermosura de la mujer, tan necesaria, sea apreciada por los hombres de diverso modo, y recíprocamente.

El caso es que, después de hacerse mil reflexiones, Verónica acabó convenciéndose de que amaba á Graslin, y autorizó á su padre para que se corrieran las amonestaciones.

La sorpresa fué grande en Limoges; y subió de punto cuando llegaron de París cuantos operarios fueron menester para preparar lujosamente las habitaciones del hotel. El público cu-

rioso llevaba cuenta de los objetos de adorno y muebles preciosos que todos los días llegaban de París. Cuando se permitió la entrada en los jardines, todo el mundo admiró el buen gusto con que se habían preparado. En lujosas pajareras veíanse las aves más raras y hermosas conocidas en el mundo, y en los estanques surcaban el agua gallardos cisnes y patos de diferentes y bonitos plumajes.

Los señores de Grossetéte, tan respetados en Limoges, visitaron á los Sauviat, y felicitaron á Verónica por su próximo enlace; y así puede decirse que la familia, la Iglesia y el mundo fueron cómplices del proyectado casamiento.

En Abril se hicieron las invitaciones oficiales, y en un hermoso día del mismo mes, á las once de la mañana, llegaron los señores de Grossetéte á la puerta de la casa del tratante en hierro viejo montados en soberbios carruajes, que arrastraban hermosos caballos lemosinos atalajados á la inglesa.

Era el día de la boda.

La calle se llenó de gente, y Verónica apareció majestuosa y sencilla á la vez. Ostentaba en sus cabellos la corona de desposada, un velo de encaje de Inglaterra la cubría, y su vestido era de muselina blanca.

Las mujeres estuvieron de acuerdo en que Verónica era fea.

El obispo esperaba á los novios en la catedral para unirlos en santo matrimonio; y después de la ceremonia religiosa se inauguró el hotel de los

señores de Graslin con una gran comida y un baile. A la primera, asistieron el señor obispo, el prefecto, el presidente de la Audiencia, el procurador, el alcalde, el general del Departamento y los antiguos patronos de Graslin, con sus señoras respectivas. Y al baile, las más distinguidas familias de la población.

Uno y otro actos constituyeron un triunfo para la recién casada, porque, con admiración de todos, hizo los honores de la casa con amable sencillez y encantadora gracia.

Cierto es que ni él ni ella sabían bailar; pero esto mismo sirvió á Verónica para conversar con los invitados, cuyas simpatías conquistó, merced á su bondad nativa y á sus maneras atentas y corteses, sin afectación alguna.

En aquella reunión hicieron público los Grossetéte la inmensa fortuna que Sauviat había cedido á su hija.

El viejo Sauviat no faltó á sus costumbres en tan solemne día. Á las diez de la noche se retiró á casa, dejando á su mujer el cuidado de cumplir los últimos deberes con la hija que acababa de tomar estado.

El viejo Sauviat hizo liquidación, vendió su casa de la villa, y compró otra en el campo á la orilla izquierda del Vienne, situada entre Limoges y el Cluzcau, á unos diez minutos del barrio de San Marcial. Allí se proponía el viejo matrimonio acabar tranquilamente el resto de sus días, sin perjuicio de comer con sus hijos una ó dos veces por semana en el hotel Graslin,

donde se les destinaron dos habitaciones. La inactividad estaba reñida con el carácter del viejo Sauviat, y creyó morirse de aburrimiento; mas, por fortuna, encontró Graslin ocasión para ocuparle en una fábrica de porcelana que forzosamente adquirió á cuenta de una fuerte suma prestada.

Sauviat, á pesar de sus setenta y dos años, se rejuveneció.

Graslin pudo entregarse por completo á sus negocios; pero un desgraciado accidente vino á turbar la tranquilidad de la familia. El viejo Sauviat dió una caída en la fábrica, y se hizo una ligera herida en una pierna. Se resistió á la curación, no dando importancia al golpe sufrido, y al poco tiempo se hizo necesaria la amputación. Se negó rotundamente, y sobrevino la muerte como consecuencia.

La viuda dió á su hija doscientos cincuenta mil francos como herencia del difunto Sauviat, reservándose para ella la pequeña renta de doscientos francos mensuales que Graslin le entregaría. Con esta suma continuó viviendo sola en su casa de campo, aunque Verónica insistió mucho en hacerla vivir con ella.

La vieja Sauviat visitaba á su hija casi todos los días, y Verónica frecuentaba también la casa de su madre, desde donde contemplaba la hermosa vista que ofrecía la campiña.

Antes de hacernos cargo de lo ocurrido en el matrimonio Graslin, ha sido preciso dar cuenta de la situación de los Sauviat.

Á la muerte del padre de Verónica, la madre de ésta no quería desprenderse del resto de su fortuna, porque, según sus palabras, no convenía entregarla á la avaricia insaciable de Graslin. Pero Verónica, falta de previsión, aconsejó á su madre lo contrario con razones tan nobles, que hubo de ceder.

La magnificencia con que empezó á vivir el matrimonio contrarió muy pronto al marido, porque estaba reñida con sus costumbres de siempre y con su carácter retraído. Dentro de aquel gran hombre de negocios se agitaba un espíritu pequeño, que tarde ó temprano había de manifestar sus deficiencias. Fascinado por el capital de su suegro, se mostró generoso por puro cálculo, y cerca de un año sostuvo sin dificultad aquel aparato fastuoso, que le había sacado de su propia esfera. Durante el año primero de su matrimonio, ponía generosamente en manos de su esposa veinticinco monedas de veinte francos para su bolsillo particular. En todo ese tiempo, la alta sociedad de Limoges siguió ocupándose de Verónica. Primero se dijo de ella que era una mujer fea con bonito cuerpo, y después completaron el juicio diciendo que era tan buena como estúpida.

Verónica, entretanto, observaba y aprendía, cumpliendo con la mayor escrupulosidad los deberes á que la obligaba su nuevo estado, obedeciendo así las exhortaciones de la Iglesia, del Código y de su madre. Pero todo esto había producido en ella una especie de aturdimiento, que

alguna veces la conducía á un delirio vertiginoso. Vivía en silencio, observando á los demás, y observándose á sí misma; su espíritu no estaba satisfecho, y llegó á prescindir de su propia voluntad, porque la obediencia, según se le decía, era la virtud más necesaria en la vida matrimonial. La infeliz criatura estaba sujeta con un lazo imposible de romper; y llorando en el seno de la madre de los pobres y de los afligidos, se redobló su fervor religioso. No amaba á su marido, y esto la precipitaba violentamente al pie de los altares, donde creía oir voces divinas y consoladoras que le recomendaban paciencia y resignación.

En las tertulias, y sobre todo entre las señoras, seguía siendo objeto de conversaciones parecidas á ésta:

—¿Ha visto usted esta mañana á la de Graslin? Según parece, no produce en ella el matrimonio sus naturales efectos.

—Así parece—observaba otra, añadiendo:—Pero, amiga mía, diga usted si habría entregado su hija á un hombre tan espantosamente feo.

—Es verdad; pero, después de todo, tal para cual.

Y efectivamente, Verónica adelgazaba mucho, sus ojos parecían fatigados, sus miradas tenían esa languidez propia de las beatas, y su rostro, antes saludable, iba tomando tonos obscuros, como si le cubriera un velo gris. El primer año de matrimonio, casi siempre feliz, fué para ella desgraciado. No es de extrañar que en tal situación, mientras su marido se entregaba en cuerpo

y alma á los negocios, ella, en su aislamiento, buscara la compañía de los libros. Leyó las novelas de Walter Scott, los poemas de Lord Byron, las obras de Schiller y de Goethe; es decir, la antigua y la moderna literatura. Además, aprendió á montar á caballo, á bailar y á pintar; esto último con tanta perfección, que llegó á hacer bonitas acuarelas.

Como se ve, trató de combatir por los medios á su alcance el aburrimiento natural en su estado de abandono. La superioridad de su espíritu elevado y libre, fortalecido por la religión, imprimió en ella una especie de grandeza salvaje, y creó necesidades tan bien sentidas como mal satisfechas. En todas las novelas leía descripciones de un amor desconocido. El amor era para ella germen oculto esperando un rayo de sol.

Así volvió á acariciar los sueños de su primera juventud; y ya casada, presentábanse á su vista aquellos lugares plácidos, floridos y perfumados donde las almas vivían acariciándose.

Muchas veces abarcó con sus tristes miradas el conjunto de las gentes que se agitaban en los salones, y todos los hombres le parecieron Graslin. Los estudiaba atentamente; con su imaginación interrogaba á sus mujeres, y cuando no encontraba en sus fisonomías las huellas de dolor que advertía en la suya, más y más se nublaba su espíritu. Todas las conversaciones le parecían frívolas, y veíasela frecuentemente con los ojos fijos, ensimismada, pensando en los días de su ju-

ventud obscura y olvidada. Rechazaba ese mundo de pequeñeces en que se agitaban las mujeres á quienes tenía necesidad de tratar, y esto atrajo hacia ella ó la antipatía ó la indiferencia, tanto más pronto, cuanto que no tenía entre todas ni una amiga íntima á quien confiarse y de quien tomar consejo. Siempre se veía criticada. ¿Procuraba parecer cariñosa? Era una hipócrita. ¿Gastaba en comidas y bailes? Era orgullosa. En resumen: se aferró más y más á las prácticas religiosas; el partido liberal inscribió su nombre en las listas de las beatas reaccionarias; abandonó el trato social, y se engolfó en la lectura, que le ofrecía consuelos infinitos. Así desarrolló su inteligencia y su instrucción.

El anciano Grossetéte era la única persona con quien Verónica tenía amistad y confianza, como lo demuestran los siguientes párrafos de una carta que le dirigió:

«Las flores que me ha enviado usted para el baile, son muy bonitas; pero me han sugerido muy tristes reflexiones. Esas flores, cogidas por usted, y destinadas á morir en mi seno y en mis cabellos después de brillar en los salones, me han hechó pensar en cuántas otras nacerán y vivirán en los bosques de vuestros jardines sin ser de nadie vistas, sin que nadie haya aspirado su perfume. Y me preguntaba por qué bailo, por qué me adorno, como pregunto á Dios por qué me tiene en el mundo.

»Usted lo sabe, amigo mío; el mundo está lleno de asechanzas para los desgraciados; cual-

quier detalle recuerda al enfermo el origen de su mal. Y lo peor de todo es la persistencia con que ciertos dolores llegan á concretarse en una idea fija. ¿Será un dolor constante un pensamiento divino? Usted ama á las flores, por lo que son; á mí me complacen, porque vibran en mi alma como las dulces notas de una armonía celestial. ¡Cuántas veces he dicho á usted que desconozco el secreto de muchas cosas!

»Usted, mi buen amigo, es apasionado por la horticultura. Transmítame usted, si puede, esa pasión; haga usted que yo vaya á mi jardín con pie ligero, como usted recorre el suyo para seguir el desarrollo de las plantas, dilatarse y florecer con ellas, admirar sus nuevos colores, y sentir la satisfacción de que todo es obra vuestra.

»Estoy dominada por el fastidio. Las flores de mi jardín me parecen almas que sufren. Las miserias que procuro consolar, me entristecen. Cuando doy ropas para que un recién nacido cubra sus carnes, ó un anciano se resguarde del frío, las emociones que me causan las desdichas socorridas no son bastantes para mi alma.

»¡Ay, amigo mío! Siento en mí fuerzas superiores, malsanas tal vez, pero que me es imposible dominar, ni siquiera con el auxilio de la religión. Cuando voy al campo para ver á mi madre, siento deseos de gritar, y grito. Me parece que mi cuerpo es la prisión donde algún espíritu malo retiene una criatura desgraciada, en espera de que algunas palabras misteriosas rompan su cárcel.

»Pero esta comparación no me parece exacta. ¿Es acaso mi cuerpo el que padece? ¿No domina mi alma la religión? ¿No alimenta la lectura constantemente mi espíritu? ¿Por qué deseo algo que rompa la paz enervadora de mi vida? Lo cierto es que si un poder extraño no viene en mi ayuda, caeré en ese abismo donde todas las ideas se embotan, donde los caracteres se empequeñecen, donde los resortes de la vida se paran, donde las cualidades buenas se amortiguan, donde todas las energías del alma se debilitan, y donde, en suma, dejaré de ser lo que la Naturaleza ha querido que sea. He aquí lo que significan mis gritos. Pero que todo esto no impida á usted enviarme flores. La amistad de usted, tan cariñosa y tan benévola, ha podido reconciliarme conmigo misma desde hace algunos meses.

»Sí; me siento feliz cuando recuerdo que usted tiende la vista sobre mi alma, desierta y florida á la vez; cuando recuerdo que siempre tiene usted palabras de consuelo para acoger á esta infeliz fugitiva en el mundo de sus ilusiones.»

Á los tres años, viendo Graslin que su esposa no utilizaba los caballos, aprovechó una ocasión favorable, y se deshizo de ellos. Hizo lo mismo con los coches, y despidió al cochero. Su cocinero, que tenía fama, pasó al servicio del obispo, y tomó una cocinera. Además, retiró á Verónica la cantidad que le dada todos los meses, diciendo que él directamente atendería á sus pequeñas necesidades; y se consideró como el marido más dichoso del mundo viendo que su mujer no oponía

resistencia á tales resoluciones, á pesar de haber llevado al matrimonio una cuantiosa fortuna. En cuanto á Verónica, no tenía mérito su abnegación, porque estaba acostumbrada á vivir sin dinero.

Graslin encontró en un rincón del secreter las sumas que había dado á su esposa, menos lo gastado en limosnas y otras pequeñeces, y con este motivo elogió mucho entre sus conocimientos á Verónica, presentándola como modelo de mujeres casadas. Para completar su obra, mandó empaquetar los muebles de lujo, y se trasladó á las habitaciones bajas, donde estaban las oficinas.

El auvernés siguió creyéndose un excelente marido, porque almorzaba y comía con su mujer; si bien es cierto que como muchas veces se retrasaba por efecto de sus ocupaciones, autorizó á Verónica para que no se molestara esperándole. Verónica no aceptó esta autorización, y, además de esperarle, servía la comida, con lo cual cumplía visiblemente sus deberes de buena esposa. Como para el banquero fueron siempre el mejor atractivo de Verónica los miles de francos que poseía, poco á poco fué prescindiendo de ella, sin hacerse cargo de la repulsión que iba inspirando á su mujer. Así era que cuando algunas veces Graslin necesitaba cama aparte, Verónica se apresuraba á complacerle.

De este modo, á los tres años de matrimonio todo volvió á su punto de partida, con la diferencia de que los dos empleados y el mozo encargado de la limpieza vivían y comían algo mejor.

Verónica tenía á su servicio una cocinera y una doncella. Nunca habría solicitado aquella separación; pero, por muy desagradable que ella fuera para Graslin, más repulsivo era éste para ella.

Un hijo hubiera servido de lazo de unión entre los esposos; pero llegó el año de 1828, y no habían tenido sucesión.

La señora de Graslin vivía aislada en su magnífico palacio, acariciando sus antiguos sueños, sostenida por la fe religiosa, y dedicada á los pobres, cuyas necesidades aliviaba yendo de casa en casa.

Con este motivo, hizo una amistad tan preciosa para ella como la del anciano y bondadoso Grossetéte: la del abate Dutheil, perseguido por sus ideas un tanto avanzadas. Era uno de los pocos clérigos franceses que transigían con ciertos principios democráticos que, sin desprestigio de la Iglesia, podían asociarla á los intereses populares y á la monarquía. Este sacerdote eminente estaba dotado de una gran modestia, de un carácter firme, y carecía de orgullo y ambición. Aunque era apreciado por sus grandes virtudes y por la previsión con que sabiamente señalaba los peligros de la intransigencia religiosa, el abate Dutheil vivía obscurecido. Sólo una revolución le hubiera dado á conocer tal como era. En los momentos á que nos referimos, podía comparársele á esas piedras ocultas en los cimientos de un edificio, sobre las cuales descansa toda la obra.

El abate Dutheil hubiera sufrido los mismos anatemas que Lamennais, si hubiera dado á co-

nocer sus ideas por escrito. En cuanto á su figura, era simpática y grave, y su palabra, atractiva, severa y sin afectación.

El vicario general, cuyo nombre era Grancour, había simpatizado con su colega en desgracia, á pesar de sus ideas reaccionarias, y era muy frecuente verlos reunidos conversando ó discutiendo afectuosamente.

El uno y el otro visitaban con frecuencia á Verónica para darle noticias de las necesidades de los feligreses desgraciados, y ver al mismo tiempo el mejor medio para moralizarlos á la vez que se los socorría. Pero de día en día apretaba la bolsa el Sr. Graslin. La codicia con que amasó su fortuna había llegado al más alto grado de desarrollo; tanto, que había despedido al jardinero, cuyas veces hacía de cuando en cuando el mozo de la casa. La hermosa *serre* la había convertido en almacén, y las aves con que pobló el jardín murieron de hambre. En una palabra, en el año 1828 todo había cambiado en el hotel desfavorablemente. En cambio, prosperaban los negocios, como prosperaba también la erupción facial del dueño de la casa, muy mejorada en los tres primeros años de vida conyugal, gracias á la exactitud con que Verónica cumplía las prescripciones facultativas. El criado ascendió á cajero, y otro auvernés le sucedió.

De esta manera, la señora de Graslin, inmensamente rica, llegó á no disponer de un escudo. Su pensión había quedado reducida á cien francos mensuales.

Á todo esto, se había verificado en Limoges una reacción favorable á Verónica. Su retraimiento, su modestia y su caridad inagotable le conquistaron muchas simpatías. ¡Cuántas veces el obispo de Limoges hablaba de Verónica calificándola de violeta oculta cuyo perfume era la virtud! No es de extrañar, por consecuencia, que el salón de Verónica se viera frecuentado al comenzar el año 1828 por la sociedad más selecta de la población.

El joven vizconde de Grandville, nombrado fiscal sustituto de la Audiencia de Limoges, había llegado, precedido de una gran reputación como abogado, como hombre de buena sociedad y de mucho talento. Fué presentado á Verónica á los pocos días de su llegada, y he aquí el concepto que formó de la señora de Graslin.

En una de las recepciones de la Prefectura, le preguntaron qué opinaba de la señora de Graslin, y contestó:

—Me parece la más amable, la más espiritual y la más distinguida de cuantas he conocido en esta ciudad.

—¿Y la más bella?—preguntó una dama con diabólica intención.

—Diré á usted, señora—repuso el joven vizconde:—la señora de Graslin está en posesión de una belleza que no puede inspirar celos á nadie, porque nunca se da á conocer en pleno día. Bien puede decirse que parece hermosa á cuanto ella distingue y ama. En cambio, usted es bella para todo el mundo. La señora de Graslin, cuan-

do su alma siente, y se pone en movimiento poseída de verdadero entusiasmo, se transforma en positiva belleza. Pudiera compararse su fisonomía en tales momentos á un paisaje tan triste en invierno, como en la primavera alegre y hermoso. Lo que hay es que casi todos la contemplan en la primera de dichas estaciones. Cuando habla con sus amigos de literatura, de filosofía, de religión, de algo, en fin, que la interesa y la conmueve, se convierte en una mujer de hermosura maravillosa.

Esta opinión se hizo pronto pública en la buena sociedad de Limoges, y fué objeto de muchos comentarios.

Seducido el vizconde por los atractivos de Verónica, cuya amena conversación le encantaba, propuso al abate Dutheil y á otras personas notables de la ciudad establecer una partida de whist, lo que aceptaron todos, con gran contentamiento de Verónica, que señaló cinco días por semana, porque, según dijo, quería reservar dos para el arreglo de su casa.

Con este motivo, convirtiéronse los salones de la señora de Graslin en un centro de cultura, al que acudía lo más escogido de la sociedad de Limoges; siendo de advertir que Verónica procedía con gran cautela en la elección de las personas que habían de frecuentar su trato. Á él fueron admitidos tres ó cuatro oficiales muy distinguidos de la guarnición, y algunas señoras parisienses que accidentalmente se encontraban en Limoges con sus maridos.

Las señoras de la población no veían sin recelos cómo se iba captando Verónica las simpatías de las personas más amables y más cultas de la población.

Verdad es que en aquella casa todos se desprendían de su carácter oficial, y hablaban con entera libertad de los asuntos del día, incluyendo los políticos.

Así, pues, la joven considerada como obscura, fea y pueril, llegó á convertirse en la señora más estimada y respetable de toda la ciudad.

Verónica no recibía visitas en horas extraordinarias, que dedicaba á la religión y á la caridad. Puntualmente servía la comida á su esposo; y éste, lanzado por completo en el océano mercantil, al mismo tiempo que elogiaba la conducta de su mujer, seguía la marcha ascendente de sus negocios con la misma vehemencia con que el jugador observa los lances del tapete verde.

En aquel tiempo dichoso, hasta el comienzo del año 1829, Verónica llegó á ser considerada por sus amigos como un tipo de perfecta hermosura. El puro azul del iris se dilató, y se redujo en cambio el círculo obscuro de sus pupilas, bañadas en luz como en los mejores tiempos de la niñez; desaparecieron de su rostro las tonalidades ardientes que la coloreaban, y parecían denunciadoras de las enfermedades propias de los temperamentos vigorosos cuyas almas luchan con la contrariedad; sus mejillas recobraron la primitiva frescura, y la belleza de su rostro, digno de Rafael, iba apareciendo poco á poco á la vista,

así como los trazos vigorosos de aquel gran maestro resultan visibles cuando de sus lienzos incomparables desaparece la costra que sobre ellos extendieran el abandono y el tiempo.

Las líneas de su cuerpo tomaron formas más suaves y correctas, y su talle adquirió una flexibilidad encantadora.

Las murmuraciones no se hicieron esperar, y era cosa corriente, sobre todo en los círculos femeninos, que Verónica amaba al vizconde de Grandville. No era cierto: Verónica oponía á todas las asechanzas amorosas una barrera insuperable. La verdad era que al vizconde inspiraba la señora de Graslin una admiración respetuosa, que no pasó inadvertida para los demás contertulios.

Los más clarividentes atribuyeron el cambio de fisonomía operado en Verónica á la satisfacción natural en todas las mujeres, hasta en las más religiosas, cuando se ven halagadas en un medio apropiado para su espíritu. Lo cierto es que Verónica estaba rodeada de personas cultas y amables, de verdaderos amigos, cuyas simpatías hacia ella aumentaron con la frecuencia del trato.

El vizconde, que había obtenido en propiedad el puesto que ocupaba provisionalmente, solía reñir á Verónica, porque no pocas veces descubrió en los sumarios que ciertas veces ejercía la caridad de tal manera, que parecía un estímulo á los instintos criminales de algunas gentes.

—¿Necesita usted dinero para vuestros pobres?—solía decir el señor de Grossetéte á Ve-

rónica cogiendo una de sus manos;—ya sabe usted mi deseo de ser cómplice de sus buenas acciones.

—¡Es imposible hacer rico á todo el mundo! —contestaba Verónica lanzando un suspiro.

Al empezar el año, ocurrió un acontecimiento que había de cambiar la vida íntima de Verónica, y hacer más y más interesante su figura moral y material. Preocupado Graslin con su enfermedad, decidió ocupar de nuevo las habitaciones altas, para someterse á los cuidados de su mujer: y algún tiempo después circuló en toda la ciudad el rumor de que la señora de Graslin estaba encinta. Su tristeza, mezclada de alegría, convenció á los amigos de que Verónica vivía más contenta lejos de su esposo. ¡Quién sabe si vendría pensando en mejores tiempos desde que el vizconde se atrevió á hacerle el amor, después de haber rechazado el casamiento con una rica heredera! Lo positivo es que los sesudos políticos que entre partida y partida de whist comentaban á sus anchas los sucesos del día, estaban de acuerdo en que el vizconde y Verónica fundaban ciertas esperanzas en el poco satisfactorio estado de salud del señor Graslin. De todos modos, los amigos redoblaron sus atenciones en este período de la vida de Verónica, á quien preocupaba su embarazo por los peligros que ofrece tal estado después de la primera juventud. Lo cierto es que los amigos demostraron con sus finezas, y hasta con sus posibles cuidados, cuán firme era el cariño que profesaban á Verónica.

CAPÍTULO II

El proceso de Tascheron.

En el mismo año fué teatro Limoges de un terrible drama, que permitió al vizconde de Grandville desplegar el talento que más tarde había de elevarle al cargo de Procurador general.

Un anciano, llamado Pingret, que vivía en una casa separada por un gran jardín del barrio de San Esteban, fué asesinado. Este anciano, conocido por su avaricia, vivía solo, con una criada campesina dedicada á las labores de la casa, mientras él cuidaba del jardín, sobre todo si había que recoger el fruto de los árboles para venderlo en la ciudad. Su sobrina y única heredera, casada con un pequeño rentero llamado Vanneaulx, le había dicho repetidas veces que tomara un hombre á su servicio, no sólo para mayor seguridad de la casa, sino para que le ayudara en los trabajos del jardín. Pero no fué posible convencerle, y no faltaba quien dijese que el avaro tenía un tesoro escondido.

—Si me encontrara en el caso de la sobrina—decía un vecino de buen humor,—no atormentaría á mi tío. Si llegaran á asesinarle, que sí llegarán, la herencia sería para mí.

Pero la señora de Vanneaulx cuidaba á su tío como los empresarios de ópera al tenor, que, para

que no se constipe, le prestan su capa si se han olvidado de traer la suya puesta: llegó hasta el punto de regalarle un hermoso perro, que devolvió con la criada á su sobrina, diciendo que no quería una boca más en su casa.

Como era de temer, Pingret murió asesinado en una noche obscura, en medio de un plantío de alfalfa, donde tenía enterradas grandes ollas llenas de dinero.

Despertó á la criada el ruido de la lucha, y tuvo el valor de acudir en defensa de su amo; pero su acción generosa le costó la vida, porque el asesino la necesitaba para quitar testigos de en medio. Como al día siguiente no observaron los vecinos movimiento alguno en la casa, sino que, al contrario, las puertas y ventanas permanecían cerradas, acudieron con la noticia á la sobrina, quien, temerosa de que sus previsiones se hubiesen confirmado, dió parte á la policía. Del reconocimiento hecho, resultó que en el terreno del jardín había cuatro huecos rodeados de fragmentos de ollas ó pucheros rotos, y muy cerca, los cuerpos exánimes del señor Pingret y su criada, ésta descalza y en camisa. Se recogieron los trozos de cacharros para reconstituir el tamaño de las vasijas; y haciendo un cálculo aproximado de su contenido, resultó que cada una podía contener holgadamente mil monedas de oro. Lo que no se pudo averiguar fué el valor de las monedas.

Los comentarios del suceso fueron muchos, porque no faltaban en el país pequeños Pingrets que sólo comían pan y cebolla, teniendo para

darse mejor trato. El heroísmo de la infeliz criada también fué apreciado de diversos modos. No faltó egoísta que dijera:

—Hizo mal, porque podía haber supuesto lo que iba á ocurrir: yo, en su caso, habría seguido durmiendo á pierna suelta.

En el interior de la casa todo revelaba miseria: sillas desvencijadas, mesas rotas, cortinas harapientas, etc., etc. Todo ello al tocarlo se deshacía entre las manos, y no había en la casa ni tintero ni pluma para practicar las primeras diligencias.

Al poco tiempo creyó la justicia que tan atroz delito sería castigado en la persona de su autor.

Á todo esto, empezó Verónica á sentir ese malestar propio del estado interesante, y recibía á sus amigos íntimos en un gabinete próximo á su alcoba, en presencia de su madre, la viuda Sauviat, que no se separaba de su hija.

Una noche entró el vizconde diciendo:

—¡Buena noticia, señores! Ha caído en poder de la justicia el asesino de Pingret.

—¿Quién es?—preguntaron todos á la vez.

—Un obrero en porcelana, muy inteligente y de conducta intachable. Trabajaba en la antigua fábrica de vuestro marido—dijo dirigiéndose á la madre de Verónica.

—¿Cómo se llama?—preguntó Verónica con débil voz.

—Juan Francisco Tascheron.

—¡Desgraciado! Sí; le conozco: mi buen padre me lo tenía muy recomendado.

—Ya no estaba en la casa cuando murió mi

marido—dijo la madre de Verónica.—En la fábrica de los señores Philipart le hicieron mejores proposiciones, y nos abandonó. Pero hablemos de otra cosa, porque mi hija no está en situación á propósito para recibir malas impresiones.

Verónica estaba blanca como las sábanas de su lecho.

Desde aquella noche la vieja Sauviat abandonó su casa para vivir definitivamente al lado de su hija; y durante la enfermedad no se separó de la cabecera de la cama, ocupada, como siempre, en hacer media con rapidez vertiginosa.

Cuando algunos días más tarde empezó el vizconde á referir algunos detalles del hecho que traía á todos preocupados, la viuda de Sauviat trató de cortarle la palabra; pero Verónica le rogó que continuara, y he aquí lo que dijo:

—Juan Francisco Tascheron es hijo de un hortelano cargado de familia, habitante de Montegnac. Veinte años antes de este crimen era ya célebre este poblado por las malas costumbres de sus habitantes. En la Audiencia de esta capital consta que de cada cien condenados del Departamento, cincuenta pertenecen á Montegnac. En 1816 llegó allí el cura Bonnet, y á los dos años había perdido Montegnac su triste fama. Ahora, el crimen de Tascheron ha recordado estos antecedentes, siendo de advertir que su familia fué siempre una excepción por su amor al trabajo, por su unión y por su religiosidad Juan Francisco, impulsado por el noble deseo de hacer una

fortuna trabajando honradamente, se separó de sus padres, que le adoraban. Fué su conducta tan ejemplar, que el tiempo libre del trabajo lo dedicaba al estudio. La dueña de la casa donde vivía ha dado de él los mejores informes, habiendo observado únicamente de un año á esta parte que sus costumbres habían variado algo. Solía dormir fuera de casa algunas noches seguidas; ¿dónde? Lo ignoraba. Lo que sí ha asegurado es que debía de venir del campo, según la tierra que traía pegada á los zapatos. Cuando hacía estas excursiones, se afeitaba, se perfumaba, y se ponía de limpio. La policía ha inspeccionado las casas sospechosas, y no ha podido recoger ningún antecedente de Tascheron. En todas ellas es totalmente desconocido. Las mujeres de mala vida no tienen noticias de tal persona. Sospechando que el vicio del juego pudiera haberle incitado á cometer el crimen, se ha sabido que Tascheron no jugaba nunca. Hasta ahora se encierra el acusado en la más absoluta reserva; pero hay pruebas suficientes para obligarle á romper el silencio. En la noche del crimen no durmió en su casa, y no ha querido decir dónde estuvo. Un trozo de su blusa, arrancado en la lucha con alguna de sus víctimas, ha parecido en el lugar del crimen. Se le ha visto rondar la casa, según declaración de varios testigos. La llave, fabricada por él, de que se sirvió para entrar por la puerta que da al campo, ha sido encontrada en el mismo jardín. Se sabe quién le facilitó el hierro para construirla. Tascheron fué detenido en los límites del

Departamento, en un bosque, donde esperaba el paso de una diligencia, que debía conducirle á un puerto, de donde se proponía salir para América. Las huellas de sus pasos están marcadas en algunos sitios del jardín, y coinciden con la forma de las suelas de sus zapatos. Se cree que haya complicidad, porque un solo hombre, por fuerte que sea, no puede llevar muy lejos veinticinco mil francos en oro; y si cada olla enterrada contenía esta suma, habrán sido necesarios cuatro viajes. Una circunstancia rara ha fijado la hora en que debió de cometerse el crimen. Al levantarse precipitadamente la criada, debió de derribar la mesa de noche; y el reloj, único regalo del amo en cinco años, estaba roto, y marcaba las dos. A mediados de Marzo, época del crimen, amanece entre cinco y seis de la mañana. La justicia atribuyó este crimen á una pasión amorosa. Se creyó que el asesino necesitaría dinero pára casarse con alguna joven burguesa de buena posición, y que su intento fué robar, y no asesinar. Se deduce esto porque el viejo avaro murió á golpes de azada. ¿Se entenderían los amantes para sustraer el tesoro, y no para matar? Es posible que, movidos por distintas pasiones, Pingret y Tascheron coincidieran fatalmente en el mismo sitio y á la misma hora. Para poner esto en claro, a justicia acudió al recurso de detener é incomunicar á una hermana de Tascheron, llamada Dionisia, con el propósito de conocer algunos detalles de la vida íntima del acusado; pero se encerró en el más profundo silencio. Cuando el

juez dijo á Tascheron que estaba detenido su cómplice, se limitó á decir:

—Me gustaría verle.

El joven Tascheron, encerrado en el silencio, y negándolo todo, llegó á ser un problema para los más hábiles magistrados. En realidad, sólo había una prueba de indicios, y la esperanza de que en la vista de la causa se hiciera luz en el asunto.

El Sr. Graslin fué uno de los jurados que debían asistir á la sesión, y Verónica, ya por su marido, ya por el vizconde, debía estar al tanto de los detalles del proceso que tanta emoción causaba en Limoges. Todo el mundo creía en la complicidad de una mujer. De aquí que en los días de la vista pública, cuando el acusado dirigía la vista á los escaños ocupados por las señoras, producía con sus miradas una especial sensación en toda la concurrencia. Lo único que se puso en claro fué que el asesino había tomado bien sus precauciones para asegurar el éxito de su horrible acción. Algunos meses antes se había provisto de un pasaporte para América del Norte, de donde deducían algunos que la mujer cómplice era casada. La policía no encontró en los registros de la Administración ningún pasaporte expedido para aquel país á nombre de una mujer. Se consultó á París sobre este extremo, y tampoco. El criminal llevaba puestas zapatillas cuando asesinó á Pingret; y esta rareza llamó la atención, porque tal calzado es bueno para deslizarse sin hacer ruido por una casa, pero no para andar por el campo. Todo esto dominó por completo la aten-

ción pública, y las conjeturas y los comentarios fueron infinitos, tanto más, cuanto que el acusado respondía con el mayor aplomo. Cuando le preguntaron por qué había pedido pasaporte para América, respondió que pensaba establecer allí una fábrica de porcelana; y de este modo, sin comprometer su sistema de defensa, cubría á su cómplice, haciendo creer que el móvil del crimen fué la necesidad de fondos con que realizar un proyecto ambicioso.

Verónica había mejorado algo, y, por consejo del médico, salió una mañana para dar un paseo. Apoyada en el brazo de su madre dió una vuelta á la ciudad, y se detuvo á descansar en la casa que habitaron sus padres. Regresó á la suya para servir la comida á su esposo, según costumbre, oyó la discusión que sostenía con sus amigos, y tomó parte en ella diciendo:

—Si hubiera vivido mi padre, tal vez ese desgraciado no sería hoy un criminal. Pero veo á ustedes preocupados con una idea fija. Todos ustedes opinan que el amor ha sido el origen del crimen. Convengamos en ello. Pero ¿por qué hemos de creer que la desconocida sea casada? ¿No podrá ser una joven soltera, negada por sus padres?

—Si es fuera, negaríamos también al acusado la inteligencia que está demostrando—respondió Grandville.—Tascheron sabe muy bien que es cuestión de tiempo casarse contra la voluntad de los padres, y hubiera entretanto podido trabajar y hacer economías.

—En tal caso, ¿cómo no se han traslucido esos amores en una ciudad donde cada cual sabe al dedillo lo que ocurre en la casa del vecino? Para amar, es necesario verse, hablarse. ¿Qué dicen ustedes á esto, señores magistrados?

Y al hacer esta pregunta, fijó Verónica su expresiva mirada en el vizconde, quien, como fiscal, entendía en la causa.

—Insistimos en que la mujer cómplice pertenece á la burguesía ó al comercio.

—Pues yo soy de distinta opinión—dijo Verónica.—Las mujeres de esa clase no tienen sentimientos tan elevados.

Esta respuesta concentró sobre Verónica las miradas de todos, como pidiendo algo que las explicara.

—En mis horas de insomnio—dijo gravemente Verónica—he dado vueltas en mi imaginación al asunto que á todos nos preocupa, y he creído descubrir la causa del crimen. Para convencerme de que se trata de una joven soltera, he discurrido así: una mujer casada, por su propio interés, ya que no por sus propios sentimientos y deberes, no llega nunca á dejarse dominar por una pasión tan exaltada y vehemente. En todo caso, sería una mujer sin hijos. Evidentemente, ese hombre ha sido amado por una mujer que quería ser su sostén. La desconocida ha puesto en ese amor el espíritu que hace crear las grandes obras artísticas, y del que no carece la mujer, aunque en otra forma, porque la mujer no produce cosas, sino hombres. Nuestras obras son

nuestros hijos; ellos son nuestros cuadros, nuestras estatuas, nuestros libros. ¿Acaso no es obra de arte la educación de un niño? Así, pues, apostaría mi cabeza á que si la desconocida no es una joven soltera, tampoco es una madre. Si los señores jueces tuvieran el fino instinto de la mujer, ¡cuántos detalles al parecer nimios tomarían en cuenta! Si yo me encontrara en el caso del señor fiscal, habría dado con la mujer desconocida, en el supuesto de que la desconocida sea culpable. Yo coloco esta cuestión en los mismos términos que el abate Dutheil. Se trata de dos amantes, que necesitaban dinero para huir á América; pensaron en los ahorros del infortunado Pingret, y el robo engendró el asesinato, que no había intención de cometer, pero que se cometió por el miedo que inspira á los criminales la pena de muerte. Y siendo esto así—dijo Verónica fijando una mirada suplicante en Grandville,—sería una acción digna de usted prescindir de la agravante de premeditación para salvar la vida á un desgraciado, á un hombre grande, á pesar de su crimen, tal vez dispuesto á reparar sus faltas con un sincero arrependimiento. ¿Es que el arrepentimiento no entra para nada en las resoluciones de la justicia? ¿Ó creen ustedes que el mejor castigo es dar al verdugo una cabeza más?

—Señora, reconozco que las ideas de usted son sublimes—contestó Grandville;—pero, aunque se descartara la premeditación, aún quedarían otras circunstancias agravantes: nocturnidad, escalamiento, fractura y algunas más.

—Entonces—dijo Verónica bajando los ojos, y acentuando mucho sus palabras,—¿usted cree que el acusado sufrirá la pena de muerte?

—Así lo creo—contestó Grandville.

Un violento escalofrío hizo estremecerse el cuerpo y las ropas de la señora de Graslin, que dijo con profunda tristeza:

—Siento mucho frío.

Se apoyó en el brazo de su madre, y se metió en la cama.

—Ahí está mucho mejor—dijeron sus amigos.

Al otro día, Verónica estaba á las puertas de la muerte. Cuando el médico manifestó su sorpresa por tan inesperada recaída, le dijo Verónica sonriendo:

—Ya esperaba que me sentaría mal el paseo de ayer.

Tascheron siguió defendiéndose durante el juicio, sin mostrarse altanero ni hipócrita, sino, al contrario, tranquilo y confiado en el talento de su defensor. Tenía, además, en su abono la buena conducta que había observado siempre, y su juventud, que á todos inspiraba compasión. El abogado, deseoso de salvar la vida á su cliente, admitió hipotéticamente la premeditación del robo, pero no la del asesinato.

Después de la visita del médico, recibió Verónica la del vizconde de Grandville, que iba á verla todas las mañanas desde que se manifestó la gravedad.

—He leído las defensas, y hoy empezarán las réplicas. ¡No sabe usted, amigo mío, cuánto me

interesa la salvación de ese desgraciado! ¿No le sería á usted posible renunciar á ese triunfo? Usted, que ha obtenido tantos y tan legítimos, ¿por qué no se deja convencer por las razones del defensor de ese infeliz? Conserve usted esa vida, ¡y quién sabe si podré ofreceros la mía!... Responda usted.

—Habla usted con voz tan conmovida...

—¿Sabe usted por qué?—respondió Verónica. —Mi marido acaba de señalar una triste coincidencia: dada mi sensibilidad, y el interés que me inspira ese hombre, cuya vida tiene usted en sus manos, cree posible que mi alumbramiento se precipite al conocer la terrible sentencia, y que el resultado sea mi muerte.

—Pero ¿es posible que yo reforme el Código?

—Me he equivocado: ¡es usted incapaz de amar!—dijo Verónica cerrando los ojos, al mismo tiempo que hundía su cabeza en la almohada. Y con un además imperativo, indicó al fiscal que saliera de la estancia.

Graslin insistió, como su mujer venía haciéndolo; pero todo fué inútil. Las opiniones se dividieron entre los mismos jueces de derecho y los jurados. El argumento de Graslin era éste: Si salvamos la vida de ese hombre, la familia Vanneaulx recogerá la herencia de Pingret. Sin embargo, por escasa mayoría se dictó la terrible sentencia. Como en todos los casos semejantes, se entabló una lucha encarnizada entre los partidarios de una y otra solución. Los liberales hasta creían inocente á Tascheron, fundándose en que no

era suficiente prueba la semejanza de un pie con otro, porque no se había demostrado que él construyera la llave, y por otras razones. Llegaron á decir que el pedazo de tela que apareció entre las ramas de un árbol, tal vez lo habría puesto el mismo Pingret para espantajo de gorriones. A esto agregaban que no había testigos presenciales. Los más avanzados en ideas llegaron más lejos. El autor del crimen, según ellos, era el mismo Pingret, porque el oro amontonado por él lo había robado al pueblo, ó, por lo menos, no lo había destinado al desarrollo de las industrias que dan trabajo á los que de él dependen para vivir.

A las damas románticas les inspiraba admiración aquel joven, cuya fogosidad amorosa no se detenía ante el crimen.

Cuando le fué leída la sentencia, sintió Tascheron tal acceso de desesperación y de furia, que acometió como un perro rabioso á cuantos le rodeaban, y fué necesario aplicarle una camisa de fuerza.

Tenía además aquel proceso mucho de halagador para la fantasía popular. Á aquella mujer desconocida, veíasela desgarrada por horribles sufrimientos, y constreñida totalmente á fingir durante toda su vida una calma imposible para ella. Vivirá entre nosotros; será nuestra vecina, nuestra amiga, tal vez nuestra pariente; la veremos, y hablaremos con ella .. Estas consideraciones crean el espanto de las familias, porque, según la frase sublime de Napoleón el Grande, en los dominios

de la imaginación es donde el poder de lo desconocido carece de medida.

En cuanto á los cien mil francos robados á los Vanneaulx, continuaban también desconocidos, porque el silencio del criminal era absoluto. Aunque se ofreció al delincuente la conmutación de la pena si declaraba dónde había ocultado el dinero, no se consiguió averiguarlo. Tascheron, al oir tales proposiciones, montó en cólera, cuyas manifestaciones fueron gritos furiosos y amenazas terribles, que terminaban con espantosas convulsiones epilépticas. En tal situación, dejó la justicia el campo libre á la Iglesia; y el abate Pascal, que ejerció su ministerio en la cárcel, y que, además, era amigo de los Vanneaulx, se encargó de afrontar santamente las iras del preso. Pero la lucha entre el padre de almas y el tremendo huracán de pasiones desatado en la de Tascheron, no dió resultado alguno. En resumen: los Vanneaulx apelaron á todos los medios imaginables para que el reo declarase dónde estaba la herencia de Pingret.

Porque lo que ellos decían: Se comprende un asesinato; pero un robo inútil, no se concibe.

Cuando se creyó próximo el día de la ejecución, cambió el aspecto de las conversaciones públicas. Se deseaba conocer al reo, verle desaparecer del mundo, estar cerca del cadalso para oirle, si hacía alguna declaración importante, ó presenciar su última actitud y su último gesto. La dificultad estaba en el reducido espacio que ofrecía la plaza donde en Limoges se ejecutaban las sentencias

de muerte. Había en ella pocas casas y, por consiguiente, pocas ventanas. Confundirse las personas de cierta posición con el populacho que llenaría la plaza..., ¡imposible!

La piadosa resignación con que algunos criminales feroces van al cadalso, es un triunfo para la Iglesia; y como ésta no quería verse desairada en ocasión tan solemne, se puso de acuerdo el obispo con la Audiencia para retrasar el acto, con objeto de salvar el alma de Tascheron. Pero todo fué inútil, y hubo que señalar día para la ejecución.

El palacio del obispo de Limoges se levanta sobre una colina cuya base ciñen las aguas del Vienne. Los jardines de la residencia episcopal descienden formando escalinata, y sus espaciosos terraplenes, sostenidos con gruesos paredones, están coronados con fuertes balaustradas. El panorama que se ofrece á la vista desde aquellas floridas terrazas es encantador. La tarde anterior al día señalado para la ejecución, descendían de terraza en terraza los abates Dutheil y Grancour, sin fijar su atención en los colores rojos, anaranjados y violáceos con que el sol poniente teñía los viejos murallones del palacio, las balaustradas, las paredes de las casas del barrio y las aguas del río. Iban en busca del obispo, que á la sazón estaba sentado en un ángulo de la última terraza, al lado de una hermosa vid, y saboreando su merienda, al mismo tiempo que contemplaba la caída de la tarde. El hermoso aspecto del paisaje, con sus arboledas coloreadas fantásticamen-

te por la última luz del día; el valle, cuyos tonos verdes ofrecían á la vista deliciosos cambiantes; las campanas de las torres bañadas en la luz, el rumor lejano de la ciudad y la pureza del aire; todo convidaba al dulce reposo que los más afamados autores recomiendan para hacer una buena digestión.

La mirada del obispo estaba fija en la orilla derecha del río, poblada de altos álamos, y parecía prolongarse hasta el sitio donde se cometió el doble asesinato cuyo castigo estaba anunciado para el día siguiente, sin haber conseguido del criminal ni una palabra de arrepentimiento.

He aquí lo que preocupaba al prelado cuando llegaron á él sus visitantes.

—Monseñor—dijo respetuosamente el abate Grancour,—todo ha sido inútil. Veremos morir como un réprobo al desventurado Tascheron. Si nos acercáramos á él en sus últimos momentos, lanzaría terribles injurias contra la religión, escupiría sobre el Crucifijo, renegaría de todo, hasta del Infierno.

—Sería el asombro del pueblo—continuó diciendo el abate Dutheil;—y el escándalo daría á conocer nuestra derrota y nuestra impotencia.

Turbado con estas palabras, el señor obispo dejó sobre el tablero de la mesa rústica que tenía delante el racimo de uvas que saboreaba, se limpió los dedos, é invitó á los dos vicarios á tomar asiento.

—El abate Pascal ha fracasado—dijo.—¡Es una desgracia!

—Está enfermo desde la última escena ocurrida en la prisión—se permitió decir el abate Grancour.—A no ser así, hubiera venido con nosotros para explicar la actitud del reo, y recibir nuevas órdenes de monseñor.

—El condenado entona á voz en grito canciones obscenas cuando ve á uno de nosotros—exclamó un sacerdote jovencillo que estaba sentado cerca del obispo, sin que esta observación le impidiera examinar atentamente el racimo de uvas que en la mano tenía, para escoger los granos más maduros.

Este joven, á la vez favorito y comensal del obispo, era hermano menor del barón de Rastignac, unido con lazos de familia y de afecto al obispo de Limoges, y desempeñaba las funciones de secretario. Se llamaba Gabriel, y estaba destinado á ocupar una de las más altas dignidades de la Iglesia.

—¿Has ido á verle, hijo mío?—le dijo el obispo,

—Sí, monseñor; en cuanto me presenté á él, vomitó contra el señor obispo y contra mí las más atroces y asquerosas injurias. No era posible permanecer allí. ¿Quiere monseñor permitirme que le dé un consejo?

—Escuchemos—dijo el obispo sonriéndose—la sabiduría y la prudencia que pone Dios algunas veces en boca de los niños.

—¿Acaso no hizo hablar á la burra de Balaam?—objetó con gran viveza el joven sacerdote.

—Sí; pero, según afirman sabios comentaris-

tas, no supo lo que se decía—respondió el prelado riéndose de muy buena gana.

Los dos abates se sonrieron complacidos al ver al obispo de tan buen humor.

—Pues daré mi opinión—dijo el joven sacerdote.

—Oigámosla con respeto—observó el obispo.

—Yo rogaría al señor de Grandville que suspendiera la ejecución algunos días más: al saber el condenado que nos era deudor de ese beneficio, acabaría por oirnos, y entonces...

—Entonces—interrumpió el obispo,—viendo el buen resultado de su actitud antirreligiosa, seguiría no haciéndonos caso. Señores—siguió diciéndo el obispo en distinto tono,—¿se conoce en la ciudad lo que ustedes acaban de confirmar?

—No se habla de otra cosa—respondió el abate Goncour.

—¿Cuándo será ejecutado Tascheron?

—Mañana, día de mercado—contestó el mismo abate.

—Señores—exclamó el obispo,—la religión va á quedar por los suelos, y eso no puede ser. Cuanto más excitada está la opinión, más crecen mis deseos de obtener un brillante triunfo. La Iglesia atraviesa hoy una grave crisis, y estamos obligados á hacer milagros en esta villa industrial, donde las doctrinas antimonárquicas y antirreligiosas han echado profundas raíces; donde el protestantismo, que se llama hoy liberalismo, se extiende por todas partes. Vean ustedes al

señor de Grandville de parte mía, para suplicarle un breve aplazamiento. Yo mismo visitaré á ese desdichado.

—¿Su señoría?—dijo el joven Rastignac.—Si el obispo fracasa, estamos perdidos. Yo le ruego que no vaya sin tener seguridad del éxito.

—Si monseñor me permite dar mi opinión —dijo el abate Dutheil,—diré algo que puede asegurar el triunfo de la religión.

El prelado respondió con una señal de asentimiento y con cierta frialdad, porque Dutheil no era santo de su devoción.

—Si alguien pudiera dominar esa alma rebelde, y conducirla á Dios, sería el cura del pueblo donde ha nacido Tascheron: el cura Bonnet.

—Uno de los que usted protege.

—Monseñor, al cura Bonnet le protegen sus virtudes y sus trabajos evangélicos.

Esta contestación, dicha con tono humilde, fué acogida con el mayor silencio. Todos creyeron ver en ella ese fino sarcasmo que distingue á los eclesiásticos cuando se proponen decir lo que quieren con la más exquisita corrección.

—He oído hablar de ese San Arístides hace mucho tiempo—repuso el obispo con sonrisa un tanto burlona;—y si prescindiera de él, habría por mi parte injusticia ó prevención. Los liberales elogian al señor Bonnet tanto como si perteneciera á su partido, y deseo juzgar por mí mismo á ese apóstol rural. Vayan ustedes á solicitar el aplazamiento hasta que vaya á Montegnac nuestro querido abate Gabriel para traer-

nos tan santo hombre. Le pondremos á prueba de milagros.

Al oir estas palabras, propias de un cortesano, enrojeció el rostro del abate Dutheil; pero no quiso retirar su proposición. Los dos vicarios saludaron al obispo, y se retiraron dejándole solo con su favorito.

—El secreto de confesión que deseamos está enterrado allí—dijo el obispo á su secretario señalándole la sombra de un grupo de álamos que se proyectaba sobre una casita aislada.

—Siempre he pensado lo mismo—respondió Gabriel.—No soy juez, ni tampoco policía; pero si yo fuera magistrado, señalaría á una mujer que se estremece con cualquier ruido, con cualquier palabra, aparentando la calma necesaria para no acompañar al cadalso á ese desgraciado. Nada tiene que temer: he visto al hombre, y morirá con el secreto de sus locos amores.

—¡Ah, picaruelo!—dijo el obispo tirando suavemente de una oreja á su joven secretario, y señalándole entre la isla y el barrio de San Esteban un pequeño espacio iluminado por la rojiza luz del sol poniente.—Allí es donde ha debido fijarse la justicia; ¿no es cierto?

—Allí.

—Pero... silencio—continuó el obispo;—nosotros no somos los hombres de la justicia humana. Basta una cabeza. Por lo demás, la Iglesia será la poseedora de ese secreto.

Á las dos de la mañana salió Gabriel para Montegnac en el coche del obispo.

CAPÍTULO III

El cura de Montegnac.

Por regla general, así los sacerdotes como los devotos suelen distinguirse por sus principios económicos. ¿Será efecto de su pobreza? ¿Será el egoísmo á que los condena su aislamiento el que suele desarrollar la avaricia? ¿Proceden así por cálculo, para el mejor ejercicio de la caridad? Hay sobre esto diversas opiniones; pero lo cierto es que como Gabriel de Rastignac, el cura más joven y atildado que jamás vieron los altares prosternado ante sus tabernáculos, sólo había dado á los postillones treinta sueldos de propina, el coche marchaba muy despacio, y haciendo frecuentes paradas.

Gabriel se impacientaba, porque el tiempo estaba medido, y se atrevió á decir:

—¡Un poco más deprisa, señores!

—No se maneja el látigo sin más ni más—repuso el cochero. Y Gabriel se arrinconó en el carruaje, y descendió de él algunas veces para contemplar el paisaje.

Á cinco leguas de Limoges, el terreno, con sus pendientes y praderas, recuerda mucho á Suiza en algunas partes, muy especialmente en San Leonardo, donde presenta un aspecto triste y meláncolico. Hay vastas llanuras incultas, estepas sin hierba ni caballos, pero limitadas al Nor-

te por las alturas de la Correze, montañas que no ofrecen á la vista del espectador la elevación de los picos de los Alpes, ni las hondas gargantas de los Apeninos ó de los Pirineos. Sus ondulaciones, debidas al movimiento de las aguas, revelan el momento en que surgió la calma al desaparecer las masas flúidas. Este aspecto es el que presentan casi todos los terrenos de Francia. El sol en aquellas llanuras grises es áspero é ingrato, y en tales sitios desolados no encuentra el viajero ni albergue, ni nada que sirva de recreo al ánimo. Cooper, con su talento especial, ha descrito con verdadero primor la poesía de las llanuras. ¿Qué hacer en aquella extensa comarca, olvidada por la administración, abandonada por la nobleza, y maldecida por la industria? Lo que los ingleses hicieron en Escocia, donde improductivos eriales se convirtieron en magníficas tierras laborables, porque todos los terrenos tienen una fertilidad especial.

Un camino provincial cruza la llanura, y va á unirse con la carretera general. Á alguna distancia está Montegnac, cabeza de partido, cuyo terreno es alternativamente llano y montañoso. El camino de Burdeos á Lyon, que pasa por allí, cruza una garganta peligrosa, donde con sobrada frecuencia han sido desvalijados los viajeros por cuadrillas de ladrones, que gozan de la más completa impunidad. El sitio favorecía sus golpes de mano, porque, después de realizarlos á mansalva, se internaban en los bosques por senderos de ellos solos conocidos. Por

esta razón el tránsito era escaso; y donde las gentes no pueden comunicarse, no hay ni comercio, ni industria, ni cambio de ideas, ni riqueza posible, siendo así que las maravillas de la civilización no son, ni más ni menos, que el resultado de ideas primitivas bien aplicadas. El pensamiento es constantemente el punto de partida y el de llegada de toda sociedad, y la historia de Montegnac demuestra la certeza de este axioma social. Abandonada aquella comarca á su propia infecundidad, acostumbrados su habitantes á vivir miserablemente, arrinconados junto á un bosque inexplorado que les producía leña y caza, concíbese que aquellas gentes, no sólo murieran de hambre en invierno, por escasez de alimento para la materia, sino que fueran víctimas de una depresión moral envilecedora, por la falta absoluta de cultivo en el espíritu, por la carencia de esos contrastes que regocijan y expansionan los corazones.

Cuando la Administración cayó en la cuenta de que aquello debía corregirse, estableció un puesto de gendarmería para seguridad de las gentes y de la correspondencia pública; pero á la palabra y no al sable, al cura Bonnet y no al jefe de la gendarmería, se debió el mejoramiento de las costumbres, la transformación moral de aquellas infelices gentes.

Después de haber recorrido las llanuras pedregosas ó polvorientas, el joven Gabriel vió con placer inmenso los tejados de la población, y que al poco tiempo paraba el coche en la casa de

postas, anunciada con un cartel en que se leían groseramente escritas estas tres palabras:

RELEBO DE CABAYOS.

La puerta de la casa tenía por zócalo un madero medio hundido en tierra, que servía de dique á la cuadra contra la invasión de las aguas pluviales; y dentro del *establecimiento* estaban amontonados los arneses, en tal estado de servicio, que, al parecer, no podrían resistir los esfuerzos del ganado, que tampoco estaba en la cuadra, sino empleado en las labores del campo. Todo era allí desolación y abandono. El favorito de monseñor dejó el carruaje en aquella mala posada, cuyas paredes parecían una carta geográfica, y cuyo tejado de bálago amenazaba ruina.

Después de rogar á la dueña de la casa que lo tuviera todo preparado para regresar dentro de una hora, preguntó por el camino de la iglesia.

Mientras el joven sacerdote subía un sendero de piedra cercado de espinos, la dueña de la casa y el postillón hablaban de los asuntos de Limoges, comentando la influencia del señor obispo, que había salvado la vida del reo.

Á mitad del camino se detuvo el secretario del obispo para contemplar el paisaje, y se explicó la situación del pueblo al hacerse cargo de algunas corrientes de agua que, descendiendo por las colinas, uníanse á un riachuelo que pasaba cerca del caserío. Éste era sumamente pobre; las paredes, de adobes, y los tejados, de paja. Los campos estaban sembrados de centeno, de nabos y de patatas, y en las pendientes de las colinas veían-

se las hermosas praderas sostenidas con el riego, donde se crían los famosos caballos lemosinos, que, según se dice, son de la raza árabe que dejaron los moros cuando, descendiendo los Pirineos, entraron en Francia para perecer entre Poitiers y Tours bajo el hacha de los galos, dirigidos por Carlos Martel. Las aguas recogidas de los manantiales sólo vivificaban aquellas praderas rodeadas de castaños, de setos y moreras.

Montegnac se dividía en alto y bajo.

El caserío alternaba con jardines, donde prosperaban los árboles frutales y las hortalizas; los terrenos próximos al río veíanse sembrados de cáñamo, y no faltaban algunas colmenas esparcidas aquí y acullá.

En los sitios hondos crecían hermosos nogales, y cerca de la llamada casa de postas funcionaba una modesta fábrica de tejidos. Más allá de la gran llanura, había una aldehuela bien cuidada, y separada del pueblo por jardines, que se llamaban *Los Tascherons*, y cuyo nombre conservan.

El joven sacerdote contempló con agrado aquellas bonitas perspectivas; pero no pudo establecer la comparación entre el primitivo Montegnac y el Montegnac reconstruído después de la llegada del cura Bonnet.

Avanzó algunos pasos, y pudo ver á una centena de toesas la iglesia del pueblo, que hasta entonces había contemplado á gran distancia confundida entre las plantas trepadoras que cubrían las ruinas imponentes del castillo de Montegnac, residencia de los Navarreins en el siglo XII.

La casa del cura estaba cerca de la iglesia, sobre un alto y extenso terraplén cubierto de tilos; y los muros que la sostenían atestiguaban su vejez con las señales inequívocas que á su paso va dejando el tiempo. Las piedras de las escaleras estaban desniveladas, no por el tránsito, sino por la fuerza de la vegetación que entre sus junturas asomaba. El apiñado musgo cubría como con rica alfombra de color verde obscuro los peldaños de la amplia escalera, y las numerosas familias de las parietarias brotaban exuberantes y magníficas por las grietas de las paredes y por las barbacanas de la muralla, hundidas, no obtante su espesor.

La piedra de las paredes era allí lo accesorio; lo principal, las manifestaciones de una vegetación tan espontánea como primorosa.

Una hermosa huerta separaba la casa de la iglesia, y aquélla estaba unida con la sacristía por una galería ruinosa.

Cuando el joven sacerdote contempló tanta rusticidad, pensó que más le convenía ser obispo que cura de aldea.

Entró en una habitación amueblada con modestia suma.

Una mesa de encina, un sillón de tapicería, algunas sillas de madera, un baúl viejo, un reloj en una caja pintada de verde, y por este estilo los demás enseres. Claro es que no faltaba sobre la chimenea un Niño Jesús, construído en cera.

Como el enviado del obispo no encontrara á nadie en la casa, salió al jardín, para contemplar desde lo alto el hermoso paisaje; y al respirar el

aire puro, y ver las limpias aguas corriendo sosegadamente entre fresca verdura, y tendida á sus pies la pacífica ciudad, cuyos habitantes le miraban con extraña curiosidad, nuevas sensaciones cambiaron el orden de sus ideas, y comprendió la sublime sencillez de la vida en los tiempos bíblicos.

Una niña que jugueteaba por el jardín, y que, sin duda, estaba al cuidado de la casa, notó la presencia del visitante, y se acercó á él tímidamente y sin disimular su sorpresa al ver un cura tan joven, tan guapo y, sobre todo, con hábitos tan finos y elegantes.

La pequeña jamás había visto un cura vestido con tanta pulcritud.

Por fin, se atrevió á articular estas palabras:

—El señor Bonnet está diciendo misa, y la señorita Úrsula está también en la iglesia.

El embajador del obispo volvió sobre sus pasos, y entró en la casa de Dios por la puerta principal, que no era otra cosa sino un gran portalón cubierto con un tejadillo.

Aquella especie de pórtico miraba al pueblo, y se llegaba á él por una rampa escalonada hecha con guijarros. Era una de las iglesias más pobres de Francia, donde las hay muy pobres. Cerca de la fachada principal, alzábase hasta modesta altura una torre cuadrada, cubierta con tejas, y sin cruz ni veleta. Por las paredes de los costados subía la yedra, formando con sus añosos y retorcidos troncos tupido y vasto encaje, en cuyas mallas anidaban multitud de pájaros revoltosos y pia-

dores. Sobre el tejadillo de la puerta había una ventana ó rosetón, festoneado con campanillas azules como la primera hoja de un misal ricamente pintado. El cementerio estaba unido á la iglesia, y, como único adorno, tenía una cruz de hierro sobre un zócalo de tosca piedra.

El interior de la iglesia armonizaba con la poética sencillez de su aspecto exterior. Sobre un tabernáculo de nogal tallado, alzábase una imagen de Cristo, al que alumbraban en las grandes solemnidades ocho grandes cirios sostenidos en monumentales candeleros de madera pintada de blanco, y cuyo único adorno eran dos floreros de porcelana, que sostenían sendos ramos de místicas flores artificiales. Las paredes estaban blanqueadas con cal. La lámpara del santuario era una antigua pila de agua bendita portátil, de cobre, suspendida por gruesos cordones de seda, procedentes de algún castillo desmantelado. La pila bautismal, el púlpito y una especie de jaula para los mayordomos, eran de madera. En el fondo de la iglesia había una gran ventana cubierta con una cortina de percal rojo, produciendo un efecto de luz rosada al combinarse con la blancura de las paredes. Sólo había otro altar, consagrado á la Virgen.

El aspecto de aquella mezquina casa de Dios producía sorpresa en el primer momento, y luego, admiración, no exenta de piedad. Era elocuente manifestación de la miseria del país; pero, así y todo, respirábase allí el dulce perfume de las virtudes campestres. En aquel rústico recinto va-

gaba un alma, y se la sentía, sin explicarse cómo.

El joven Gabriel se deslizó suavemente para no interrumpir el recogimiento de dos grupos que estaban cerca del altar mayor. Los fieles que asistían á la misa no fijaron su atención en el recién llegado, que, postrándose ante el altar, oró.

Dicho el Evangelio, se despojó el cura de la casulla, y se acercó á la balaustrada que separaba el altar mayor del resto de la iglesia. El enviado del obispo se había separado de la balaustrada, para confundirse entre los demás asistentes al acto. Daban las diez cuando el cura Bonnet pronunció estas palabras con acento muy conmovido.

—Hermanos míos: un hijo de esta parroquia va á pagar su deuda á la justicia humana sufriendo pena de muerte, y he ofrecido el Santo Sacrificio de la Misa por el reposo de su alma. Unamos todas nuestras plegarias para obtener de Dios que no le abandone en su última hora, á fin de que un sincero arrepentimiento le haga encontrar en el Cielo el perdón que en la Tierra no se le concede. La pérdida de nuestro desventurado hermano, uno de los que servían de ejemplo por sus buenas costumbres, sólo puede atribuirse al olvido de los principios religiosos...

El discurso fué interrumpido en este punto por los sollozos de la familia del reo, situada cerca del altar; dos ancianos septuagenarios, firmes y rígidos como estatuas, que eran los abuelos del condenado á muerte; cerca de ellos, sus

padres, con el rostro oculto entre las manos, bañadas en lágrimas; dos hermanas casadas, sus maridos, tres hijos y cinco niños, el mayor de siete años, que no se daban cuenta de lo que sucedía; y por último, Dionisia, la mártir del amor fraternal que lo escuchaba todo con asombro é incredulidad, porque para ella su hermano no debía morir. Pálida y desencajada asistió á aquella ceremonia, revelando en sus ojos la desesperación de que estaba dominada.

Los demás habitantes del pueblo se asociaban con su actitud al duelo de la infeliz familia.

Honda pena se retrataba en todos los semblantes; pero las manifestaciones de dolor estallaron unánimes cuando el sacerdote dió á entender en su plática que á aquellas horas la cuchilla del verdugo habría caído sobre la cabeza del desgraciado Juan Francisco.

Aunque espectáculos de esta naturaleza no debían sorprender á un sacerdote, Gabriel de Rastignac era demasiado joven para no sentirse tan emocionado como los demás; aún no conocía las desdichas sociales en toda su inmensa magnitud. Aquella manifestación de simpatías y plegarias, opuesta á la curiosidad malsana con que muchos habrían ido á presenciar la ejecución, conmovía al espíritu más sereno.

Tentado estuvo Gabriel de interrumpir la Misa diciendo que la ejecución estaba aplazada; pero se contuvo, y, en vez de seguir atentamente el oficio divino, se dedicó á observar al hombre de quien se esperaba la conversión del criminal.

Gabriel de Rastignac había forjado en su imaginación un retrato del cura Bonnet que distaba mucho de la realidad. Habíale supuesto pequeño, grueso y colorado; una especie de labriego rudo, tostado por el sol: y, al contrario, el padre Bonnet, aunque sí tenía pequeña estatura, era ligero de carnes y de rostro tan expresivo, que parecía iluminado por la fe de los Apóstoles. Su frente, surcada de arrugas, era espaciosa; su color, pálido, casi amarillo; sus ojos azules tenían un brillo luminoso como la esperanza; su nariz, delgada y recta, y su boca, un tanto grande, con labios pronunciados, de los cuales salía una voz dulce, armoniosa y persuasiva, que iba directa al corazón de quien le escuchaba; de color castaño eran sus cabellos lisos. Todo en él revelaba un temperamento pobre, y al mismo tiempo, una firme voluntad. Su extremada delgadez desgraciaba su figura. El busto era más fuerte que las piernas, y las espaldas se marcaban tanto, que parecía un jorobado sin joroba. Las gentes conocedoras de los milagros de la fe, del pensamiento y del arte eran las únicas que podían estimar y admirar en aquel cura de aldea el mirar de sus ojos, velados por la tristeza del mártir, aquella palidez, reveladora de un estudio constante, y su voz suave, delicada y amorosa. El cura Bonnet era digno de la primitiva Iglesia. Su tipo sólo se ve en los cuadros del siglo XVI y en las páginas del Martirologio.

Cuando bajó del altar, se encontró su mirada con la del abate Gabriel, y le reconoció como se-

cretario del obispo; así es que cuando éste entró en la sacristía, Úrsula, que ya tenía instrucciones de su amo, le condujo por la galería al jardín, y le habló de este modo:

—Señor—dijo Úrsula, mujer de una edad respetable,—el señor cura me encarga preguntar á usted si se ha desayunado. Habrá usted salido muy temprano de Limoges; y, aunque en esta humilde casa no podemos ofrecer á usted la mesa de monseñor, se hará lo que se pueda para servirle bien, y voy á preparar lo necesario. El señor cura no tardará en venir. Está haciendo una visita á la desgraciada familia Tascheron. ¡Qué día tan terrible!.....

—¿Dónde está la casa de esas pobres gentes? —preguntó Gabriel.—De parte del señor obispo vengo á buscar al señor Bonnet. Es preciso que vaya á Limoges, porque la ejecución ha sido aplazada.

—¡Ah!—exclamó Úrsula, cuya lengua se agitaba con el deseo de comunicar la fausta nueva.—Tiene usted tiempo de ver á los Tascheron mientras yo preparo el desayuno. La casa está en aquel extremo de la ciudad. El sendero que verá usted al pie de la terraza le conducirá.

Cuando Úrsula se separó del secretario, en vez de ir á la cocina, fué á extender la noticia por el pueblo, con el pretexto de hacer algunas compras.

El cura había sabido en la iglesia una radical resolución tomada por los Tascheron. Abandonaban el país, y aquella misma mañana debían

recibir el precio de sus bienes vendidos. Este proyecto se realizó con tanto misterio, que sólo se hizo público el día señalado para la ejecución.

El comprador de los bienes no pertenecía al cantón; pertenecía al de la Correze.

Cuando el alcalde supo la resolución de aquella familia, llamó al cura para rogarle que la hiciera desistir, porque, según la nueva ley, el padre no es responsable de lo que haga el hijo, ni el crimen del padre sirve de tacha á su familia. Como consecuencia de las diversas emancipaciones que tanto han debilitado el poder paterno, ha triunfado el individualismo, que devora á las sociedades modernas. Los intereses generales ¿pueden reemplazar á las familias? El tiempo resolverá esta cuestión.

Cuando el párroco llegó á la casa, todo estaba dispuesto para el viaje, y el comprador tenía pronto el precio de la venta. Un carruaje conduciría á los abuelos y á los padres con el dinero. Los demás saldrían á pie por la noche.

Cuando el favorito del obispo llegó á la casa donde estaban reunidos, el cura Bonnet había agotado todos los recursos de su elocuencia. Los dos ancianos, insensibles por efecto del mismo dolor, estaban juntos en un rincón, sentados en un saco, y preguntándose con la mirada: ¡quién había de decirnos que esto iba á suceder!

El padre del criminal era un hombre como de cuarenta y dos años. Estaba de pie, y había oído en silencio al cura del pueblo. Era un hombre reflexivo y severo, ante el cual se estrellaban los

razonamientos del señor cura. Dionisia estaba apoyada en la artesa del pan, que servía de mesa al notario, á quien habían cedido el sillón de la abuela.

El comprador estaba sentado en una silla cerca del escribano, y los hermanos preparaban la mesa para servir en aquella casa la última comida.

—El hijo de estas buenas gentes vive aún—dijo Gabriel al cura Bonnet.

Al oir estas palabras, los dos ancianos se pusieron de pie como si hubiese resonado en sus oídos la trompeta del Juicio final. La sorpresa fué general.

—¡Juan Francisco ha obtenido gracia!—gritaba en la calle el pueblo entero agrupándose en torno de la casa.—¡Viva el señor obispo!

—¡Bien sabía yo que era inocente!—exclamó la madre.

—Pero eso no altera nuestro trato—dijo el comprador al notario, quien contestó con una señal afirmativa.

El joven Gabriel tuvo necesidad de salir á la calle para decir que sólo se trataba de un aplazamiento. Estas palabras fueron acogidas con el mayor silencio.

—¡Vive!—exclamó Dionisia.

El secretario del obispado llamó aparte al cura párroco para explicarle lo que el obispo esperaba de él.

—Monseñor exige mi vida—respondió el cura.
—Lo mismo quería esta excelente familia, y me

negué á ello. La conferencia con él sería superior á mis fuerzas, y el espectáculo consiguiente me mataría. Mi temperamento nervioso me impide ejercer esas tristes funciones de nuestro ministerio. Soy un pobre cura de aldea, consagrado á ser útil á mis semejantes dentro de la esfera en que puedo practicar una vida cristiana. Sólo la idea de verme á su lado al caer la cuchilla sobre su cabeza, me estremece, me hace sentir en las venas un frío de muerte. Eso no puede exigirse de un padre; y padre suyo soy, porque ha nacido en el seno de mi pobre iglesia.

—¿Luego no está usted dispuesto á cumplir las órdenes de monseñor?

—El señor obispo ignora el estado de mi salud. No sabe que mi naturaleza se opone á sus deseos.

—Hay momentos en que estamos obligados á afrontar la muerte.

El cura sintió que le tiraban de la sotana, y oyó en torno suyo suspiros y llantos mal contenidos. Volvió la vista, y toda la familia estaba arrodillada. Todos tendían sus manos en actitud de súplica, y un grito expresó lo que sentían:

—¡Salvad su alma!

—Obedeceré á monseñor—dijo el cura.

Inmediatamente tuvo necesidad de sentarse, porque le temblaban las piernas, y la cabeza se le iba.

—¿Opina usted—dijo Gabriel después de un momento—que sería conveniente para el fin propuesto que viera á su hermana?

—Indudablemente—contestó Bonnet.—Nos acompañarás.

—Y yo también—dijo la madre.

—No; eso no—repuso el padre.—Nuestro hijo ha muerto para ti y para mí.

—Usted será responsable si nos quita los medios de salvar su alma.

—Irá—dijo el padre,—aunque sólo sea para su castigo por haberse opuesto á que yo le amonestara cuando era niño.

Los dos sacerdotes tomaron el camino de la casa, donde esperarían la llegada de las dos mujeres para emprender la marcha; y en el sendero que sigue los contornos del alto Montegnac para llegar á la casa del párroco, éste procuró hacer menos penoso el camino departiendo amablemente con el forastero. Pero éste, lejos de animarse, dió á su fisonomía un aspecto severo, y oyó al buen párroco con extremada frialdad. Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales el señor Bonnet trató de explicarse las causas de tan inesperado desdén.

Por fin, rompió el silencio el joven favorito diciendo:

—¡Qué pobre es la iglesia que usted tiene, señor cura!

—Muy pequeña—respondió el señor Bonnet;—pero en las grandes festividades se ponen bancos en el pórtico, y el silencio es tanto, que hasta en la plaza se oye mi voz.

Gabriel guardó silencio, y lo interrumpió así:

—Si los habitantes son tan religiosos, ¿cómo

dejan que la iglesia siga en tal abandono?

—¡Ah, señor mío! No tengo el valor de pedirles lo que necesitan para atenciones propias, ni quiero gastar lo que tengo para acudir en socorro de los más necesitados. Y créalo usted, siendo mi iglesia tan pobre, me complacería que el señor obispo la visitara en la festividad del Corpus. ¿No ha visto usted unos clavos que hay en las paredes de la iglesia? Pues sirven para colocar en ese día una especie de enrejado de alambre en el que atan las mujeres preciosos ramos de flores. Mi pobre iglesia se adorna como la joven prometida cuando se dirige al altar para recibir mis bendiciones. El suelo se cubre con juncos y follaje; el centro del camino que ha de recorrer el Santísimo Sacramento, lo señala el pueblo con rosas deshojadas. Las pompas magníficas de San Pedro en Roma no me parecerían más dignas de una ocasión tan señalada. Allí, el Santo Padre aparecerá rodeado de oro y pedrería; yo, humilde párroco de aldea, de flores y verdura. Sí, Montegnac es pobre; pero nadie busca la riqueza ajena. Antes se despojaba aquí á los viajeros; hoy, el que pierda un saco lleno de escudos, ya sabe que lo encontrará en la casa del cura.

—Todo eso hace vuestro elogio—dijo Gabriel.

—No se trata de mí—respondió el cura, herido con esta puñalada de guante blanco;—se trata de la palabra de Dios, del pan sagrado.

—Un tanto moreno—observó Gabriel con sonrisa maliciosa.

—El pan blanco sólo es propio de los estómagos ricos—respondió modestamente el párroco de Montegnac.

El mensajero del obispo cogió las manos del cura, y las estrechó efusivamente.

—Pido á usted mil perdones—le dijo.—Monseñor me encargó que pusiera á prueba vuestra paciencia y vuestra modestia, y ya estoy convencido de que os calumnian los liberales.

El almuerzo estaba preparado: huevos frescos, manteca, miel, fruta, natillas y café; todo esto servido por Úrsula sobre un mantel blanco como la nieve, entre ramos de flores. La ventana que daba al jardín estaba cubierta de jazmines y enredaderas, cuyas campanillas de diversos colores se movían suavemente á impulsos del aire.

—Le parecerá á usted frugal mi alimento cotidiano—dijo el cura sonriendo, sin que la sonrisa borrara la tristeza de su corazón;—pero nos ha sorprendido usted. Si, al contrario, hubiéramos sabido que usted había de honrar hoy esta pobre mesa, no habrían faltado en ella las ricas truchas que produce ese torrente de la montaña. Pero... ¡qué cabeza la mía! Me olvidaba de que estamos en Agosto, y de que el estanque está seco.

—¿Y lo pasa usted bien aquí?

—Si Dios lo permite, moriré siendo cura de Montegnac. Mi misión no está cumplida. No me basta haber moralizado á estas pobres gentes, cuya impiedad era espantosa; quiero morir en medio de una generación completamente convencida.

—No habéis hecho más que vuestro deber —dijo secamente el joven, mordido por el demonio de los celos.

—Eso es—respondió el párroco dirigiendo al secretario una fina mirada, que decía: ¿Es que continúa la prueba? Después añadió:—Que todos cumplan con el suyo para bien del reino, es lo que hace falta.

Cuando llegaron las dos mujeres, el joven abate, deseoso de regresar cuanto antes, fué á la conocida casa de postas, y volvió al poco rato diciendo que se podía emprender la marcha. Toda la población salió á la carretera para despedir á los viajeros, y el carruaje empezó á cruzar el llano, cuyo aspecto influía en la duración del silencio melancólico con que los cuatro emprendieron la marcha

Por último, el joven Gabriel tomó la palabra, y dijo al párroco de Montegnàc:

—¿Y qué razones tuvo usted para emprender la carrera eclesiástica?

—Nunca consideré como una carrera este estado—respondió el aludido.—No concibo para ingresar en él otras razones que no sean una firme vocación. Sin embargo, ya sé que muchos se dedican á labrar la viña del Señor después de haber gastado su corazón en servicio de las pasiones mundanas. Unos amaron sin esperanza, otros fueron traicionados, y no pocos perdieron la mujer amada en la flor de la vida, y así otros, por causas políticas ó sociales, que obligan á cambiar de vida. Yo creo que nadie debería consa-

grarse á Dios por motivos semejantes. También hay quienes pretenden regenerar la patria por medio del sacerdocio; pero, según mis pocas luces, el sacerdote político es un contrasentido. El sacerdote sólo debe pertenecer á Dios. Yo no he querido ofrecerle, aunque lo acepta todo, restos de mi corazón y de mi voluntad. Todo se lo he entregado á *Él*. Una de las costumbres de las religiones paganas era conducir al templo coronadas de flores á las víctimas que se ofrecían á los falsos dioses, y tal costumbre me ha conmovido. Un sacrificio no es nada sin la gracia. Mi vida no es una novela; y si usted quiere una confesión entera, puedo hacerla. Mi padre era un hombre duro é inflexible; jamás sorprendí en sus labios la más leve sonrisa: su mano era de hierro, y su actividad, brusca y sombría á la vez. Todos temíamos su presencia; mujer, hijos, criados...: su despotismo era salvaje. A pesar de eso, vacilaban sus juicios, y nadie sabía, estando á su lado, cuándo se procedía bien ó mal. De este modo, era preferible vivir en la calle á vivir en casa. Cuando yo sorprendía á mi buena madre con el llanto en los ojos, sentía en mi alma verdadera desesperación. Mis tiempos de colegio en los años de la niñez fueron mi edad de oro; pero terminé las Humanidades, y tuve que regresar á casa. Una triste tarde de otoño me paseaba con mi madre á lo largo del bulevar Bourdon, uno de los más silenciosos de París en aquella época, y le dije que no había vida posible para mí más que la de la Iglesia. Mis gustos, mis ideas, hasta mis amores,

si llegaba á tenerlos, serían contrariados por mi padre; y viéndome bajo la sotana del sacerdote, tendría que respetarme, y yo sería el protector de la familia. Mi madre lloró mucho. Otro de mis hermanos sentó plaza de soldado, llegó á general, y murió en la batalla de Leipizg. Propuse á mi madre que casara á mi hermana con un hombre de carácter para apoyarse en esta nueva familia, y so pretexto de evitar las quintas sin ser costoso á mi padre, entré en el Seminario de San Sulpicio el año de 1807, á los diez y nueve años de edad. Sólo pensé desde entonces en servir de consuelo á los desgraciados, en cicatrizar las llagas del pobre, viviendo en un obscuro rincón de la tierra, y, si Dios se dignaba bendecir mis esfuerzos, demostrar que la religión católica, única verdadera, tiene un gran poder civilizador. He perdonado á mi padre. Mi desdichada madre vertió amargas lágrimas cuando afirmé mis votos, porque sabía á cuántos goces renunciaba con mi nuevo estado. Cuando pertenecí á Dios por completo, sentí en mi alma una dicha sin límites. Me sentía feliz: sin necesidades, sin vanidad, sin las mil preocupaciones y cuidados que tanto inquietan al hombre. Me creía en un mundo donde se proscribe el miedo, donde el porvenir es cierto, donde todo es obra divina, hasta el silencio. Mi madre al verme feliz, lo fué también. Uno de mis parientes me habló por casualidad del estado de abandono en que estaba esta comarca, y me dije: he aquí tu viña. Y aquí estoy cultivándola. He aquí mi historia No habrá

otra tal vez tan sencilla ni tan poco interesante.

En aquel momento apareció Limoges, iluminado con los últimos rayos del sol Poniente; y al ver la ciudad, prorrumpieron en llanto las dos mujeres.

El condenado á muerte yacía en un camastro de la prisión, sujeto con la camisa de fuerza, y con un vigilante al lado para recoger sus palabras, sobre todo las que en sueños pudiera pronunciar. Los Vanneaulx habían interesado á la policía en el descubrimiento del tesoro. Juan Francisco, después de haber intentado romper, hasta con los dientes, las ligaduras que le aprisionaban, dirigió al techo del calabozo miradas de desesperación. Era la viva escultura de Prometeo. El recuerdo del bien perdido le devoraba el corazón. Cuando oía el rechinar de la llave en la cerradura de la puerta, un estremecimiento nervioso recorría su cuerpo, y un acceso de rabia tal se apoderaba de él, que, según los médicos, no se habían visto hasta entonces accesos tan terribles. Sus labios se cubrían de espuma blanca. Era un hombre bien formado, de rostro simpático, que denotaba gran energía. Un detalle de su fisonomía confirmaba un aserto de Lavater, quien decía que los hombres predispuestos para el asesinato tenían cruzados los dientes de la mandíbula superior. Según opinión de las mujeres que habían asistido á la vista, era posible que aquel hombre inspirase amor.

Cuando se abrió la puerta, y se descorrió el cerrojo para que entrasen la madre y la hermana

del preso acompañadas del cura, oyeron todos un rugido de fiera, que los hizo estremecerse; y cuando vió á su madre y á su hermana, y detrás de ellas al abate Bonnet, tembló todo su cuerpo, y dijo:

—¡Ah, bárbaros; también esto me reservaban! —y cerró los ojos.

Dionisia no pudo contenerse; se abalanzó á su hermano, confundió su cabeza con la suya llorando amargamente, y le dijo al oído:

—¡Tal vez nos oigan y se compadezcan!

—Á no ser así, ¿por qué os han hecho venir? —dijo el preso en alta voz.—Como un favor muy grande he pedido no ver á ninguno de la familia.

—¡Cómo nos lo han cambiado!—dijo al cura la madre, poseída de profunda pena.—¡Pobre hijo mío!

Y cayó de rodillas al pie del camastro, envolviendo su cabeza con la sotana del cura, que estaba en pie como abismado.

—¡Señor cura, por Dios—continuó diciendo la madre;—no puedo verle así!

—Es cierto, Juan; tiene razón tu pobre madre. ¿Me prometes ser prudente, no atentar contra tu vida, y estar sereno mientras hables con nosotros? Ten en cuenta que si otra cosa hicieses, yo sería responsable.

—Doy á usted mi palabra—dijo Juan Francisco con los ojos bañados en lágrimas.

El cura llamó al carcelero para que quitase al reo la camisa de fuerza, y así se hizo.

—¿No querrá usted matarme esta noche?—preguntó al desgraciado, que no quiso contestar.

—¡Pobre hermano mío!—dijo Dionisia.—Mira: en este cesto traigo para ti algo que te gusta, porque aquí te darán de comer por amor de Dios.

Y ofreció á su hermano algunas frutas recién cogidas, y otras cosas de su agrado en días más felices.

La presencia de los suyos determinó en el preso una gran reacción, y empezó á llorar.

—¡Ah, Dionisia!—dijo;—¡cuánto te lo agradezco! Seis meses hace que sólo el hambre me obliga á comer.

Había orden de obedecer á los visitantes en cuanto fuera compatible con la seguridad del reo, y la madre y la hija entraron y salieron para prepararle la cena.

—¿No habrá perdón para mí?—preguntó con gran serenidad al cura.

—Así lo creo, hijo mío. Pero esta vida no es nada en comparación de la vida eterna, y es preciso morir como buen cristiano. Los hombres quieren tu vida; Dios necesita más.

—¡Dejar la vida! ¡Ah; usted no sabe todo lo que tengo que dejar!...

Dionisia dirigió una mirada á su hermano, como diciéndole que aun en los asuntos religiosos convenía la prudencia.

—No hablemos de eso—continuó diciendo, al mismo tiempo que devoraba la fruta como si

su deliciosa frescura apagara un fuego interior muy hondo é intenso.

—No, nada de eso, sobre todo delante de mí —observó la madre.

—Quedaré más tranquilo—dijo en voz baja al cura.

—¡Siempre el mismo!—É inclinándose hacia Juan Francisco, pronunció estas palabras de modo que él sólo pudiera oirlas:—Si esta noche te reconcilias con Dios, y tu arrepentimiento me permite absolverte, mañana...—Y en alta voz continuó diciendo:—Mucho hemos adelantado devolviéndote la calma.

Al oir Juan Francisco el *mañana* pronunciado por el abate Bonnet, se estremeció todo su cuerpo, palidecieron sus labios, y se revolvieron sus ojos en las órbitas como si una tempestad furiosa se hubiera desencadenado en el fondo de su alma.

Afortunadamente, se encontró su mirada con la de Dionisia, que velaban las lágrimas, y pudo dominarse.

—Está bien—dijo al abate Bonnet.—Sólo á usted oiré. Han sabido por dónde atacarme.

Y dicho esto, se arrojó en los brazos de su madre.

—¡Óyele, hijo mío!—le dijo su madre llorando amargamente;—está poniendo su vida en peligro nuestro querido señor Bonnet para conducirte...

Vaciló y dijo:

—Para conducirte á la vida eterna.

Besó la cabeza de su hijo con efusión indescriptible, y la estrechó contra su corazón algunos instantes.

—¡Él me acompañará!—murmuró el reo como si hablara consigo mismo.—Pues bien; prometo oirle, y hacer lo que me mande.

—Sí, hermano mío, eso queremos: salvar tu alma; que no se diga en Limoges y en todo el país que un Tascheron no ha sabido morir como mueren los hombres. No olvides que en el Cielo se encuentran las almas perdonadas.

Este esfuerzo sobrehumano ahogó la voz en la garganta de la heroica joven, y guardó silencio, como su desgraciada madre; pero el triunfo había sido completo. Juan Francisco, furioso hasta entonces al ver que la justicia humana le arrebataba su dicha, se estremeció de júbilo ante la sublime idea católica, con tanta sencillez expuesta por su hermana. Es que las mujeres nacidas para el amor procuran eternizarlo. Juan Francisco cogió las manos de Dionisia, y después de estrecharlas contra su corazón, las cubrió de besos.

—¡Sí—dijo á su hermana;—ha llegado la hora de renunciar á todo! He aquí mi último pensamiento; recógelo, Dionisia.

Y la miró fijamente, con tal intensidad, que en aquellas solemnes circunstancias hubiérase creído que pretendía fundir su alma con la de su hermana.

Todo lo dicho por el infeliz condenado á muerte era como un testamento, y algo así como la agonía de una pasión desventurada.

Todos guardaron silencio, y procuraron ocultar sus lágrimas.

El cura, vencido por la majestad de los grandes hechos humanos, aun los criminales, midió la pasión desconocida con la intensidad de la falta, y alzó los ojos al cielo para invocar la gracia divina.

Dionisia aprovechó los momentos para decir misteriosamente al cura cuál era el sitio débil de aquella firme roca, la hendidura por donde se precipitarían las aguas del arrepentimiento.

De pronto, Juan Francisco agolpó en su imaginación los recuerdos de su dicha pasada, y lanzó un rugido como de hiena sorprendida por los cazadores.

—¡No!—exclamó cayendo de rodillas;—¡quiero vivir! ¡Madre, ocupe usted mi puesto; déme usted sus vestidos; quiero huir! ¿Por dónde? ¡Perdón para mí! ¡Ved al rey, contadle mi desgracia!...

Se detuvo, lanzó un grito horrible, y se agarró violentamente á la sotana del cura.

—¡Salgan ustedes!—dijo el sacerdote á las dos mujeres, abrumadas por el dolor.

Juan, al oir estas palabras, levantó la cabeza, miró á su madre y á su hermana, y besó sus pies.

—Sea éste nuestro último adiós—dijo á las afligidas mujeres.—¡Ya no volveremos á vernos! ¡No sufráis por mí!

Y después de estrechar á su madre y á su hermana con un mismo abrazo, en el que parecía poner toda su vida, dijo:

—Dejadme solo con el señor Bonnet.

—¡Cómo no se muere una al ver esto!—decía Dionisia á su madre al dirigirse á la puerta del calabozo.

Eran las ocho de la noche cuando ocurrió esta escena terrible, más fácil de comprender que de describir.

Poco tiempo después supo el obispo que la religión saldría triunfante de tan terrible prueba; y como al recibir la noticia estaba presente el procurador general, manifestó deseo de ver lo antes posible al abate Bonnet. Éste no pudo presentarse hasta la media noche, y eso, en el coche del obispo, que le fué ofrecido por el joven Gabriel en la cárcel. Así era necesario, no sólo porque las emociones habían sido tales que el buen sacerdote carecía de fuerzas para sostenerse en pie, sino porque el próximo amanecer sería espantoso. Almas como la del cura Bonnet recogen de tal modo las impresiones, las miserias y los sufrimientos del prójimo, que las sienten con la misma intensidad.

Cuando el cura llegó á presencia del obispo, estaban con él su secretario Rastignac, el señor de Grandville y el procurador general.

—Señor cura—dijo el obispo,—¿ha arrancado usted al reo alguna confesión que pueda auxiliar á la justicia sin que usted falte á sus deberes?

—Monseñor—contestó el cura,—para absolverle, sólo he procurado que su arrepentimiento sea sincero y tan completo como la Iglesia quiere. Además, he conseguido la devolución del dinero.

—Esa restitución es la que me ha traído aquí, pues supongo que podrá arrojar alguna luz sobre puntos obscuros del proceso. En el delito hay cómplices—dijo el procurador general.

—Los intereses de la justicia humana—replicó el cura—no son de mi incumbencia. Ignoro cómo, cuándo y dónde se hará la restitución; sólo me consta que se hará. Al llamarme el señor obispo para ejercer mi ministerio cerca de uno de mis feligreses, me ha ratificado los poderes correspondientes á los párrocos, cuya extensión en la parroquia es la del señor obispo en toda la diócesis, salvo el caso de disciplina y obediencia eclesiásticas.

—Así es—dijo el obispo;—pero se trata de saber si voluntariamente ha hecho el reo alguna declaración que interese á la justicia.

—Mi misión ha sido conseguir un alma para Dios—repuso el sacerdote.

El señor Grancour alzó ligeramente los hombros, y el abate Dutheil hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Tascheron, por lo visto, pretende salvar á alguna persona á quien la restitución podría comprometer.

—Ni lo afirmo, ni lo niego—contestó el señor cura.—El secreto de la confesión es inviolable.

—Pero ¿estamos conformes en que se hará la restitución?—preguntó el representante de la Justicia.

—Sí, señor—contestó el representante de Dios.

—Eso me basta—dijo el procurador general, confiando en las habilidades policíacas.

Al día siguiente Tascheron fué conducido al patíbulo, donde dió ejemplo de resignación cristiana. Besaba ardientemente el crucifijo que con mano temblorosa le presentaba el señor cura Bonnet. El público observó atentamente hasta sus miradas. ¿Fijará sus ojos en alguna persona de la concurrencia? ¿Mirará con predilección á alguna casa del tránsito? He aquí las preguntas que muchos se hicieron. Pero la discreción del condenado á muerte fué completa, y murió como cristiano.

El pobre cura de Montegnac perdió el conocimiento.

Dionisia pidió permiso á su padre para volver á Limoges acompañada de su hermano Luis María.

—¿Qué tienes que hacer allí?—preguntó el padre con mal humor y frunciendo las cejas.

—Padre mío—le dijo al oído,—no sólo debemos pagar al abogado defensor, sino que es preciso restituir el dinero oculto.

—Es muy justo—dijo aquel hombre probo metiendo la mano en un bolsillo de cuero que llevaba consigo.

—No, no—dijo Dionisia.—Ya no existe vuestro hijo, y no es usted quien debe pagar esa cuenta.

—Os esperaremos en el Havre—repuso el padre.

Y Dionisia y su hermano, procurando no ser

vistos, se dirigieron á Limoges, consultándolo antes con el cura, quien se brindó á acompañarlos, no obstante su mal estado de salud. Ya en Limoges, los tres se dirigieron á la casa del abogado, que vivía en la calle de la Comedia.

—Buenos días, hijos míos—dijo el abogado al mismo tiempo que tendía sus manos al señor Bonnet.—¿En qué puedo seros útil? ¿Se trata acaso de reclamar el cuerpo de vuestro hermano?

—No, señor—dijo Dionisia llorando al oir la pregunta del abogado;—vengo á satisfacer la deuda que con usted tenemos, si es que ciertos servicios pueden pagarse con dinero.

—Siéntense ustedes—dijo el abogado al observar que todos estaban en pie.

Dionisia se volvió de espaldas para sacar dos billetes de quinientos francos que con alfileres tenía prendidos en su camisa, y se sentó, después de presentar al abogado aquella suma. El cura dirigió al abogado una expresiva mirada que comprendió al momento.

—Guarde usted ese dinero, hija mía—contestó el abogado.—Los ricos nunca pagan tan generosamente una causa perdida.

—Señor—contestó Dionisia,—me es imposible obedecer á usted.

—¿No es de usted ese dinero?—preguntó vivamente el abogado.

—Perdone usted—contestó la joven dirigiendo una furtiva mirada al abate Bonnet.

El cura presenciaba esta escena con los ojos bajos.

—Pues bien—dijo el abogado guardando un billete de quinientos francos, y entregando el otro al señor cura;—partiré con los pobres. Ahora va usted á hacerme un favor—dijo dirigiéndose á Dionisia —Este billete, que es mío, va usted á cambiármelo por la cruz de oro que lleva usted en el cuello. Quiero conservarla como recuerdo de la joven de mejor corazón que he visto en mi vida de abogado.

—Se la regalo á usted con mucho gusto; pero no se la vendo. Téngala usted—dijo quitándosela y ofreciéndosela.

—Ahora me toca á mí—observó el abate Bonnet.—Guardaré estos quinientos francos para trasladar al cementerio de Montegnac los restos del desgraciado hermano de Dionisia. Dios le habrá perdonado, y Juan podrá levantarse con todo mi rebaño el día que los justos y los arrepentidos sean llamados para sentarse á la diestra de Dios padre.

—Conforme—repuso el abogado; y cogiendo de la mano á Dionisia, la atrajo hacia sí para besar su frente, y decirle:—Hija mía, no hay en Montegnac quien tenga billetes de quinientos francos, porque tampoco hay muchos en Limoges; y por lo tanto, este dinero no es de usted. Tampoco lo pregunto; pero escúcheme usted. Si tiene usted que hacer algo aquí que se relacione con su pobre hermano, tenga usted mucho cuidado. Todos ustedes, comprendiendo al señor cura, están muy vigilados por la policía secreta. Ya sé que la familia ha salido de Montegnac, y si

aquí fueran ustedes vistos y conocidos, seguirían sus pasos.

—Nada tenemos que hacer aquí—dijo la joven.

—Mucho mejor.

Cumplido el objeto de la visita, los tres se despidieron del abogado.

En los últimos días de Septiembre, que fueron tan cálidos como los más fuertes del estío, el obispo había invitado á su mesa á las autoridades de la villa, figurando entre ellas el procurador del rey y el abogado general. Hasta las once de la noche se prolongó la reunión después de haber jugado al whist y al *trictrac*, juego favorito del señor obispo. Á dicha hora, el procurador se encontraba en una de las terrazas más elevadas del jardín, y vió brillar una lucecilla, allá á lo lejos, en la isla que cierta tarde había llamado la atención del obispo y de su secretario, la isla de Verónica, en una palabra. Aquella luz le recordó los misterios inexplicables del proceso de Tascheron. Después, no pareciéndole natural que á hora tan avanzada de la noche hubiese en tal sitio una luz, se le ocurrió la misma idea que al obispo y á Gabriel se les ocurriera la tarde de referencia.

—Hemos sido una caterva de imbéciles—dijo para sí;—los cómplices ya se han descubierto.

Subió al salón, dijo algunas palabras al oído del señor Grandville, y los dos se retiraron. Pero el joven secretario los vió salir, dirigirse á la terraza, y observar atentamente aquella luz.

—¡Está perdida!—dijo.

Pero los polizontes enviados á la isla llegaron tarde.

Dionisia y Luis María, á quienes Juan Francisco enseñara á nadar y á zambullirse en el agua, habían hecho ya cuatro veces esta operación en cierto sitio, sacando cada uno de ellos veinte mil francos en oro, cuidadosamente envueltos. La primera suma extraída estaba en un pañuelo de seda bien anudado por las cuatro puntas, y este pañuelo, después de bien retorcido para que soltara el agua, fué condenado al fuego lento que ardía en una pequeña hondonada de la isla. El segundo envoltorio era una especie de chal, y el tercero, un pañuelo de batista. Cuando iba Dionisia á arrojar al fuego la tela que contenía los últimos veinte mil francos, apareció la policía, que pudo apoderarse de un pañuelo que, á pesar de haber estado sumergido en el agua, conservaba algunas manchas, al parecer, de sangre.

Preguntada por lo que acababa de hacer, contestó tranquilamente:

—Acabo de retirar del agua el oro robado, cumpliendo la voluntad de mi hermano.

—¿Y por qué ha quemado usted las envolturas que contenían el dinero?

—Para cumplir una de las condiciones impuestas por mi hermano.

—¿Y cómo eran esas envolturas?—insistió el comisario.

—Se lo diré á usted—contestó Dionisia:—un

pañuelo de seda, otro de batista y un pequeño chal.

El pañuelo que la policía acababa de coger fué del hermano de Dionisia.

Todo esto ocasionó gran ruido en la ciudad, y he aquí los comentarios de tan extraña pesca:

—Hay en Limoges un marido que echará de menos algunas prendas, y está obligado á callarse.

—Yo voy á reconocer desde esta noche mi guardarropa—dijo sonriéndose la señora Penet, que ya era vieja.

—¿Á quién pertenecerán los pies pequeñitos cuyas huellas se han borrado tan perfectamente? —preguntó el señor de Grandville.

—Probablemente, á alguna fea—contestó el abogado general.

—¡Bien cara estará pagando su falta!—observó gravemente el abate Grancour.

—¿Saben ustedes lo que resulta en limpio de este asunto?—dijo el abogado general.—Pues resulta que las mujeres han perdido mucho con la revolución, porque ésta ha confundido las clases sociales. Tales pasiones sólo se desarrollan entre personas cuya posición social es muy diferente.

—¿Y qué dirá de todo esto la señora Graslin? —preguntó el prefecto.

—Nada ¿Qué ha de decir, si dió á luz el mismo día de la ejecución, y no ha visto á nadie después, porque sigue enferma de bastante peligro?—contestó Grandville.

En otro salón del mismo Limoges ocurrió una escena casi cómica.

Los amigos de la familia Vanneaulx fueron, como era de rigor, á felicitarlos por la restitución de la herencia, y la señora de la casa, que había lanzado contra Tascheron todo género de improperios cuando se obstinaba en callar, había cambiado de modo de pensar, rectificándose del siguiente modo:

—La verdad es que, después de todo, era Tascheron un buen muchacho, y han debido indultarle. Ya se ha visto que el amor, y no el interés, fué el móvil del robo, y, por lo tanto, no era un perverso ni un vicioso.

—Tiene razón mi mujer—dijo el señor de la casa.—Tascheron era un hombre delicado. Tan es así, que si supiera dónde está su familia, la recompensaría. Los Tascheron son personas decentes.

Cuando Verónica pudo levantarse después de la larga enfermedad que siguió á su alumbramiento, esto es, á fines del año 1829, oyó hablar á su marido de un importante negocio que deseaba realizar. La casa Navarreins pensaba vender el bosque de Montegnac y los extensos terrenos incultos de su alrededor. Graslin no había cumplido la cláusula del contrato matrimonial que le obligaba á colocar en tierras la dote de su mujer; pero había doblado la suma en sus combinaciones bancarias, y cuando Verónica le indicó con su acostumbrada discreción que sería de su agrado poseer aquellos terrenos en Montegnac,

Graslin creyó del caso consultar al cura Bonnet, puesto que podría darle noticias del bosque y tierras colindantes que deseaba vender el duque de Navarreins.

Un agente del duque estaba en Limoges encargado de la venta, que había de hacerse efectiva en dinero contante y sonante, porque se acordaba de la revolución de 1789, y no quería pasar nuevamente por las duras pruebas á que fué sometida la aristocracia en aquella época.

Desde luego entró en tratos con Graslin, único capitalista de Limoges que podía pagar en el acto el subido precio de tan extensa propiedad. El abate Dutheil escribió á su amigo y compañero Bonnet que era necesaria su presencia en la capital, y se presentó en seguida.

Verónica mostró deseos de invitar á su mesa al señor Bonnet, de quien tanto y tan bueno había oído hablar; mas el banquero retrasó el convite hasta que arregló el negocio con el agente del duque pagándole uno tras otro quinientos mil francos. Así quedaba cumplida la cláusula del contrato de matrimonio.

Verónica podía entrar en posesión de treinta mil fanegas de tierra poblada de bosque, de cinco mil sin cultivo, de las ruinas del castillo y de los jardines.

Cuando el cura vió á la mujer célebre por su talento y su piedad, no pudo reprimir un movimienta de sorpresa.

Verónica acababa de entrar en la tercera fase de su vida.

Aquella madona de Rafael, cuya belleza destrozaron las viruelas, fué una mujer hermosa, noble y apasionada; cuando recibió la visita del párroco de Montegnac, tenía el aspecto de una santa. Su rostro estaba cubierto con esa palidez reveladora de los grandes sufrimientos; sus labios no ostentaban ya el vivo color de la granada entreabierta, sino las suaves tintas de la rosa de Bengala; en el arranque de la nariz había trazado el dolor dos pequeños surcos nacarados, que señalaban la huella de muchas lágrimas vertidas en secreto. Sin poderlo remediar, la vista se fijaba en aquellos dos rasgos de la fisonomía de Verónica, determinados por la concurrencia de pequeños vasos donde la sangre parecía afluir para alimento de las lágrimas; sus mejillas estaban hundidas, velados sus ojos por la tristeza, y en sus párpados empezaban á marcarse multitud de pequeñas arrugas. En resumen, la primera impresión que producía Verónica era la de aquellas abadesas célebres por las maceraciones con que afligían su carne. Su delgadez espantaba.

Sin embargo, Verónica se había propuesto amamantar á su hijo, desoyendo la prohibición del médico, quien en sus conversaciones particulares con los amigos de Verónica encontraba una disculpa para ella.

—Tengo observado—decía—que las mujeres aman más á sus hijos cuanto más caros les cuestan.

Lo único que no había cambiado en el rostro de Verónica era el azul obscuro y brillante del

iris, donde parecía haberse refugiado su vida entera.

La sorpresa, mejor dicho, el asombro del cura, fué transformándose poco á poco en una piadosa compasión hacia aquella mujer, que parecía la viva imagen del dolor.

Verónica al oir de labios del cura que un propietario podía hacer muchas buenas obras viviendo en Montegnac, fué transformándose hasta el punto de parecer bella. Las palabras del cura hiciéronla entrever un porvenir inesperado.

—Iré—dijo con gran firmeza.—Eso me producirá mucho bien. Pediré algunos fondos á mi marido, y me asociaré con entusiasmo á la obra de regeneración por usted emprendida. Agua abundante correrá por las áridas llanuras, y las fertilizaremos.

Cuando los amigos del cura desearon conocer qué impresión le había producido Verónica, contestó:

—La de una santa.

Graslin envió un arquitecto á Montegnac para que restaurara el castilo, los jardines, la terraza y el parque.

Dos años después, en Agosto de 1830, cayó sobre Verónica una nueva desgracia.

Graslin sufrió las consecuencias de la gran crisis comercial desarrollada en aquella época por causas que no son de este momento, y no pudo resistir tal contratiempo. La idea de tener que declararse en quiebra por la segura pérdida de tres millones de francos, producto de cuarenta

años de continuos desvelos, le produjo un estado moral que muy pronto se manifestó con padecimientos físicos.

La inflamación de la cara tomó proporciones alarmantes, y Graslin cayó en la cama para no levantarse, á pesar de los asiduos cuidados de Verónica, que sólo consiguió con ellos prolongar durante algunos meses el suplicio de su esposo.

Graslin murió en 1831, y el dolor de la viuda encontró lenitivo en la resignación cristiana.

Como el crédito del banquero estaba comprometido, Verónica propuso la venta de sus bienes para saldar las cuentas con los acreedores de su esposo; pero no hubo necesidad. Se hizo la liquidación, interviniendo en ella Grossetéte, y aún recibió la viuda en dinero seiscientos sesenta mil francos.

El señor Grandville, sincero admirador de las grandes virtudes de Verónica, se atrevió á renovar sus antiguas pretensiones; pero Verónica, con admiración de todo Limoges, las rechazó, fundándose en que la Iglesia condena las segundas nupcias.

Grossetéte, con su buen golpe de vista en asuntos financieros, aconsejó á Verónica el mejor modo de colocar su fortuna; y cuando todo estuvo en regla, anunció Verónica su propósito de abandonar á Limoges para vivir en Montegnac, cerca del señor Bonnet, á quien quería ayudar en sus obras piadosas. Consultado el cura previamente, se opuso cuanto pudo á tal resolución, diciendo á Verónica que debía vivir en más ele-

vada esfera, á lo que repuso ella muy discretamente:

—He nacido en el pueblo, y al pueblo volveré.

Además, Verónica había tenido que ceder el hotel á Grossetéte al hacer la liquidación.

Se fijó uno de los últimos días del mes de Agosto de 1831 para emprender la marcha, y los numerosos amigos de Verónica quisieron acompañarla hasta las afueras de la población. Algunos llegaron hasta el primer relevo de caballos. En un carruaje de cuatro asientos montaron Verónica, su madre, Grossetéte y Dutheil, elevado á una silla episcopal pocos días antes.

Al pasar por la plaza de Aine, Verónica sufrió una violenta conmoción, se contrajo su rostro, y estrechó fuertemente á su hijo. La vieja Sauviat tomó el niño en sus brazos para disimular la emoción de su hija.

La casualidad quiso que el coche pasara por la antigua casa de sus padres, y Verónica, estrechando las manos de su madre, dejó correr por sus ojos abundantes lágrimas.

Cuando rebasó las últimas tapias de la ciudad, volvió la vista para contemplarla por última vez, y todos creyeron notar en el rostro de Verónica una sensación de placer. Cuando Grandville, á quien Verónica no había querido por esposo, se acercó á besar su mano, el nuevo obispo notó un movimiento extraño en Verónica. Su mirada parecía ser el reflejo de una honda conmoción interna.

—¡Ya no le veré más!—dijo al oído de su ma-

dre, sin que la fisonomía de ésta revelara la menor sensación.

Aunque Grossetéte observaba atentamente á Verónica, no se hizo cargo del odio que se manifestó en ella al despedirse de Grandville. En este género de observaciones es más perspicaz la gente de iglesia; así es que para el nuevo obispo no pasó inadvertida la sensación experimentada por Verónica al tender su mano para que Grandville la besara.

Todos, incluso Grossetéte, se despidieron definitivamente de las viajeras, y Dutheil fué el único que se creyó obligado á acompañarlas hasta el término del viaje.

Á la vista de las extensas llanuras que hay delante de Montegnac, los ojos de Verónica perdieron su brillo, y se sintió dominada por profunda tristeza.

Al poco rato vió al cura, que salía á esperarla, y le hizo subir en el coche.

—Ya estamos en vuestros dominios—dijo el señor Bonnet señalando con la mano aquella infinita é inculta llanura.

CAPÍTULO IV

La viuda de Graslin en Montegnac.

Á los pocos momentos cayeron sobre el pueblo y la colina próxima los últimos rayos del sol, dando así á la población un aspecto de indefini-

ble poesía. Asemejábase á un oasis en pleno desierto. Los ojos de la señora de Graslin se cubrieron de lágrimas, y el cura le mostró con la mano una extensa cinta blanca que se extendía en la montaña como si una fuerza poderosa la hubiera hendido en dos con una cuchillada.

—Vea usted—dijo el cura—lo que han hecho mis feligreses como prueba de reconocimiento á su *castellana.*

Era un camino, por el cual se podía subir en coche hasta la puerta del castillo.

—En dos meses han construído esa rampa, sin remuneración alguna. ¡No sabe monseñor cuánta constancia y qué buenos deseos revela ese trabajo!

—¿La gente del pueblo ha hecho eso?

—Hasta los más pobres han trabajado gratis, fijos en la idea de que venía al pueblo una madre para todos.

Al pie de la montaña el pueblo estaba reunido en espera de los viajeros; y mientras los hombres descargaban morteretes y escopetas, las jóvenes más bellas, vestidas de blanco, ofrecían á Verónica preciosos ramos de flores y delicadas frutas del país.

—¡Ser recibida así en un pueblo como éste! —dijo Verónica muy conmovida, y apretando con sus manos las del cura como si fuera á caer en un precipicio.

El pueblo acompañó á Verónica hasta el rastrillo principal, y desde allí contempló la viajera su nueva morada.

Su aspecto exterior era magnífico. Como la piedra de aquellas montañas es difícil de extraer y de tallar, el arquitecto había empleado el ladrillo para la restauración; y como el bosque había suministrado excelentes maderas, la obra se pudo llevar á término con mucha economía de tiempo y de dinero. Sin embargo, la gente del pueblo ocupada en la obra ganó buenos salarios, y vivió una temporada con más desahogo. Desde lejos ofrecía el castillo el aspecto de una gran masa rojiza, cortada con líneas obscuras y cuadros grises, porque los huecos de las ventanas y de las puertas estaban revestidos de piedra. El patio era ovalado, y al pie de sus muros de ladrillo crecían arbustos de diferentes clases. Dos verjas de hierro, una enfrente de otra, señalaban el paso á una extensa terraza, desde la cual se dominaba la población. Había en el interior grandes pabellones ricamente decorados con cuadros y esculturas. El pabellón cuyas tres ventanas daban al Mediodía es el que tenía vistas sobre el pueblo, y el del Norte, sobre el bosque; el central estaba cubierto por una cúpula semejante á la de las Tullerías ó del Louvre.

Antes de morir, Graslin había empezado el camino que por gratitud se acababa de terminar.

Las habitaciones altas del castillo estaban sin amueblar, porque á la muerte de Graslin se suspendieron las obras. Únicamente las del piso bajo se habían preparado con verdadera suntuosidad.

—¡Ah, monseñor!—dijo Verónica al obispo

después de haber recorrido el castillo;—yo pensaba habitar una choza, y me encuentro con un palacio suntuoso, en el que el pobre Graslin ha hecho verdaderas locuras.

—Y usted—manifestó el obispo después de una breve pausa,—¿piensa dedicarse á las obras de caridad?

Un frío nervioso recorrió todo el cuerpo de la viuda, que tomando el brazo de su madre, que tenía á Francisco de la mano, se dirigió á la terraza que domina á la iglesia. El cura acompañó á Dutheil para llamar su atención sobre los diferentes aspectos de la campiña.

Entretanto, Verónica y su madre permanecían inmóviles como estatuas. Esta última se enjugaba el llanto con el pañuelo, y la otra extendía los brazos sobre la balaustrada en dirección de la iglesia.

—¿Qué tiene usted, señora?—dijo el cura á la anciana Sauviat.

—Nada—respondió Verónica.—Es que no sabía que el cementerio se ve desde aquí.

—Se puede trasladar, si usted quiere, porque la ley lo permite.

—¡La ley!—dijo Verónica dejando escapar la palabra como si fuera un grito.

El obispo miró atentamente á Verónica. Su mirada escrutadora y penetrante rasgó el velo de carne que cubría el alma de Verónica, y sorprendió en ella el secreto que ocultaba una de las fosas de aquel pobre cementerio.

—Es verdad—dijo secamente.

El obispo se llevó la mano á la frente, y permaneció pensativo algunos instantes.

—¡Sostened á mi hija!—exclamó la vieja al ver que Verónica vacilaba y palidecía.

—No es nada—dijo Verónica.

Y cayó desmayada en los brazos de los dos sacerdotes, quienes la condujeron á una de las habitaciones del castillo.

Cuando volvió en sí, el obispo y el cura estaban de rodillas á sus pies, rogando á Dios por ella.

—¡Qué el ángel que os ha visitado no os abandone!—dijo el obispo dándole su bendición.

Verónica prorrumpió en llanto.

Su madre exclamó:

—¿Está salvada?

—Sí; en esta vida y en la otra—exclamó el obispo.

La habitación donde se encontraban era la que tenía vistas á la iglesia y al cementerio, y Verónica quiso habitarla permanentemente. Así lo hizo, quedando instalada, mal que bien, en aquel pabellón con su madre, su hijo Francisco y la criada Alina.

Algunos días fueron necesarios para que Verónica se repusiera de las emociones sufridas al llegar á Montegnac: así es que su madre la obligaba á estar en cama por las mañanas, y por la tarde le permitía dar un paseo por la terraza; pero Verónica había tomado la costumbre de sentarse en el sitio desde el cual veía el cementerio, á pesar de las protestas de su madre. Todas fue-

ron inútiles. Verónica, como dominada por una monomanía, siempre se sentaba en aquel sitio, y con intensidad creciente se abandonaba á sus tristes pensamientos.

—La señora se muere—dijo Alina á la anciana Sauviat.

Advirtieron al cura de lo que ocurría, y éste, que hasta entonces había sido parco en sus visitas, para que Verónica procediera en todo según quisiera, la visitó en adelante con más frecuencia, tanto más cuanto que se trataba de una enfermedad del alma. Aquel verdadero pastor tuvo cuidado de hacer sus visitas á la hora en que Verónica acostumbraba sentarse en el ángulo de la terraza para abandonarse á su tristeza. Empezaba el mes de Octubre, y el aspecto de la Naturaleza armonizaba con el sombrío malestar de que estaba poseída la enferma. El buen cura procuró atraerse la confianza de aquella mujer, que al fin y al cabo sería su penitente.

Una tarde fijó la viuda de Graslin en el sacerdote una de esas miradas débiles, indecisas, como si carecieran de luz, y que son propias de cuantas personas acarician la idea de la muerte como un supremo bien. El cura comprendió que era necesario atajar muy pronto los progresos de aquella cruel enfermedad moral, y hubo entre los dos un combate de palabras ambiguas, que disfrazaban su positiva significación. Aquella tarde, á pesar del frío que se dejaba sentir, Verónica continuaba en el banco de piedra, teniendo al niño sentado en sus rodillas. La madre en pie

apoyábase en la balaustrada de ladrillo, ocultando con su cuerpo la vista del cementerio. Alina, á alguna distancia, esperaba el momento de hacerse cargo del niño.

—Hasta ahora he creído—dijo el cura (aquélla era su séptima visita)—que usted estaba dominada por la melancolía; pero estoy convencido—añadió acercándose al oído de Verónica—de que se trata de una inmensa desesperación; y la desesperación no es sentimiento cristiano ni católico.

—Y dígame usted, señor cura—contestó ella fijando los ojos en el cielo como si quisiera penetrarlo, y dejando vagar en sus labios una triste sonrisa:—¿qué sentimiento deja la Iglesia á los condenados, que no sea la desesperación?

Al oir y ver á Verónica en aquel momento, comprendió el buen cura que en el alma de la enferma había causado el dolor grandes destrozos.

—Ya veo que usted se empeña en hacer de esa colina un infierno, cuando debiera ser calvario que condujera á usted al Cielo.

—No es mi orgullo tanto que quiera subirme en tan elevado pedestal—respondió con un tono revelador del profundo desprecio que por sí misma sentía.

Al oir esto el cura, por efecto de una de esas inspiraciones naturales en las almas que saben sentir, cogió al niño en sus brazos, y le besó en la frente diciendo:

—¡Pobre pequeño!

Y por sí mismo entregó el pequeñuelo á la criada, que estaba esperando.

La madre miró á su hija, y vió que de sus ojos, secos hacía tiempo, corría el llanto. La vieja auvernesa hizo al cura una señal de despedida, y desapareció.

—Paséese usted—dijo el señor Bonnet á Verónica conduciéndola al otro extremo de la terraza.—Usted me pertenece, y debó dar cuenta á Dios de cuanto haga para salvar las almas enfermas.

—Deje usted que me reponga de tanto abatimiento.

—Ese abatimiento procede de funestas meditaciones.

—Sí; eso es—contestó sin reserva alguna.

—Usted ha caído en el abismo de la indiferencia; y si hay un grado de sufrimiento físico en el que el pudor acaba, hay también otro grado de sufrimiento moral en el que la energía del alma desaparece.

Verónica se admiró al oir tan sutiles observaciones hechas con la dulce piedad de que estaba dotado el cura de Montegnac.

La señora de Graslin no había frecuentado el trato del señor Bonnet, y desconocía la hermosura de su alma.

—¡Ah, señor!—exclamó enternecida entregándole la suya con una mirada, con un gesto, como lo hacen los moribundos.

—Comprendo á usted—dijo el sacerdote.—Pero... ¿qué hacer?

Hubo un momento de silencio. Paseaban á lo largo de la balaustrada en dirección de la llanura, y aquel momento solemne pareció propicio al hombre del Evangelio.

—Si estuviera usted delante de Dios—dijo en voz baja y misteriosa,—¿qué le diría?

Verónica quedó como herida por el rayo. Su cuerpo se estremeció ligeramente, y, ya repuesta, contestó con firmeza:

—Le diría lo que Jesucristo en la cruz: *Padre mío; ¿por qué me abandonaste?*

Esta sencilla contestación hizo asomar las lágrimas á los ojos del cura.

—¡Oh Magdalena; he aquí la palabra que de usted esperaba!—exclamó el señor Bonnet admirado.—Acuda usted á la justicia de Dios. La religión es el medio de obtener la justicia divina; la Iglesia se ha reservado el juicio de todos los procesos del alma; la justicia humana es un remedo de la justicia celestial, una pálida imitación aplicada á las necesidades sociales.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted no puede ser juez en causa propia; que usted no tiene derecho para condenarse ó absolverse; que Dios, hija mía, es el gran revisor de todos los procesos.

—¡Ah!—exclamó ella.

—Él ve el origen de las cosas donde nosotros no vemos más que las cosas mismas.

Verónica se detuvo fuertemente impresionada al oir tales palabras.

—A usted—continuó diciendo el animoso cura,

—á usted, cuya alma es tan grande, debo dirigirme con palabras que no comprenderían mis humildes feligreses. Usted que tiene un espíritu bien cultivado, puede acercarse al seno divino de la religión católica, donde encontrará imágenes y palabras para los pobres y para los pequeños. Escúcheme usted bien. Ahora se trata de usted, de la causa de usted. El *derecho* inventado para proteger á las sociedades, se funda en la igualdad. La sociedad, que viene á ser un conjunto de hechos, está basada en la desigualdad. Existe, pues, un gran desacuerdo entre el hecho y el derecho. La sociedad debe avanzar contenida é impulsada por la ley. En otros términos: ¿la ley debe oponerse al movimiento interior social para sostener la sociedad, ó debe hacerse de acuerdo con ese movimiento para conducirla? Desde la existencia de las sociedades, ningún legislador se ha atrevido á resolver esta cuestión. Todos se han limitado á analizar los hechos para distinguir los buenos de los malos, y aplicarles recompensas ó castigos. Tal es la ley humana: ni previene las faltas, ni evita la reincidencia. La filantropía es un error sublime; atormenta el cuerpo inútilmente, sin producir el bálsamo cicatrizador de las heridas del alma. Ella concibe proyectos, emite ideas, confía su ejecución á los hombres, al silencio, al trabajo, á consignas determinadas, á cosas mudas y sin eficacia. La religión no puede tener tales imperfecciones, porque ella ha extendido la vida más allá de este mundo. Posee tesoros de indulgencias para los

caídos. Donde la sociedad ha visto un criminal, la Iglesia ve un alma que puede salvarse. La Iglesia toma en consideración nuestra desigualdad de fuerzas; y cuando la advierte en el corazón, en el cuerpo, en el espíritu, en el valor, á todos los hace iguales con el arrepentimiento. Entonces no es la igualdad una palabra vana. En todos los cultos, desde los más antiguos, hay una convicción en el hombre: la de la caída, la del pecado, y de ella surge la de los sacrificios, la del rescate. La muerte del Redentor que rescató al género humano, nos ofrece el ejemplo de lo que debemos hacer por nosotros mismos: redimir nuestras faltas, nuestros errores, nuestros crímenes. Todo es redimible en el catolicismo; de aquí sus adorables Sacramentos, que contribuyen al triunfo de la gracia, y sostienen al pecador. Llorar, señora, gemir como la Magdalena en el desierto, no es más que el principio; resolver es el fin. Los monasterios, con sus lágrimas y sus plegarias, civilizan. Ellos han edificado y cultivado á Europa, y en ella serán considerados como centros radiantes. Si usted cree que ha de ser juzgada por Dios, la Iglesia os dice por mi voz que todo puede perdonarse con el arrepentimiento. Dios pesa justamente el valor del mal que haya podido hacerse y el de las buenas obras.

Al pronunciar estas palabras, Verónica y e sacerdote volvieron sobre sus pasos. Eran las cuatro y media. Un amarillento rayo de sol iluminaba el castillo, que se veía á lo lejos. Cuando Verónica y el señor Bonnet llegaron al palacio

contemplaron el paisaje acariciado por los últimos rayos del sol en aquel día de otoño. Los árboles carecían de hojas; el bosque estaba silencioso, la llanura, muerta, y el castillo, tan sombrío como su dueña.

Verónica, visiblemente conmovida por lo que acababa de oir, se detuvo un momento. El cura extendió el brazo en dirección del bosque. Verónica dirigió la vista hacia él.

—¿No encuentra usted en ese bosque alguna semejanza con la vida social? ¡Cuánta desigualdad en esa masa de árboles! Los que han nacido más altos, carecen de agua y tierra vegetal, y mueren los primeros.

—Es que la cuchilla de la mujer haciendo leña en ellos, les arrebató la gracia de la juventud, —dijo Verónica con gran amargura.

—No vuelva usted á caer en las ideas que debe desechar—dijo el padre Bonnet con acento de severa, aunque dulce reconvención.—La desgracia de ese bosque es que nadie le cuida Vea usted el raro fenómeno que su ramaje ofrece.

Verónica, que no entendía mucho de asuntos forestales, dirigió una mirada hacia el bosque, y después fijó sus ojos en el cura.

—¿No observa usted—dijo, haciéndose cargo de la ignorancia de Verónica,—algunas ramas verdes en los árboles de diferentes especies?

—Es verdad; ¿y por qué es eso?

—Pues en eso consiste la fortuna de este pueblo y la de usted; una inmensa fortuna que yo había indicado al que fué vuestro esposo. Vea

usted los tres grandes surcos que forman los tres valles; pues por ellos corren las aguas del torrente de Gabou, que se pierden sin utilidad alguna. Domado el torrente, y bien conducidas sus aguas, la fertilidad de esta llanura sería inmensa. Aquí es necesario retener esas aguas en grandes depósitos y distribuirlas por el terreno en tiempo oportuno, conducidas hábilmente en canales que puede trazar la mano del hombre. Copudos álamos crecerán en las orillas de los canales, hermosos ganados se criarán en las praderas húmedas y frescas. ¿Qué es la hierba más que un efecto del sol y del agua? Hay mucha tierra en esas llanuras, donde la grama puede extender sus raíces. La humedad producirá el rocío; los árboles detendrán las nieblas: tales son los secretos de la hermosa vegetación de los valles. Hágase ésto, y usted verá este silencio de muerte sustituído muy pronto por la alegría, el movimiento y la vida. ¿No será ésto una hermosa plegaria? Estos trabajos útiles ¿no son preferibles á la ociosidad á que os condena esa fatal melancolía?

Verónica estrechó las manos del cura, y pronunció con acento de convicción y hondamente conmovida estas dos palabras:

—Se hará.

—Usted concibe esta gran idea; pero no podrá ejecutarla. Ni usted ni yo tenemos los conocimientos necesarios para realizar un pensamiento tan útil, pero que ofrece grandes dificultades. Es preciso buscar el auxilio de personas competen-

tes, y en doce años habrán producido seis ó siete mil luises de renta las seis mil fanegas de tierra que es posible fertilizar. Montegnac llegará á ser una de las más ricas y felices comarcas del departamento, y ese pequeñuelo podrá decir ese día: tanto bien se debe á mi madre.

—Ha descubierto usted un porvenir para mi vida.

—Una obra tan grande como beneficiosa puede servir de compensación á muchas faltas—dijo el cura.

Al verse comprendido, no sin hacerse cargo de que en Verónica dirigía la inteligencia al corazon, quiso el cura coronar su triunfo hablando de este modo:

—¿Sabe usted—dijo después de una pequeña pausa,—el error en que está usted?

Verónica le miró tímidamente.

—El arrepentimiento en usted, hoy por hoy, no es más que la consecuencia del consuelo recibido después de una terrible derrota; pero esto no basta. Para los buenos católicos, el arrepentimiento debe ser la sacudida enérgica que nos obliga á separarnos del mal camino, y que en tal momento ve á Dios grande y generoso. En usted veo al Orestes pagano, y quiero ver á San Pablo.

—Las palabras de usted me han cambiado completamente—exclamó con viveza extraordinaria.—¡Sí, sí; ahora quiero vivir!

—¡El espíritu ha vencido!—dijo el modesto sacerdote al despedirse con profunda alegría de Verónica.

Había aliviado la secreta desesperación de la señora de Graslin, dando á su arrepentimiento la forma de una obra benéfica.

Inmediatamente Verónica se puso en comunicación con su buen amigo Grossetéte pidiéndole tres caballos de silla, que envió al momento. De cuidarlos y de acompañar á Verónica, se encargó, por consejo del cura párroco, un joven del pueblo que deseaba entrar al servicio de la casa, cuyo nombre era Mauricio Chapion, y cuyo aspecto simpático le recomendaba.

El guarda de campo de Montegnac era un antiguo sargento de la guardia real, á quien el señor duque de Navarreins confió el encargo de informarle acerca del partido que podría sacarse de aquellos terrenos. Pero Jerónimo Colorat, que así se llamaba, opinó que ni de aquellos bosques ni de aquellos campos se podía sacar producto alguno, y este consejo, dado con la mejor voluntad, determinó al duque á deshacerse de tan inútil posesión.

—Desde mañana—dijo Verónica á Colorat, —montaré á caballo todos los días por la mañana para recorrer el campo que me pertenece, y necesito que usted me acompañe.

Así los habitantes del palacio como los del pueblo observaron en seguida el feliz cambio operado en el espíritu de Verónica; y Alina, sin que su ama se lo ordenara, buscó la ya olvidada amazona, y la puso en estado de servicio. En cuanto á la señora Sauviat, claro es que vió con inmensa satisfacción el cambio de vida de su hija. Cumplien-

do lo ofrecido, Verónica montó á caballo al día siguiente, y, acompañada por el guarda como guía de la expedición y de Mauricio, empezó á poner en práctica su proyecto, dirigiéndose desde luego á la cima de los montes para estudiar la naturaleza y dirección de las corrientes de agua. Chapion iba delante, y Mauricio, algunos pasos detrás de Verónica, que contemplaba absorta las magnificencias del intrincado bosque, en el que no faltaban corpulentos árboles seculares creciendo entre maleza, extensos oquedales, arroyos de nieve derretida, castaños inmensos, jarales aún floridos, vastas extensiones de arena movediza, espacios cubiertos de limo ó de magníficos enc bros que surgían entre rocas amontonadas en tan extraña forma, que parecían amenazar al valle con su caída.

Todo lo examinó, experimentando sensaciones indefinibles al verse en medio de tan salvaje y brava Naturaleza. ¡Qué persona de espíritu elevado ó cuyo corazón esté herido por desengaños ó pesares, penetrará en un bosque sin creer que le habla!

Así Verónica, en lo alto de las cimas silenciosas, respirando las emanaciones del bosque y el aire libre en aquellas augustas soledades, se afirmó más y más en que realmente existía un orden de cosas más alto que aquél á que, impulsada por sus penas, habíase consagrado, y se sintió dichosa. Desde mucho tiempo atrás no había sentido su espíritu una calma tan consoladora como la que experimentó al identificarse con aquella

agreste Naturaleza. ¿Acaso veía con secreto placer que aquel desorden turbulento de la Naturaleza á sí misma abandonada era como un castigo á la materia?

Mauricio y Chapion la sorprendieron muchas veces completamente transfigurada. En cierto sitio vió Verónica en la áspera inclinación de un torrente despeñado una impresión extraña, y sintió deseo de oir de cerca el ruido del agua al precipitarse por las asperezas del monte.

—¡Siempre el amor!—pensó.

Y avergonzada por haber pronunciado tal palabra, lanzó su caballo á todo escape hacia el pico más alto de la montaña, desoyendo la voz con que sus acompañantes le señalaban el riesgo. Verónica no se detuvo, y llegó sola al pico llamado de la *Roca Viva.* Desde allí extendió la vista por todo el país. Saltó del caballo, le ató á un árbol, y se sentó en una peña. Absorta contempló la Naturaleza durante algunos momentos, y por último, sacudió la cabeza como si despertara de un profundo letargo, y dijo:

—¡Las almas deben labrarse como la tierra!

Eran las tres de la tarde cuando ésto sucedía, y algunas nubes grises, empujadas por viento frío del Oeste, empezaban á cubrir los pálidos rayos del sol de Noviembre. Verónica había tardado cuatro horas en llegar allí; pero, como todas las personas trabajadas por el sufrimiento, prescindió de circunstancias exteriores

—No esté usted aquí mucho tiempo, señora, —dijo un hombre, cuya voz la hizo estremecerse.

—Dos leguas separan á usted del pueblo, y el bosque por la noche es impracticable. Pero todo esto no significa nada comparándolo con lo que voy á decir. Dentro de poco hará en este pico de la montaña un frío extremado, cuya causa es desconocida; pero se sabe que ha causado la muerte á muchas personas.

Verónica, sorprendida, oyó esta relación de los labios de un hombre curtido por el aire y tostado por el sol, cuyos ojos, en aquel semblante obscuro, brillaban como dos lenguas de fuego. Su larga y negra cabellera, dividida en dos bandas, se unía con la encrespada barba, extendida en forma de abanico. El hombre tenía respetuosamente en la mano su sombrero de anchas alas.

Verónica no experimentó sensación de miedo, y le preguntó;

—¿Cómo está usted aquí?

—Tengo muy cerca mi habitación.

—¿Y qué hace usted en este desierto?

—Vivir.

—¿De qué?

—Me dan una pequeña suma para que vigile esta parte del bosque.

Verónica vió entonces el cañón de un fusil y un morral de caza.

—¿Es usted guarda?

—No, señora; para serlo, tendría que prestar juramento, y no puedo prestarlo.

—¿Por qué?

—Porque no gozo de todos mis derechos civiles.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Soy Farrabesche—dijo el hombre bajando los ojos con la mayor humildad.

Verónica no había oído nunca aquel nombre, y se fijó más en tan extraño personaje. Creyó notar en su rostro, bajo una apariencia dulce, signos de ferocidad. Era de mediana estatura, ancho de espaldas, de cuello corto, y manos anchas y velludas. Tenía tanto aspecto de hombre sencillo, como de bestia brava.

Sus últimas palabras revelaban un misterio, que Verónica no quiso penetrar, y se limitó á decirle amablemente:

—¿Quiere usted quedarse á mi servicio?

—¿Tengo el honor de hablar con la señora de Graslin?—preguntó Farrabesche.

—Sí, amigo mío; yo soy.

Oir esto, y desaparecer aquel hombre con la velocidad de un animal salvaje, fué todo uno. Verónica, sorprendida por tan rara aventura, montó á caballo, y se dirigió al sitio donde se había separado de sus acompañantes, que ya empezaban á inquietarse. Bajaron difícilmente al llano, y al verse en él, aceleró Verónica el paso de su caballo.

—¿Quién es ese Farrabesche que tiene usted empleado?—preguntó al guarda.

—¿Le ha visto la señora?—dijo Mauricio.

—Sí; pero al darme á conocer, huyó de mí.

—¡Pobre hombre! Es que no sabe lo buena que es usted.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Es un asesino—dijo Mauricio con la mayor tranquilidad.

—¿Indultado?—preguntó Verónica con acento conmovido.

—No, señora—dijo Jerónimo.—Le condenaron á diez años de trabajos forzados, y sólo cumplió la mitad, porque le alcanzaron las rebajas que suelen concederse, y salió del presidio en 1827. Luego fué condenado á muerte por contumacia; pero el señor cura, con riesgo de su vida, fué á buscarle á la guarida donde se ocultaba, y nadie sabe lo que le dijo durante dos días que estuvo con él. Lo cierto es que le trajo á Tulle, donde el mismo Farrabesche se entregó á la justicia. El Sr. Bonnet le buscó un buen abogado, y sólo le condenaron á diez años de cadena. Cuando la cumplió, vino al pueblo, y parece otro. Es dócil y amable, y no falta á misa los días de precepto.

—¿Y ese hombre ha matado á otro?

—No á uno, sino á muchos—contestó Jerónimo;—pero crea usted que es un buen hombre, á pesar de todo.

—¡Será posible!—exclamó Verónica muy interesada por el relato.

—Óigame usted—continuó el guarda, ganoso de referir la historia del bandido.—Tal vez haya tenido razón Farrabesche en un principio. Era el último de una antigua familia de la Correze. Su hermano mayor fué capitán á los veintidós años, y murió en la guerra de Italia, cuando era la esperanza de la familia. Dió la

vida para salvar al ejército. Yo servía entonces en el de Steingel. Su segundo hermano murió también, siendo sargento primero del primer regimiento de la guardia, en la batalla de Austerlitz. Nuestro Farrabesche, aunque es un valiente, no quiso ser soldado, y huyó á los bosques. Esto sucedió en 1811, y el hambre le obligó á entrar en una partida de *quemadores*, que así llamaban á los ladrones que, para robar, quemaban los pies de los desgraciados que no querían declarar dónde guardaban el dinero. Así hicieron con un hortelano llamado Cochegrue, y murió. Los *quemadores* fueron el terror del país durante cinco años.

Verónica había abandonado las riendas sobre el cuello del caballo, y siguió oyendo sin pronunciar ni una palabra.

—Pero no es eso sólo—dijo Mauricio, viendo que su narración interesaba á la señora.—Hay que decir que á Farrabesche no hay quien le gane á correr ni á montar á caballo, y que de un puñetazo mata á un toro. Verá usted lo que hizo: Eran tres, y fueron sorprendidos por los gendarmes, quienes mataron á dos. Farrabesche, viéndose perdido, saltó á la grupa del caballo de uno de los gendarmes, y salió á escape abrazando con sus brazos de hierro al jinete. Tanto le apretó, que al poco tiempo pudo tirarle á tierra como quien tira un costal. Dueño del caballo, anduvo diez leguas, llegó á Limoges con él, y lo vendió como si tal cosa. Entonces ofrecieron cien luises al que se apoderase de Farrabesche. Pues ¿y cuándo se escapó de la cárcel de Lubersac, y se ocultó du-

rante veinticuatro horas en el estercolero de una huerta? ¡Aquello sí que estuvo bueno! ¿Sabe usted, señora, cómo respiraba? Por un tubo de paja gruesa que sobresalía del montón. Otras veces se ocultaba en la copa de los árboles durante la noche, y veía pasar por debajo á los soldados que le buscaban. Farrabesche ha sido de los cuatro ó cinco *quemadores* que han sabido burlar la acción de la justicia.

—¿Es decir, que Farrabesche ha dado muerte á muchas personas?—preguntó Verónica.

—Seguramente—contestó Jerónimo;—uno de ellos, aquél que viajaba en la posta en 1812.

—¿Para robarle?—dijo Verónica.

—Sí; pero los veinticinco mil francos que le cogieron pertenecían al Gobierno.

Verónica recorrió una hora de camino sin decir una palabra.

El sol se había puesto, y la luna iluminaba débilmente la llanura. Hubo un momento en que á Mauricio y Jerónimo les preocupó el silencio de su ama; y mucho más, cuando vieron deslizarse gota á gota por sus mejillas algunas lágrimas.

—Señora—dijo Jerónimo, interpretando á su manera el estado de Verónica,—no hay que tenerle tanta lástima, porque ha tenido muy buenas épocas. Y ahora, aunque está bajo la vigilancia de la policía, goza de la estimación del señor cura, porque está arrepentido, y porque su conducta en el presidio fué ejemplar. Todos sabemos que es un hombre honrado, tan honrado como cualquiera de nosotros. Su mayor defecto es ser

orgulloso; y para que nadie le trate con repugnancia ó con desprecio, vive solo y tranquilo, haciendo todo el bien que puede. Además, es muy trabajador. Al otro lado de la *Roca Viva*, ha convertido en vivero unas diez fanegas de tierra, y trasplanta los árboles en los sitios del bosque donde pueden prosperar; reune las ramas secas en haces, que distribuye entre los pobres, y poda los árboles que puede. Como los pobres no carecen de leña, evita que vaya la gente á cortarla del bosque con riesgo de estropearle, porque Farrabesche cuida de él como si fuera suyo.

—¿Y vive... *solo?*—exclamó Verónica, recalcando mucho la última palabra.

—Con un niño como de quince años—dijo Mauricio.

—De esa edad será—añadió Jerónimo;—porque la *Curieux* le dió á luz antes de que Farrabesche se entregara.

—¿Y es hijo suyo?—preguntó Verónica.

—Así dicen.

—¿Y por qué no se ha casado?

—¡Imposible! Cuando supo que Farrabesche había sido condenado, abandonó el país.

—¿Era bonita?

—Según mi madre—dijo Mauricio,—se parecía mucho á otra joven que también ha dejado el país, y que se llama Dionisia Tascheron.

—¿Y ella le amaba?

—¡Ya lo creo! Y vea usted; le quería porque era *quemador*. Las mujeres gustan de lo extraordinario. ¡Llamaron mucho la atención en toda la

comarca aquellos amoríos! Naturalmente; Catalina Curieux vivía como una santa virgen al lado de sus padres en un pueblecillo de la Correze, donde eran renteros de la familia Brezac. ¡Pobre muchacha! Lo único que se sabe es que murieron sus padres, y que las tres hermanas que tenía viven casadas; una, en Aubusson; otra, en Limoges, y otra, en San Leonardo.

—¿Y Farrabesche no sabe lo que ha sido de Catalina?—preguntó Verónica.

—Ni él, ni nadie—dijo Jerónimo.—Se dice que fué á París. ¿Y qué vida lleva? Eso es ló que se ignora; porque ¡vaya usted á buscar un estudiante vestido de negro en Salamanca!

En esto llegaron cerca de la verja del castillo, donde esperaban impacientes el regreso de los expedicionarios.

—Estarás muy cansada, hija mía—dijo la madre ayudando á Verónica á echar pie á tierra.

—No—contestó con voz tan alterada, que la señora Sauviat, fijándose en el rostro de su hija, observó que había llorado.

Verónica se encerró en su cuarto, y dijo á Alina que no quería ver á nadie.

Al día siguiente, Verónica salió á caballo, acompañada de Mauricio solamente, y se dirigió á la Roca Viva. Cuando llegaron, preguntó hacia dónde estaba la casa de Farrabesche, y á ella se dirigió, dejando los caballos al cuidado de Mauricio.

La casa estaba en la parte de la montaña opuesta á la llanura, como perdida en la maleza

del terreno. Era entonces medio día. Una pequeña columna de humo que salía de la chimenea, guió á Verónica á través de las asperezas de la sierra. Cuando llegó cerca de la casa, se detuvo á contemplarla, sentada en medio de un jardín rodeado de espinos secos, y cerca del cual había un prado con seto vivo. En diferentes puntos del terreno vió algunos árboles frutales, y, dominando la casa, hacia lo alto de la montaña, donde el terreno es arenoso, se elevaban las copas amarillentas de un soberbio castañar.

Así permaneció Verónica algunos instantes, como abismada en sus propios pensamientos.

El aspecto de la habitación era pobrísimo; pero no exento de la poesía que tienen las casas pobres. ¡Quién habrá visto sin grata emoción la ropa blanca tendida en los vallados, la sarta de cebollas pendiente del techo, la vasija colgada en las paredes, el banco de madera sombreado por madreselvas y siemprevivas que crecen erguidas hasta bordear los tejados de paja ennegrecida por la acción del tiempo!

Verónica, saliendo de su pequeño éxtasis, se levantó; y echando la cola de su amazona sobre el brazo, se dirigió á la casa, no sin que su presencia fuera anunciada por los ladridos de dos hermosos perros de caza.

Farrabesche y su hijo, que estaban sentados en un banco, se levantaron, y se descubrieron respetuosamente.

—He sabido—dijo Verónica—que se toma usted interés por lo que me pertenece, y vengo á

esta casa para que hablemos de las mejoras que convendría hacer.

—Estoy á las órdenes de la señora—dijo Farrabesche.

Verónica miró al niño atentamente; y lo merecía, porque su rostro moreno, tostado por el sol, sus cabellos negros, cortados sobre la frente despejada, y caídos en rizadas guedejas á los dos lados de la cara, y sus ojos, de mirar vivo é inteligente, hacíanle simpático al primer golpe de vista. Su estatura era no más elevada que la correspondiente á un niño de su edad. Aunque espiritual y animada, notábase en el conjunto de la fisonomía de aquel niño la gravedad propia de las personas que viven en las grandes soledades; es decir, estaba en perfecta armonía con el silencio de los bosques. Farrabesche y su hijo tenían gran desarrollo físico, y en sus maneras y en su voz había algo de fiereza salvaje: oído fino, mirada penetrante, agilidad extremada y una inteligencia perspicaz.

—¿Es éste el niño de que me han hablado?—preguntó Verónica.

—Sí, señora.

—¿Y no ha procurado usted encontrar á su madre?—dijo Verónica haciendo á Farrabesche una señal para que se acercase.

—La señora no recuerda que me está probibido salir del término de Montegnac.

—¿No ha tenido usted noticias suyas?

—Cuando acabé mi condena, me entregaron mil francos que me habían enviado en peque-

ñas cantidades, y que no me fueron entregadas á su tiempo, porque antes lo prohibe el reglamento de los penales. Pensé, al recibirlos, que sólo podían proceder de Catalina; tanto, que los conservo para mi Benjamín.

—¿Y los padres de Catalina?

—No volvieron á ocuparse de ella desde que se marchó. Lo único que hicieron fué encargarse del niño.

—Pues bien, Farrabesche, yo le prometo hacer todo lo posible para averiguar dónde está Catalina, y qué vida hace.

—Cualquiera que sea—dijo con cierto recelo aquel hombre rudo,—la creeré digna de ser mi esposa. Nuestro matrimonio legitimaría al niño, que hoy desconoce su origen y su situación.

La mirada que dirigió el padre al hijo, revelaba que vivían el uno para el otro en medio de aquel forzado aislamiento.

—¿Es decir, que usted ama á Catalina?

—No habrá para mí otra mujer en el mundo.

Verónica, como movida por un resorte, volvió la espalda, y se dirigió precipitadamente á lo alto del castañar, donde permaneció cerca de un cuarto de hora apoyada en el tronco de un árbol, sin que el guarda se atreviera á seguirla. En apariencia, parecía absorta en la contemplación del hermoso paisaje; en el fondo, estaba preocupada con lo que acababa de oir. Verónica, por último, volvió á la realidad, y poco á poco se dirigió á la choza de Farrabesche. Éste y su hijo habían permanecido silenciosos, sin

explicarse la causa de la repentina desaparición de su ama. Entró en la habitación de aquellos dos seres desgraciados, y vió dos camas rústicas, un armario, una artesa, una mesa, tres sillas, algunos platos de barro y otros utensilios necesarios para la vida. Cerca de la chimenea había dos escopetas. Pero lo que más llamó la atención de Verónica, hasta el punto de conmoverla, fueron algunos objetos construídos por el padre para entretenimiento del hijo. Un barco, una taza de madera tallada, una caja, también de madera, con adornos primorosos, un cofrecillo de paja, un crucifijo y un rosario; este, hecho con huesos de ciruela, que tenían perfectamente grabadas las caras de Jesús, de los Apóstoles, de la Virgen, de San José y otros santos.

—Hago estas cosas—dijo Farrabesche con la mayor ingenuidad—para entretener al niño en las noches de invierno, tan largas y pesadas.

Las paredes del albergue estaban como aprisionadas entre jazmines y rosales, dejando sólo en libertad los huecos de las ventanas. En un corralillo próximo había gallinas, patos y dos cerdos. Lo único que necesitaban adquirir era el pan, la sal, el azúcar y algunas especias. Ni el padre ni el hijo bebían vino.

—Todo lo que me han dicho de usted, y todo lo que veo, despierta en mí un interés que no será estéril—dijo Verónica.

—Y yo se lo agradezco, señora; pero en cuanto usted me dice, adivino el interés que también merezco al señor cura.

—No en esta ocasión—repuso vivamente Verónica,—porque con el señor cura no he hablado de usted. Esto se debe á la casualidad; mejor dicho, á Dios.

—Sí, señora, á Dios; sólo Él puede interesarse por un ser tan desgraciado como yo.

—Borró el arrepentimiento las tristezas de lo pasado—dijo Verónica al oído de Farrabesche, para que su hijo no lo oyera.—La conducta de hoy, y la estimación del señor cura, son las mejores recomendaciones para mí.

Y hablando en alta voz, continuó diciendo:

—He dado órdenes para terminar la magnífica granja que se había empezado á construir por orden de mi esposo, y usted será el encargado de ella. Allí podrá usted desplegar sus facultades, y colocar á su hijo. El procurador general de Limoges sabrá quién es usted, y su modo de vivir cambiará por completo. Se lo aseguro á usted.

Farrabesche cayó de rodillas, vivamente conmovido, porque veía realizado el sueño que tantas veces acariciara, y besó las ropas de su generosa protectora. Benjamín, al ver que su padre lloraba de agradecimiento, lloró también sin saber por qué.

—Levántese usted—dijo Verónica.—Usted no sabe hasta qué punto estoy obligada á hacer lo que hago. ¿No es usted quien ha plantado los árboles que crecen frondosos en la árida colina del lado opuesto?

—Sí, señora.

—¿Aquella tierra es mejor?

—Las aguas arrastran hacia allí alguna tierra vegetal y lo he aprovechado, puesto que aquel terreno es de usted.

—¿Corre mucha agua por el fondo de este valle?

—En tiempo lluvioso se suele oir desde el castillo el ruido del torrente. Pero nada es comparable á la época del deshielo. Las aguas descienden entonces por las laderas del otro lado de Montegnac, hacia el sitio donde están el parque y los jardines del castillo, con gran violencia y en tal cantidad, que lo devastarían todo si el agua no se deslizara sobre las hojas de los árboles caídas en otoño, como por un lecho de piedra.

—¿Y adónde van á parar esas aguas?—preguntó Verónica con gran interés.

—Atraviesan aquella estrecha garganta que forma el valle y se esparcen por una llanada pedregosa que separa el Limousín de la Correze, y allí se detienen formando charcos y pantanos durante muchos meses, hasta que el sol las evapora lentamente. Por esta causa es aquella llanada inhabitable. Ni los ganados quieren comer las hierbas y los juncos que bañan aquellas aguas detenidas y salobres. En el terreno de la señora hay alguna tierra en los pedregales; pero allí todo es toba.

—Vaya usted por los caballos, porque quiero ver todo eso.

Benjamín salió corriendo como un gamo tan pronto como supo donde esperaba Mauricio.

—Ahora, dígame usted, ya que conoce tan bien el país: ¿por qué razón no corre el agua en la vertiente de mi bosque, por la parte que mira á Montegnac?

—¡Ah, señora!; el señor cura, que se ocupa tanto de la prosperidad del pueblo, ha adivinado la causa, según creo. Cuando se supo que usted venía, me mandó recorrer todos los barrancos, torrenteras y valles del terreno, tanto que ayer estaba ocupándome en eso, cerca de la *Roca Viva*, cuando tuve el honor de encontrar á usted. El señor Bonnet, además de santo, es un sabio. Farrabesche, me dijo (yo trabajaba entonces en el camino que se construía para llegar al castillo); para que esa vertiente no extienda sus aguas en la llanura, es necesario que la naturaleza haya construído algún canal que las lleve á otra parte. Pues bien, señora, esta observación, propia de un niño porque parece tonta, nadie la había hecho desde que Montegnac es Montegnac. Nadie se ha ocupado de cómo y por qué se perdían las aguas del Gabon, ni nadie ha conocido la verdadera causa de las fiebres que se padecen en muchos pueblos; yo no he caído en ello tampoco. Ha sido necesario el hombre de Dios.

A Farrabesche se le humedecieron los ojos con algunas lágrimas al hablar del cura.

—Todos los descubrimientos de los hombres superiores parecen al vulgo la cosa más corriente y de más sencilla averiguación.

—Desde luego—continuó Farrabesche—comprendí al señor Bonnet, y no tuvo necesidad de

muchas advertencias para hacerme cargo de mi obligación. Tiene razón el señor cura; por la parte de vuestra posesión, hay en las montañas desgarraduras muy profundas, que terminan en grandes barrancos y gargantas muy hondas. Todas las aguas que corren por esas hondonadas llevan la dirección de un pequeño valle de más bajo nivel que la llanura perteneciente á la señora, y he aquí cómo puedo explicarme ahora lo que hasta aquí no he comprendido, ni siquiera ha llamado mi atención: el raro fenómeno de que las aguas de dos vertientes distintas se reunan en una sola para formar el torrente del Gabon. Hay en la parte baja de la montaña una especie de dique, cuya altura varía entre veinte y treinta pies, y que se compone de una especie de roca, que el señor cura llama silex. La tierra, mucho más blanda, fué arrastrada por las aguas, y éstas corrieron en la dirección del Gabon por multitud de cauces que ellas mismas formaron. Los árboles, los arbustos y la maleza ocultan á la vista esta disposición del suelo, fácilmente descubierta después de la observación del señor cura. Ahora bien, todo cambiará cuando las vertientes que corresponden á las llanuras hoy incultas sigan su dirección natural. Entonces, las tierras de la llanada inmensa de que es usted dueña, serán tierras fértiles.

—Entonces, aquellas líneas de árboles, aún cubiertas de verdura, que el señor Bonnet me señaló hace pocosdías, ¿indican la dirección de las aguas que van á engrosar el torrente del Gabon?

—Sí, señora.

—Pues bien; lo que es hoy la ruina de Montegnac, se convertirá pronto en verdadera fuente de prosperidad—dijo Verónica con acento de profunda convicción;—y como usted ha sido el primer instrumento de tan buena obra, usted se encargará de buscar obreros activos é inteligentes que la terminen.

Benjamín y Mauricio llegaron en este momento con los caballos. Verónica montó en el suyo, é hizo señas á Farrabesche para que montara en el de Mauricio.

—Condúzcame usted—dijo Verónica á Farrabesche—al sitio que deseo conocer.

—Será tanto más conveniente—dijo Farrabesche,—cuanto que el señor Graslin, por consejo del señor cura, compró trescientas fanegas de tierra, sobre las cuales dejan las aguas un limo, ya convertido en excelente tierra para la producción.

Farrabesche, como conocedor del camino, marchaba el primero, y Verónica le seguía por un sendero en pendiente que conducía al sitio donde las dos laderas se unían, una al Este y otra al Oeste, como si una fuerza sobrehumana las hubiera impulsado para chocar una con otra. La *Roca Viva*, casi cortada á pico, se alzaba como una muralla de granito coronada de árboles, cuyas gruesas y retorcidas raíces se lanzaban al espacio. La colina opuesta, horadada por el tiempo, presentaba un frente riscoso y amarillento. Entre ambas cortinas se extendía un desfiladero

de sesenta pies de ancho, cubierto de piedras y hierbas altas. El lecho del torrente era de piedra dura y amarillenta. Evidentemente, aquellas dos montañas, no obstante su proximidad, eran de distinta formación y naturaleza. Desde allí se divisaba la llanura inmensa, seca, sin género alguno de vegetación, calcárea, y á propósito para la absorción de las aguas.

—Mi hijo y yo—dijo Farrabesche—hemos construído el foso que verá usted allá abajo, siguiendo la dirección de unas hierbas altas. Ese foso va á unirse con el que limita el bosque.

Verónica se lanzó rápidamente en aquella espantosa llanura haciendo saltar el foso á su caballo, y recorrió á rienda suelta el terreno, verdadera imagen del abandono y la desolación. Verónica pudo observar cómo el agua podía filtrarse en aquella tierra porosa, agrietada por muchas partes, para servir de alimento á corrientes subterráneas y desconocidas.

—Hay almas que son así—dijo Verónica parando su caballo después de hacerle galopar un cuarto de hora; y permaneció pensativa en medio de aquel desierto, donde no había ni plantas, ni animales, ni insectos, ni pájaros.

Después de haber contemplado el límite de sus bosques, volvió lentamente hacia la entrada del Gabon, seguida de Farrabesche, quien al poco tiempo se detuvo contemplando un hoyo grande, que parecía hecho expresamente para buscar algún tesoro ú otra cosa oculta.

—¿Qué es eso?—dijo Verónica, advirtiendo en

el rostro varonil de su acompañante una sombra de tristeza.

—Señora, debo la vida á este hueco; ó mejor dicho, él me recuerda el principio de mi arrepentimiento.

Verónica detuvo también su caballo.

—Aquí me oculté en cierta ocasión. El terreno es tan sonoro, que aplicando el oído á tierra, se oye á más de una legua el ruido de los caballos de la gendarmería ó el paso de los infantes. Me salvé por el Gabon, llegando á un sitio donde tenía preparado un caballo. Durante la noche, Catalina me traía la comida á un lugar convenido; y si no me encontraba, metía el pan y el vino en un agujero, que después cubría con una piedra.

Este recuerdo de su vida errante y criminal, lejos de perjudicar á Farrabesche en el concepto de Verónica, encontró en ésta un eco de piadosa conmiseración.

Verónica siguió su marcha hacia el Gabon, y contempló su anchura.

—Dentro de poco—dijo Farrabesche,—saltarán aquí magníficas cascadas.

—Y dentro de un año —repuso Verónica,—no pasará por aquí ni una gota de agua. En vez de un valle improductivo, tendremos un inmenso pantano, que surtirá de agua á las áridas llanuras de Montegnac.

—El señor cura tenía mucha razón cuando me dijo al construir el camino que va á la casa: «Has trabajado para tu madre».

—¡Cállese usted!—dijo Verónica;—todo se deberá al señor Bonnet.

Después de regresar á la casa de Farrabesche, Verónica y Mauricio volvieron al castillo.

Verónica escribió á Grossetéte diciéndole que solicitase de Grandville la completa rehabilitación de Farrabesche, y que, además, le rogara que, interesando al prefecto de policía, se averiguase el paradero de Catalina Curieux, cuyas señas acompañaba. Además, daba noticia á su antiguo amigo de sus proyectos de mejorar la finca utilizando las aguas del Gabon, para cuyo efecto rogaba á Grossetéte que cuanto antes enviase la persona competente de que le había hablado en otra ocasión.

El día siguiente, como domingo que era, pudo Verónica ir á misa por primera vez; y al hacerse cargo del mal estado de la iglesia, se propuso mejorarla, destinando para ella una cantidad anual. Oyó la palabra del cura Bonnet, cuya unción evangélica admiraba cada día más.

El tema elegido por el señor Bonnet para su plática fué que, tarde ó temprano, cumple Dios sus promesas, favorece á los suyos, y alienta á los buenos. Habló de las relaciones de mutua cordialidad que deben existir entre ricos y pobres, cuando aquéllos se desvelan por el bien de éstos.

En los corrillos que, según costumbre, se formaron á la puerta de la iglesia antes de entrar en misa, las gentes del pueblo comentaron favorablemente la buena inteligencia en que estaban

el señor cura y la viuda de Graslin; y como ya se habían traslucido sus beneficiosos proyectos, al salir de misa, pasó entre las dos filas que formaron los habitantes de Montegnac para conocerla y saludarla. Verónica descubrió á Farrabesche entre los concurrentes, y le dijo:

—Como es usted tan diestro tirador, no se olvide de traerme un poco de caza.

Algunos días después, invitó Verónica al señor cura á dar un paseo por el campo para hacer una nueva inspección del terreno, y oir los consejos que ella necesitaba para la mejor y más pronta realización de los proyectos que poco á poco le fué detallando.

El cura oyó á Verónica con alegría infantil, porque nada era tan grato para él como todo aquello que tendiera al bienestar de la comarca.

Al día siguiente Farrabesche y su hijo llegaron al castillo cargados de caza, en ocasión que Verónica se paseaba por la extensa terraza. Farrabesche traía como regalo para el hijo de su protectora una taza de coco tallada primorosamente. Verónica se sentó en un banco, contempló el obsequio, y admiró la corrección del dibujo, que representaba una batalla. Lágrimas de agradecimiento asomaron á sus ojos.

—¡Cuánto habrá usted sufrido!—dijo á Farrabesche después de un largo silencio.

—Mucho; durante diez años, he vivido atado á otro hombre con una cadena; he dormido sobre cama de madera, en una sala que contenía ochocientos hombres. Aquello era horrible. Ja-

más pude conciliar el sueño sino cuando el cansancio me dominaba, y nunca pude acostumbrar mi oído al rumor de las cadenas, que parecía decirme: «¡Estás en presidio!» Considere usted, señora, el efecto que produciría en un mozo como yo, acostumbrado á vivir en libertad como las cabras ó los pájaros, aquella reclusión entre cuatro paredes. Sin los buenos consejos del señor Bonnet, que ha sido el padre de mi alma, no sé qué hubiera hecho: creo que mil veces me habría arrojado al mar. Cuando trabajábamos al aire libre, menos mal; pero dentro de las salas, á las horas de comer ó de dormir, la vida se me hacía insoportable. Felizmente, desde las cinco en verano y las siete en invierno, hiciera buen ó mal tiempo, íbamos al trabajo. ¿Qué me importaba el calor, la lluvia ó el frío? ¡Aire era lo que yo necesitaba después de vivir hacinado con centenares de hombres en una sala! En el campo se respira la brisa, se contempla el sol, y hasta parece que se habla con las nubes que pasan á lo lejos.

Farrabesche interrumpió su relato al ver que por las mejillas de Verónica corrían las lágrimas.

—¡Ah, señora! Lo que acabo de decir no es nada comparándolo con las terribles precauciones del Gobierno, con la inquisición en que convierten la vigilancia, con la revista de cadenas por mañana y tarde, con los alimentos podridos, con el ruido horrible de cuatrocientas cadenas arrastrándose en el suelo de una habitación, con las

torturas del sueño, y con la perspectiva de morir fusilado ó ametrallado si á media docena de compañeros se les ocurría sublevarse. ¡Y qué sociedad aquélla! El hombre que se arrepiente, es el enemigo común; sobre él recaen las sospechas de las delaciones, y la delación está castigada de muerte. Para eso tiene cada sala su tribunal, y hay que obedecerle. La desobediencia es un *crimen*. Todos están obligados á facilitar la evasión de cualquier compañero; y como tiene cada uno señalado el momento de la fuga, hay obligación de ayudarle. Revelar los trabajos que se hacen para las evasiones, se castiga como un delito atroz, y como los reglamentos se hacen para evitarlas, la situacion de los penados es insoportable; entre otras razones, porque se procura unir con la misma cadena á hombres de distinto carácter, ó que se miran con recelo y desconfianza.

—¿Y cómo pudo usted vivir así?

—Hasta cierto punto, fuí un afortunado. Jamás me tocó matar á ningún compañero, ni nunca voté la pena de muerte; no sufrí castigos extraordinarios, ni sentí aversión hacia mis compañeros; antes al contrario, me llevé muy bien con los tres que formaron pareja conmigo, y creo que llegaron á respetarme y á quererme. Antes de ser condenado á presidio, era mi nombre conocido de todos como famoso *quemador*, y, sin embargo, aseguro á usted que he visto quemar y robar; pero yo no he arrimado nunca el fuego á los pies de mis semejantes, ni siquiera he partici-

pado del producto de los robos. Si algunas veces maté, fué en mi propia defensa. El señor Bonnet y mi abogado lo saben; sin embargo, reconozco que hice mal, y que merecí castigo. Debo decir á usted que entre presidiarios la buena reputación consiste en la mayor perversidad del individuo. El hombre más malo es allí el mejor de todos Yo nada hice para destruir este modo de pensar y mi tristeza, mi resignación y mi silencio fueron interpretados como signos de ferocidad. Esto me valió mucho. Fuí presidente de mi sala, y procuré conducirme honradamente, dentro de las reglas establecidas por aquella sociedad de desgraciados ó de infames. En una palabra, señora. Allí, en el presidio, obligado á hacerme estimar de mis compañeros y de mis vigilantes, conociendo mi situación, y sin traicionar mis ideas, porque jamás fuí un malvado, aullaba por fuera como los lobos, y por dentro pedía al Cielo compasión para mí. Durante cuatro años tuve por compañero á un joven de veintidós, llamado Guepin, que fué condenado á presidio por robo y deserción de las filas del ejército. Era un buen muchacho, un pobre diablo incapaz de hacer daño á nadie, ó un aturdido nada más. Fuimos excelentes amigos; y si al cumplir sus seis años lo encontrara en mi camino, respondería de él como de mí mismo. Si mis compañeros hubieran sospechado mi modo de pensar y mi propósito de vivir el resto de mis días en un rincón, sin que nadie supiera de mí, y mucho menos, ellos, la vida en aquel antro se me hubiera hecho

imposible. Tal vez me hubiese vuelto loco.

—Y, sin embargo, puede darse el caso de un hombre arrastrado allí por una pasión que le pudo llevar al cadalso, y cuya terrible pena fuera conmutada...

—Permítame usted, señora; un asesino, en caso tal, no disfruta de ningún beneficio. La conmutación de la pena, si se trata de un hombre en el fondo honrado y decente, es un suplicio peor que el del cadalso. Entre veinte años de trabajos forzados y la muerte, ésta es preferible.

—No lo hubiera creído—dijo Verónica, cuyo rostro había tomado la palidez de la cera.

Para ocultar su emoción, apoyó la frente en la balaustrada próxima, y así permaneció algunos momentos. Farrabesche no sabía si marcharse ó quedarse. Por fin Verónica se levantó; y mirando á Farrabesche con aire majestuoso, le dijo con un acento tan conmovido, que impresionó vivamente á éste:

—¡Gracias, amigo mío!

Y después de un momento de silencio, volvió á decir:

—¿Y de dónde ha sacado usted valor para vivir sufriendo?

—El señor Bonnet ha puesto un tesoro en mi alma. Por eso le quiero más que á nadie en el mundo.

—¿Más que á Catalina?

—Casi tanto.

—¿Y cómo ha conseguido eso?

—Con su palabra, con su dulzura y con su

ejemplo. Llegó á mí, recién nombrado cura de Montegnac, y me dijo que yo sólo era un hombre extraviado, no un hombre perdido; que no quería hacerme traición, sino salvarme. En fin, me dijo tantas y tantas cosas jamás oídas, que conmovió mi alma, y me hizo esclavo de su voluntad. Fué Catalina la que le indicó dónde yo estaba, y entonces supe que Catalina era madre, y que con mi conducta quedarían dos seres en la vergüenza y en el abandono. Contesté que yo tampoco tenía porvenir alguno, y me dijo que tenía dos á cuál peor: el de este mundo y el del otro, si yo insistía en no cambiar de vida. Aquí moriría en el cadalso, porque mi defensa sería imposible; pero que si aprovechaba la indulgencia del nuevo Gobierno, y me entregaba á la justicia, él me salvaría. Después, el señor Bonnet me habló de la otra vida. Catalina, que presenciaba esta escena, lloraba. Bañada en lágrimas estaba esta mano que sostenía su cabeza. Me rogó que viviera; el señor Bonnet me aseguró una existencia no afrentosa al lado de mi mujer y de mi hijo, y me entregué á la voluntad de aquel santo. El hombre áspero y rudo quedó convencido y suave como un guante á la tercera visita nocturna del señor Bonnet. ¿Quiére usted saber cómo?

Verónica y Farrabesche se miraron, sin explicarse las causas de su mutua curiosidad.

—Pues bien—continuó diciendo el expresidiario;—cuando, después de la primera visita, me quedé solo, sentí en mi alma una tranquilidad

de que no había disfrutado desde la infancia. Aquel hombre, todo desinterés, venía á buscarme lleno de amor, hablándome de otro porvenir con mejores días, cuidándose de mí como cuida una madre amorosa del hijo de sus entrañas, y pensando en mi alma. Esto me conmovió y me cambió. Había llegado á mí un rayo de luz y de esperanza. ¡Y vea usted, señora, qué contrasentido! Cuando quería convencerme con sus palabras, yo me resistía. ¡Que quiere usted! Él era un sacerdote, y yo, un bandido. Pero cuando él y Catalina se marchaban, y poco á poco dejaba de oir el rumor de sus pasos, entonces, abandonado en mi soledad, sentíame como iluminado por la gracia de Dios, según me lo dijo el señor Bonnet dos días más tarde, y me sentía con fortaleza suficiente para soportar el juicio, la prisión y la cadena. Todo esto me parecía una deuda contraída, cuyo pago era ineludible y apremiante. El señor cura ha cumplido su palabra. Sólo me falta Catalina. ¡Quién sabe si habrá muerto de pena! He aquí la causa de mi tristeza. Ahora, gracias á usted, podré dedicarme á trabajos útiles en compañía de mi hijo, por quien vivo.

—¿Usted sabe cómo el señor cura ha conseguido reformarlo todo en esta comarca?

—Porque nada se le resiste.

—¡Sí, sí!—dijo Verónica haciendo á Farrabesche una señal de despedida.

Farrabesche se retiró. Verónica, á pesar de la menuda lluvia que comenzó á caer, empezó á pa-

searse por la terraza. Estaba sombría, y en tales momentos ni su madre ni Alina se atrevían á interrumpirla. No vió que al anochecer hablaba su madre con el señor Bonnet, quien para sacarla de sus meditaciones, dijo al pequeño Francisco que la llamara. Hízolo así el niño, y cogiendo la mano de su madre, dejóse ésta conducir. Cuando vió al cura, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. El señor Bonnet la llevó aparte, y le dijo:

—¿Puede saberse de qué hablaba usted con Farrabesche?

Verónica no quiso contestar categóricamente, para no verse obligada á mentir; y como si respondiera á sus propias ideas, se expresó de este modo:

—Ya sé que la conquista de ese hombre ha sido la primera obtenida por usted en Montegnac.

—Es cierto; y. con ella he conseguido la de todo el pueblo.

Verónica estrechó la mano del señor cura, y con voz conmovida pronunció estas palabras:

—Desde hoy seré vuestra hija de confesión, señor cura. Mañana acudiré al tribunal de la penitencia, para hacerla general.

Dijo esto Verónica haciendo un gran esfuerzo interior, como si hubiese obtenido una gran victoria sobre sí misma. El señor Bonnet, aparentando que nada había oído, la acompañó hasta el momento de comer, hablando de las mejoras que podían introducirse en Montegnac. De este

modo procuró distraerla, obligándola á tomar parte en la conversación.

Cuando el señor Bonnet se retiró, pudo observar la madre de Verónica que estaba sumamente agitada, y aquella noche no se separó de su lado.

Al día siguiente recibió Verónica, por conducto de un propio, las siguientes cartas, que le enviaba el señor Grossetéte:

«A LA SEÑORA GRASLIN:

»Hija mía: aunque era difícil encontrar buenos caballos, supongo que habrán sido de su agrado los tres que le envié. Si usted quiere caballos de labor ó de tiro, habrá que buscarlos en otra parte; aunque mi opinión es que en el campo los bueyes prestan mejores servicios.

»Apruebo los proyectos de que usted me habla, porque su actividad incansable no podría tener mejor empleo. En cuanto al hombre que usted necesita para desarrollarlos, diré que en este pueblo no cultivamos esa especialidad. Esas inteligencias superiores nos son desconocidas. He hablado á algunos jóvenes empleados en el catastro, á contratistas de obras, especialmente de canales, y no les conviene ir. Sin embargo, la casualidad ha puesto en mi camino la persona que acaso convendría á usted. Se trata de un joven de quien podrá usted formar idea por la carta adjunta. Usted convendrá conmigo en que las buenas acciones deben hacerse con conocimiento de causa. Pocas cosas deben razonarse

tanto como un beneficio, pues muchas veces resulta mal lo hecho con la mejor intención del mundo. Ejercitarse en las buenas obras, es trabajar por la vida futura...»

Al llegar aquí suspendió Verónica la lectura, y permaneció algunos momentos pensativa.

—¡Dios mío!—dijo;—¡cuándo dejarás de castigarme!

Después continuó:

«Gerard, que es un hombre de cabeza reposada y corazón ardiente, me parece que convendrá á usted. París está en estos momentos trabajado por las nuevas doctrinas, y será prudente evitar que caiga en ciertos lazos el joven de referencia. Cierto es que no apruebo la vida animal que hacemos en provincias; pero tampoco me parece bien el espiritualismo parisiense, que tantos errores alimenta. Ese afán innovador me parece detestable, y á usted digo, confiando en su discreción, lo que aquí callo; pero crea usted, que, como de la antigua cepa, sufro mucho al ver los males irreparables que ciertas ideas han causado á nuestra querida patria.

»Gerard irá á ver á usted; y aunque por su carta conocerá usted cómo piensa, usted le estudiará. Si no le conviene á usted, no le admita; pero si sucediera lo contrario, yo lo vería con gusto, porque ahí se curará de sus locas ambiciones. Procure usted identificarle con la vida sosegada del campo, porque, en mi concepto, el que fertileza un rincón de tierra, el que perfecciona un árbol frutal, el que hace arraigar una planta

en un terreno ingrato, hace más por la humanidad que todos los inventores de específicos para salvarla.

»Hija mía, siempre quise á usted mucho; mas hoy, que la veo consagrada á lo que usted me dice, mucho más.

»En Limoges guardan todos los más gratos recuerdos de usted, y muy especialmente su primer admirador y su primer amigo,

F. Grossetéte.»

Gerard á Grossetéte:

«Deseo hacer á usted muy tristes confidencias, porque usted, más que un protector, ha sido un padre para mí. Á usted debo lo que soy, y todo he de decírselo.

»Me siento atacado de una terrible enfermedad moral.

»Es tal la situación de mi espíritu, que me creo incapaz de prestar al Estado ó á la sociedad los servicios que de mí pretenden. Esto parecerá á usted un acto de ingratitud, y es sencillamente una acusación que me hago; usted me ha elevado á regiones superiores, cuando yo estaba llamado á ser, como mi padre, un pobre carpintero.

»Pero, sea como fuere, confío en la indulgencia de usted.

»Desde los diez y seis á los diez y ocho años me dediqué al estudio de las ciencias exactas con tal ahinco, que caí enfermo, como usted sabe. Mi porvenir dependía del ingreso en la Escuela Po·

litécnica, y deseaba obtener las buenas notas necesarias para evitar á usted los gastos de mi carrera.

»Lo conseguí; pero me estremezco al pensar cuántos sacrificios, cuánto agotamiento de fuerzas me costó el estudio á que se ve sometida la juventud para desarrollar antes de tiempo facultades que después se manifestarían con toda su plenitud y fortaleza. No se tiene en cuenta que los abusos en el orden material y en el moral siempre se pagan. La fuerza que se exige á los cerebros adultos, se descuenta en el porvenir. ¡Cuántos, como Pascal, han muerto prematuramente gastados por la ciencia! ¿Saben los legisladores en materia de enseñanza las disposiciones interiores que los cerebros necesitan para soportar el asalto prematuro de los conocimientos humanos? De aquí que sean excepciones de la excepción los hombres de genio capaces de resistir un precoz ejercicio de sus facultades intelectuales.

»Una vez dentro de la Escuela, trabajé sin descanso para concluir la carrera como la había empezado, y adquirí el derecho á elegir la más de mi agrado, y elegí la de ingeniero de puentes y caminos, por consejo de usted. Yo había triunfado; pero ¡cuántos sucumbieron al hacer el mismo esfuerzo! El Estado no tiene entrañas, y hace sus experiencias *in anima vili*. Jamás se le ha pedido la horrible estadística de los sufrimientos y de las muertes que ha causado. Y veamos ahora la recompensa de tantos sacrificios. Salí de la

Escuela á los veinticuatro años, como ingeniero supernumerario, y el Estado me dió ciento cincuenta francos mensuales: lo que gana un tenedor de libros á los diez y ocho ó veinte años. Á los veinticinco, ascendí á ingeniero efectivo, y me enviaron á una subprefectura con mil quinientos francos de sueldo anual. Pero ¿qué dependiente de ultramarinos no entra en la tienda á los catorce años, y llega á los veinticuatro ó veintiséis sin el caudal necesario para establecerse por su cuenta? Construí puentes, abrí fosos, hice plantaciones, levanté planos y muchas cosas que la experiencia enseña á nuestros ayudantes, y que suelen hacer ellos mejor que nosotros. Y aquí, en confianza, diré á usted que, dominados por las Matemáticas, menospreciamos todos los demás conocimientos humanos, y que el cálculo llega á secar el corazón y el cerebro. Sin embargo, ostentamos la etiqueta de la sabiduría impuesta por la Escuela Politécnica. Esto me llevaría á muchas y largas consideraciones, de que quiero prescindir. Sólo diré que no creó ningún ingeniero salido de la Escuela algo semejante á las maravillas arquitectónicas de un Leonardo de Vinci, que era á la vez pintor, mecánico, uno de los inventores de la hidráulica y uno de los más infatigables constructores de canales. Y ¡ay del que rebase el límite que para la explotación de su inteligencia le señalan los reglamentos! Sólo conseguirá que el Consejo general de Puentes y Caminos le considere como un audaz ó un presuntuoso.

»Y siendo esto así, diré á usted que deseo cambiar de carrera; que necesito emplear mis energías, mis conocimientos y mi actividad en algo que sea verdaderamente útil. Y si esto no pudiera ser, estoy resuelto á aceptar las ideas modernas, que ofrecen tan radicales cambios en el orden social. Siento dentro de mí algo grande que se empequeñece, que va á morir, y se lo digo como una verdad matemática. No crea usted, mi querido protector, que me domina el deseo de hacer fortuna ni de conquistar gloria. Soy calculista, y aprecio esta última en lo poco que vale. La Academia de Ciencias cuenta con algunos hombres notables salidos de la Escuela: podrá ser que lleguen á dos ó tres; pero los hombres de genio se revelarán siempre, con Escuelas especiales ó sin ellas. De Riquet, Perronet, Leonardo de Vinci, Pelladio, Miguel Angel y muchos otros puede decirse que manifestaron su genio por causas desconocidas, por casualidad, que es la palabra de los tontos. Ni Stephenson, ni Mac-Adam salieron de nuestras famosas Escuelas.

»En estos momentos, porque estoy disfrutando una licencia en París, estoy en relación con muchos hombres importantes, que se ocupan de todas las enfermedades morales que aniquilan á Francia, y convienen conmigo en la necesidad de grandes y radicales reformas. Nuestro sistema de instrucción pública debe variarse, y esto sólo puede hacerlo un hombre de saber profundo, de voluntad poderosa, dotado de gran genio legislativo, que tal vez no se encuentre entre los moder-

nos más que en la privilegiada cabeza de Juan Jacobo Rousseau.

»Los sansimonianos, á quienes he tenido intención de asociarme, quieren tomar un camino en el cual no puedo seguirlos; pero, dejando á un lado sus errores, reconozco que muchas veces han puesto el dedo en la llaga. No estamos para paliativos, porque éstos no harán más que aplazar la gran crisis moral y política que Francia necesita.

»Adiós, mi querido protector. Vea usted en esta carta, á pesar de mis observaciones, el cariño que le profesa y le profesará cada día más,

»GREGORIO GERARD.»

En una hoja en blanco copió el señor Grossetéte la respuesta, después de la palabra sacramental: *Contestada.*

He aquí la contestación:

«Será inútil, mi querido Gerard, que entremos en discusión sobre el contenido de tu carta, y empezaré ésta haciéndote una proposición que, por lo visto, podrá convenirte.

«La señora viuda de Graslin, propietaria de los grandes bosques de Montegnac y de una llanura tan inmensa como estéril que se extiende al pie de la cadena de montañas donde están los bosques, desea sacar todo el partido posible de aquellos terrenos, ya explotando el arbolado, ya convirtiendo en tierras de cultivo aquellos eriales. Para realizar este proyecto, necesita una persona de tus condiciones; un hombre de ciencia, acti-

vo, desinteresado y de tus ideas de práctica utilidad. Habrá poco dinero y mucho trabajo. Se trata de obtener con escasos medios un beneficio inmenso: cambiar por completo un extenso territorio, hacer que brote la abundancia donde domina la escasez, si no la miseria. En una palabra, lo que tú llamarías un poema.

»Del tono sincero que palpita en tu carta deduzco que tan pronto como recibas ésta te pondrás en camino, para que más despacio tratemos de mi proposición. Pero no presentes tu dimisión; pide una licencia para dedicarte á trabajos especiales de tu profesión, y no perderás los derechos adquiridos.

»El proyecto concebido por el cura de Montegnac y la señora de Graslin me parece realizable, como te diré de viva voz. Además, te enteraré de las ventajas que podrías obtener en el caso de realizarse el proyecto. Cuenta siempre con la buena amistad de tu afectísimo

»GROSSETÉTE.»

Verónica sólo contestó lo siguiente:

«Mil gracias, amigo mío: espero á su protegido.»

Y cuando entregó al señor cura la carta del ingeniero á Grossetéte le dijo:

—¡Otro herido que acude al hospital!

El cura leyó y releyó la carta, dió dos ó tres vueltas á la terraza silenciosamente, y al devolver la misiva á Verónica, dijo:

—Está escrita por un alma buena. Dice que las escuelas creadas por la revolución sólo pro-

ducen incapacidades, y yo añado que fabrican incrédulos; porque si el señor Gerard no es un ateo, es un protestante.

—Se lo preguntaremos—contestó Verónica muy alarmada.

Quince días después, entrado ya el mes de Diciembre, y á pesar del excesivo frío, llegó el señor Grossetéte á Montegnac, para hacer la presentación de su recomendado.

—Es preciso querer á usted mucho, hija mía, para emprender un viaje en este tiempo—dijo el anciano Grossetéte á Verónica cogiendo sus dos manos, y besándoselas con exquisita galantería; —pero he querido hacer por mí mismo la presentación de Gregorio Gerard, aquí presente. Es un hombre de los que opinan como usted—dijo saludando al cura afectuosamente.

Lo cierto es que el exterior de Gerard no le recomendaba. Era de mediana estatura, ancho, cuellicorto, con cabellos rubios como el oro, ojos rojizos como los de los albinos y cejas y pestañas casi blancas. Aunque su color era muy blanco, parecía sombreado por algunas manchas de viruelas, y usaba anteojos. Cuando se quitó el fuerte abrigo que llevaba, algo semejante á un capote de soldado de caballería, dejó ver su traje, un tanto descompuesto y abandonado. Su corbata, mal anudada, y su camisa, que llamaba á voces á la planchadora, denotaban en él ese descuido propio de los hombres de ciencia, más ó menos distraídos. El desarrollo del busto y la delgadez de sus piernas eran signos evidentes

de un decaimiento corporal producido por excesos de estudio y de meditación. Pero, eso sí, la fortaleza de su corazón y el ardor de la inteligencia, condiciones claramente reveladas en su carta, brillaban en su frente espaciosa, que parecía modelada en mármol de Carrara. Diríase que la Naturaleza se había reservado aquel sitio para revelar en él la constancia, la bondad y la grandeza de aquel hombre.

—Agradezco á usted mucho—dijo Verónica—su propósito de dirigir aquí un género de trabajos que sólo le ofrecerán la satisfacción de hacer el bien.

—Señora—respondió el ingeniero,—durante el viaje me ha hablado mucho de usted el señor Grossetéte, y será para mí dicha muy grande ser á usted útil, y vivir cerca de usted y del señor Bonnet, cuyas virtudes me son conocidas. A no ser que me echen del país, en él acabarán mis días.

—Todos procuraremos que no cambie usted de opinión—dijo Verónica sonriéndose.

—He aquí—dijo Grossetéte á Verónica llevándola aparte—unos papeles que para usted me ha entregado el Procurador general, quien, por cierto, se ha extrañado mucho de que no se haya usted dirigido á él. Todo lo que usted ha recomendado se ha hecho con prontitud é interés. Ese sujeto á quien usted protege obtendrá todos sus derechos civiles, y dentro de unos tres meses á lo sumo llegará Catalina.

—¿Dónde está?—preguntó Verónica.

—En el Hospital de San Luis, casi restablecida de una enfermedad.

—¡Desgraciada!

—Aquí encontrará usted todos los informes deseados—dijo Grossetéte á Verónica poniendo en sus manos los papeles.

La dueña de la casa volvió al sitio donde estaban los otros visitantes, y los condujo al magnífico comedor de la planta baja. Gerard ofreció su brazo á Verónica.

Ésta sirvió á los tres la comida sin tomar parte en ella, porque desde su llegada á Montegnac venía haciéndolo así por una causa que Alina conocía, y que no descubrió hasta que su ama estuvo en peligro de muerte.

Además de los recién venidos, estaban invitados el cura, el alcalde, el juez de paz y el médico de Montegnac.

El médico era un hombre como de veintiséis á veintisiete años, llamado Rubaud, que deseaba conocer á Verónica, y á quien no tuvo inconveniente en presentar el cura, porque pretendía que aquella casa fuera el centro de una pequeña y escogida sociedad. Rubaud era un joven muy instruído y poco intrigante, que esperaba darse á conocer en provincias más pronto que en París. Hacía unos diez y ocho meses que Rubaud había llegado á Montegnac, para sustituir á un antiguo cirujano del ejército que cuidaba más de su bodega que de los enfermos, y que, además de sus muchos años, tenía muy poca salud. La fisonomía de Rubaud era de esas que no dicen

nada; pero en sus ojos grises se descubría al hombre inteligente y estudioso. En materias religiosas mostrábase indiferente, con no pequeño disgusto del cura; si bien es cierto que Rubaud no atacaba al catolicismo, y disculpaba con sus obligaciones su alejamiento de la Iglesia. En el fondo, se conducía como el mejor católico; y cuando se hablaba de religión, decía que le era ingrato tratar de cosas superiores á la inteligencia humana. El cura, sin embargo, le creía inclinado á las doctrinas de Pitágoras.

Rubaud, que veía por primera vez á Verónica, experimentó una honda sensación. Conoció en seguida que aquella mujer era víctima de grandes sufrimientos físicos y morales, dominados por una gran fuerza de voluntad. Su instinto médico le dió á conocer la enfermedad que devoraba la naturaleza de aquella hermosa criatura; porque así como el color del fruto delata la existencia del gusano roedor, así, ciertas manchas del rostro dejan conocer á los médicos las hondas mortificaciones del cuerpo y del espíritu. Desde aquel momento puede decirse que Rubaud se consagró á Verónica con tanto interés, que algunas veces parecía que la amistad tocaba en los límites del amor. Sin embargo, su trato con ella fué siempre caballeresco. El cura del cuerpo y el del alma cambiaron una mirada de nteligencia; la del cura quería decir: Verónica, con más elocuencia que yo, dará al traste con las ideas de este incrédulo.

El alcalde era un viejo campesino, asombrado

por el lujo de la habitación en que se encontraba. Se había puesto el traje de los domingos, algo atrasado, ciertamente. Fué durante la comida un personaje mudo.

El juez de paz, de apellido Clousier, era un antiguo abogado de Limoges, que se quedó sin pleitos porque quiso poner en práctica aquello de que el abogado es el juez del cliente y del proceso. Obtuvo en 1809 la plaza que disfrutaba; y como con ella, más que modestamente, tenía que vivir casi en la miseria, se dedicó á labrador, y parecía un completo campesino. Clousier, sin embargo, tenía una inteligencia clara, y abordaba con frecuencia los problemas políticos. Conocía las leyes, las aplicaba imparcialmente, y gozaba de buen concepto entre sus convecinos. Un sobrino suyo, muy listo, que le ayudaba en los trabajos de la profesión, contribuyó andando el tiempo á la prosperidad de la comarca. Conoció á Verónica por haberla visto en misa, y había formado su juicio acerca de ella.

Ni el médico, ni el alcalde, ni el juez de paz conocían á Grossetéte ni á Gerard; pero muy pronto la sencillez del viejo banquero inspiró á todos confianza, que estableció por completo entre todos los comensales la amabilidad de Verónica y su conocimiento de la vida social. Así, pues, al poco tiempo se encontraron todos en un medio simpático.

Cuando las copas de cristal con filetes dorados se llenaron con selectos vinos, servidos por Alina, y empezaron á trasegarse haciéndoles los hono-

res merecidos, la conversación se animó, y todos de buena fe discutieron puntos importantes.

—Conque tu licencia ha coincidido con la revolución de Julio; ¿eh?—dijo Grossetéte á Gerard, como si le preguntara su opinión.

—Sí—contestó el ingeniero.—Estuve en París aquellos tres famosos días. Todo lo vi, y saqué tristes consecuencias.

—¿Cuáles?—preguntó con viveza el señor Bonnet.

—Que el patriotismo sólo existe bajo las camisas pobres. Julio es la derrota voluntaria de las superioridades de nombre, de talento, y de fortuna. Las masas han obtenido la victoria sobre las clases ricas é inteligentes, entre las cuales es letra muerta la palabra *sacrificio.*

—Si hemos de juzgar por lo que viene sucediendo de un año acá—observó el juez de paz, —éste es el triunfo del individualismo, y dentro de quince años, los empeños más generosos se traducirán con estas palabras desconsoladoras: *á mí eso nada me importa.* El grito del libre examen desciende de las alturas religiosas, donde lo iniciaron Lutero, Calvino, Zuinglio y Knoc, hasta hacerlo llegar á la Economía Política. *Cada uno para sí, y cada cual en su casa.* Estas palabras, al lado de las que se acaban de citar, constituirán escuela entre los burgueses y los pequeños propietarios. Es que el egoísmo es el vicio de nuestra legislación civil, ahora consagrada por la revolución de Julio.

El juez de paz guardó silencio después de

soltar su perorata como tema de discusión. No necesitó mucho tiempo para intervenir el señor Bonnet, del siguiente modo:

—El buen rey Carlos X acaba de fracasar en la más previsora y saludable empresa que podía acometer un monarca amante de su pueblo, y la Iglesia deberá sentirse orgullosa por la parte que ha tomado en sus consejos. Pero ha faltado corazón é inteligencia en las clases altas, como ocurrió en la famosa cuestión sobre la ley de primogenitura, eterno honor del único hombre de Estado de la restauración: del conde de Peyronnet. Reconstituir la nación sobre la base de la familia, y quitar á la Prensa su acción mortífera, dejándola reducida á lo verdaderamente útil; sujetar la Cámara electiva á sus verdaderas atribuciones, y devolver á la Iglesia su influencia sobre el pueblo, son los puntos fundamentales de la política de los Borbones. Carlos X estaba más amenazado en la situación que ha querido evitar, que en la que ha dado origen á su caída. El porvenir de nuestra Patria, donde todo será discutido, donde la Prensa será soberana y el instrumento de bastardas ambiciones, demostrará cuánta era la prudencia y la sabiduría del Rey, que ha llevado consigo los verdaderos principios de gobierno.

—No os he de contradecir, señor cura—dijo Gerard.—Haré solamente una observación, á saber: que Napoleón en la campaña de Rusia se adelantó cuarenta años á su siglo, y no le comprendieron. La Rusia y la Inglaterra de 1830,

explican la campaña de 1812. Á Carlos X le ha sucedido otro tanto: dentro de veinticinco años sus tendencias se convertirán en leyes.

—Francia—dijo el juez de paz,—á pesar del buen sentido popular, es la última que debía haber admitido las dos Cámaras deliberantes, á no ser que se hubieran planteado las admirables restricciones que la experiencia de Napoleón opuso á nuestro carácter. Tal sistema podrá plantearse sin dificultad en Inglaterra, por ejemplo; pero la ley de primogenitura aplicada á la transmisión de la tierra, será siempre necesaria; y cuando ese derecho se suprima, el sistema representativo será una locura. Inglaterra debe su existencia á una ley casi feudal, á la que concede las tierras y la habitación de la familia á los hijos mayores Rusia se apoya en la autocracia, y de aquí la prosperidad de ambas naciones. La casa de Borbón ha caído en el momento que se proponía salvar al país. No sé adónde iremos á parar con el sistema actual.

—Si viniese una guerra, Francia carecerá de caballos, como en tiempo de Napoleón, el año de 1813. Por eso no pudo sacar partido de las victorias de Lutzen y Bautzen, y fuimos vencidos en Leipsick. De aquí á veinticinco años las razas bovina y caballar se habrán reducido á la mitad.

—Tiene razón el señor Grossetéte—repuso Gerard,—y esto debe tenerlo presente la señora Graslin si quiere prestar un buen servicio al país.

—Perfectamente—dijo el juez,—puesto que la señora sólo tiene un hijo, y la sucesión se perpetuará en él durante mucho tiempo. Pero, á pesar de todo, llegará el día de las particiones, y los prados y los bosques, divididos en lotes, se repartirán entre muchos, ó se venderán en pública subasta; y así, por particiones sucesivas, las seis mil fanegas de tierra, repartidas entre mil ó mil doscientos propietarios, no producirán ganado de ninguna especie.

—¡De aquí á entonces!...—dijo el alcalde.

—Ya lo oyen ustedes. Ya pareció el *¿á mí qué me importa?* Pero, amigo mío—dijo el banquero con tono grave y dirigiéndose al alcalde,—si ese tiempo ha llegado. En un radio de diez leguas alrededor de París, la propiedad está repartida hasta el infinito, y por esta razón la carne cuesta hoy el doble que hace veinte años: esto no se corregirá como no haya un hombre capaz de poner en práctica los principios salvadores de Carlos X.

—Acaba usted de poner el dedo en la llaga—dijo el juez de paz:—la causa del mal está en el título que trata de las sucesiones en el Código civil. La revolución inoculó en la sociedad un virus destructor, al que las jornadas de Julio han dado mayor actividad, y ese principio morboso es la transformación del labriego en propietario. Éste se sostiene con unas cuantas vacas; vende los terrenos y la manteca, y no se cuida de sostener la raza, y con menos motivo, la caballar. Si no recoge forraje suficiente en un

año de sequía, envía su vaca al mercado. Señores, si por desgracia faltara el heno dos años seguidos, al tercero sería imposible comer en París carne de vaca y, menos, de ternera.

—¿Y cómo se celebrarían entonces banquetes patrióticos?—dijo el médico sonriéndose.

—La política no puede prescindir en ninguna parte del pequeño jornal—dijo Verónica;—ni aun aquí.

—Estamos—replicó Clousier—más allá de la Ley Agraria, y no hemos llegado á la miseria ni á la discordia. Los que pretenden convertir el terreno en migajas y aminorar la producción, tienen razón para decirnos que la verdadera justicia social consistiría en no dar á cada uno más que el usufructo de su tierra; y de aquí deducirán que la propiedad perpetua es un robo. Los sansimonianos han triunfado ya.

—Habló el magistrado—dijo Grossetéte,—y ahora hablará el banquero para deciros que hacer la propiedad accesible al labriego, es un error inmenso, que costará muy caro á Francia. De este modo el proletario se distribuye el dinero del país, y el labrador, naturalmente, no tiene más aspiración que la de convertirse en amo. Este deseo, como ha dicho muy bien el señor Clousier, nació con la revolución, porque es el resultado lógico de la venta de bienes nacionales. Puede calcularse que tres millones de familias entierran este año cincuenta francos cada una, lo que supone ciento cincuenta millones retirados de la circulación. La economía política

ha elevado á la categoría de axioma que un escudo de cinco francos que durante el día pase por cien manos, equivale á quinientos francos en circulación; y con sencillos cálculos os demostraría que con el novísimo sistema llegaremos á tener en medio siglo tres mil millones menos en circulación.

—Y el efecto moral es mucho peor que el efecto material—exclamó el cura.—Creamos propietarios mendigos en el pueblo, semisabios en la clase media, y egoístas en todas partes. Un proletariado desprovisto de generosos sentimientos, sin más dios que la envidia, sin más fanatismo que la desesperación causada por el hambre, sin fe ni creencias, no tardará mucho en poner su planta sobre el corazón del país. ¡Quiera Dios que un hombre providencial surja entre nosotros, de arriba ó de abajo, sea un Sila ó un Mario, con fuerza suficiente para rehacer nuestra sociedad!

—Le detendrían, y le mandarían á los tribunales—respondió Gerard,—y el juicio de Sócrates y el de Jesucristo les sería aplicado en el año de 1831. Hoy, las medianías envidiosas dejan morir en la miseria á los verdaderos pensadores. En Francia nos sublevamos en el orden moral contra los hombres del porvenir, y en el orden político, contra los reyes.

—En otros tiempos, sólo hablaban los sofistas á un corto número de hombres; hoy la prensa periódica extravía á una nación entera—dijo el juez de paz.

El alcalde oía con profunda atención al señor Clousier, y Verónica le preguntó que si le conocía.

—No le he conocido hasta hoy—contestó el alcalde.

El juez continuó desarrollando sus teorías desde diferentes puntos de vista; y hablando del poder real, lo consideró empequeñecido desde que se habló de soberanía nacional.

—Si el pueblo—dijo—ha de traernos una nueva dinastía cada vez que el rey no acierte en sus deseos, viviremos en una lucha intestina, que detendrá por mucho tiempo el progreso del país.

—Todos esos escollos ha sabido sortearlos Inglaterra con gran habilidad—repuso Gerard.—Allí la aristocracia no desprecia á los hombres de talento, sino que los busca y los recompensa; los grandes propietarios, los lores, dirigen el mecanismo social; su Armada, en las narices de Europa, se apodera de los territorios convenientes á su comercio. En Inglaterra el dinero es atrevido, y en Francia, cobarde.

—Cosa tanto más extraña—observó Rubaud,—cuanto que ellos son linfáticos, y nosotros, sanguíneos y nerviosos.

—He aquí—dijo Clousier—una cuestión digna de estudio. Buscar las instituciones adecuadas al temperamento de los pueblos.

—Y entretanto, nos olvidamos de Dios—exclamó el cura.—Ya veo que el señor Clousier y el señor Rubaud son indiferentes en materias religiosas. ¿Y usted?—dijo dirigiéndose á Gerard.

—Protestante—respondió Grossetéte.

—Acertó usted—dijo Verónica al señor cura. La mala impresión que con su presencia produjo Gerard se había desvanecido, y los tres notables de Montegnac se felicitaron por tenerle á su lado.

—Desgraciadamente—dijo el señor Bonnet,—hay entre Rusia y los países católicos que baña el Mediterráneo un antagonismo religioso: el cisma que separa la religión griega de la latina, es lo que constituye una gran desgracia para la humanidad.

—Cada cual atiende á sus santos—dijo Verónica sonriéndose:—el señor Grossetéte piensa en sus millones perdidos; el señor Clousier, en el Derecho trastornado ó desconocido; el médico sólo ve en las leyes una cuestión de temperamento, y el señor cura señala el obstáculo que impide la inteligencia entre Rusia y Francia.

—Y añada usted á lo dicho, por lo que á mí toca, que en la ocultación de los capitales, así de los labradores como de los pequeños burgueses, veo el aplazamiento de las vías férreas en Francia.

—¿Y qué desearía usted?—le preguntó Verónica.

—Los admirables consejeros de Estado que en tiempo de Napoleón estudiaban las leyes, y el Cuerpo legislativo elegido por las capacidades del país y por los propietarios, cuya misión se reducía á rechazar las leyes perjudiciales y las guerras injustas. Hoy la Cámara llegará á impo-

nerse al Gobierno, y viviremos en una anarquía legal.

El señor Bonnet tomó la palabra en un arranque de sagrado patriotismo, é increpó á sus oyentes, porque, conociendo el remedio de tantos males, no empezaban á aplicárselo ellos mismos, que también los padecían. Hablando de los pueblos, dijo que tienen corazón, pero que carecen de ojos y, por consecuencia, sienten y no ven.

—Francia—dijo—está loca en los momentos actuales; y si todos los hombres de buena fe levantamos los altares de la gran república de las almas, de la única Iglesia que ha colocado á la humanidad en el verdadero camino, realizaremos los milagros que hicieron nuestros padres.

—¡Qué quiere usted, señor cura!—dijo Gerard.

—Si es preciso hablar con usted como en el confesonario, diré que considero la fe como una mentira, engañándose á sí misma; la esperanza, como un embuste del porvenir, y la caridad, como la inocente astucia del niño que está quieto y callado para que le den confites.

—Crea usted, señor Gerard, que se duerme muy bien cuando nos mece la esperanza.

Al día siguiente y antes de partir, el señor Grossetéte ofreció á Verónica asociarse á sus planes, siempre que fueran realizables.

El ingeniero deseaba con impaciencia reconocer aquellos campos, y Verónica quería también saber cuanto antes la opinión de la ciencia; así es que, de común acuerdo, se lanzaron á la vasta llanura, y recorrieron á pie la base de las montañas

que se extienden desde la rampa que conduce al castillo, hasta el pico de *Roca Viva*. El ingeniero confirmó las sospechas de Farrabesche, conviniendo en que sería posible desviar las aguas en el sentido deseado, puesto que el punto donde se filtraban tenía una elevación de unos diez pies sobre el nivel de la llanura. La primera operación, y la decisiva, era valuar la cantidad de agua que corría por el Gabon, y convencerse de que las laderas del valle no la dejarían escapar.

Después de esta primera excursión, hicieron otra á caballo Gerard y Farrabesche, explicando éste á aquél cuantas observaciones le había sugerido su conocimiento del terreno. Después de algunos días de estudios, Gerard observó la base de dos montañas, cuya naturaleza era diferente, pero bastante sólida para retener las aguas, y en Enero del año siguiente, que fué lluvioso, midió la cantidad de agua que pasaba por el Gabon. La masa líquida arrastrada por el torrente podía regar una extensión de tierra tres veces mayor que la llanura de Montegnac. Apreció en sesenta mil francos el coste de las obras necesarias en los tres valles, teniendo en cuenta que una gran masa calcárea descubierta en la montaña facilitaría la cal necesaria con muy poco gasto; además, había madera y piedra con mucha abundancia. Dispuso el ingeniero que mientras el torrente se secaba, como era indispensable para emprender los trabajos, se acumularan los materiales necesarios para ellos. En cuanto á la preparación de la llanura para reci-

bir la siembra y las plantaciones, costaría unos doscientos mil francos. Había que dividir el terreno en tres partes, limpiarlo de piedras, hacer muchos canales, empedrados, etc. Todo hacía esperar muy buenos resultados, puesto que las aguas llegarían adonde se quisiera. Gerard trajo á su lado un hombre de experiencia en este género de obras, llamado Fresquin.

Verónica escribió á Grossetéte para que negociara un empréstito de doscientos cincuenta mil francos, con la garantía de sus posesiones y de sus rentas, durante seis años, en cuyo tiempo, según los cálculos de Gerard, los terrenos producirían lo bastante para pagar capital é intereses. Las obras de nivelación, sondeos, desviaciones, canales, etc., se llevaron con mucha rapidez, y la feliz nueva de que estaban terminadas circuló rápidamente por toda la comarca, con gran alegría de sus moradores. Gerard adquirió por su cuenta y por la de Grossetéte unas mil fanegas de tierra, y Fresquin, el ayudante de Gerard, adquirió quinientas, y mandó venir á su familia para establecerse definitivamente en Montegnac.

En los primeros días del mes de Abril de 1833 llegó el señor Grossetéte á Montegnac, no sólo para ver los terrenos comprados por Gerard, sino para acompañar á Catalina, ya restablecida de su enfermedad. Cuando llegaron, estaba Verónica preparada para ir á la iglesia, donde el señor Bonnet iba á decir una misa en acción de gracias por la feliz terminación de las obras.

—He aquí á Catalina Curieux, por quien us-

ted se ha interesado tanto—dijo el anciano Grossetéte á Verónica.

—¿Conque es usted Catalina Curieux?

—Sí, señora.

Verónica miró á la recién llegada con gran fijeza durante un momento.

Era Catalina de buena estatura, bien formada y muy blanca; sus facciones suaves armonizaban con el color gris de sus ojos, no muy grandes, y el contorno de su rostro y la amplitud de su frente, denotaban nobleza y sencillez; al mismo tiempo tenía en sus movimientos la soltura de las hijas del campo y la gracia adquirida durante el tiempo de su permanencia en París. Dedicada á su vida ordinaria en La Correze, habría envejecido, y el rosado color de su cara hubiéranlo convertido en áspero tinte rojizo la luz del sol y el aire de la montaña; pero en la gran ciudad palideció, y esta palidez conservó intacta su primitiva belleza, dándole además un tinte dé melancolía, muy justificada ciertamente por los pesares y la lucha por la vida. Su tocado era sencillo y con el sello de buen gusto que distingue á las mujeres parisienses, aunque no sean coquetas.

Como ignoraba cuál sería su situación después de aquella entrevista, y por qué motivo se interesaba por ella la señora viuda de Graslin, estaba en presencia de ésta como cortada y vergonzosa.

—¿Quiere usted todavía á Farrabesche?—le preguntó Verónica cuando se vió á solas con ella.

—Sí, señora—contestó poniéndose encarnada.

—¿Y cómo es que, habiéndole usted enviado mil francos cuando estaba cumpliendo su condena, no ha procurado usted reunirse con él al salir del presidio? ¿Es que le inspira á usted repugnancia? Hábleme usted como hablaría á su madre. ¿Temió usted acaso que reincidiera en su vida de antes, y que por esta causa rechazara á usted?

—No, señora; pero como no sé leer ni escribir, y me puse al servicio de una señora muy anciana y muy exigente, que, además, cayó enferma, tuve que dedicarme á cuidarla. Pensaba á todas horas en Santiago, y bien sabía que muy pronto iba á llegar la hora de su libertad; pero no me era posible salir de París dejando de tanta gravedad á aquella señora, sin familia y casi sin amigos. Murió sin dejarme nada, aunque mis desvelos fueron muchos; tantos, señora, que caí también enferma, y me vi obligada á ir al hospital cuando se acabaron mis pequeños ahorros.

—Está bien, hija mía—dijo Verónica conmovida al oir aquel relato tan sencillo y tan sincero.—Pero dígame usted: ¿por qué abandonó usted á sus padres y á su hijo, y por qué no se ha valido usted de otra persona para escribir?

Catalina, por toda contestación, rompió á llorar.

Repuesta y con alguna más confianza, porque Verónica había cogido entre las suyas una de sus manos, habló de este modo:

—Voy á decírselo á usted, señora. No niego que habré hecho mal; pero una fuerza superior á mi voluntad me impidió volver al pueblo. Verdad

es que, si no dudaba de mí, dudaba de los otros, y tuve miedo de las habladurías y de los chismes. Mientras Santiago estuvo en peligro y yo le era necesaria, arrostré por todo, y saqué fuerzas de flaqueza. Después... me vi soltera, joven, con un hijo y sin marido. La peor de las criaturas me parecía mejor que yo. Comprendo que mis padres, en un momento de cólera, me reprendieran y hasta me rechazaran; pero la insistencia en los cargos y en el recuerdo de lo pasado, no hubiera podido tolerarla, á pesar de mi carácter, dulce en apariencia, pero vivo y fuerte en realidad. ¡Bastante sufrimiento ha sido no ver á mi hijo, cuando ni un solo momento he dejado de pensar en él! Además, yo quería que todo el mundo me olvidara, y bien me han olvidado; nadie, que yo sepa, ha pensado en mí, hasta ahora. Me han creído muerta; ¡y cuántas veces he tenido intención de dejarlo todo, y correr á su lado para darle en un día todos los besos que no había podido darle en mucho tiempo!

—Esta es la ocasión—dijo Verónica.—Vea usted á su hijo.

Catalina sintió de pies á cabeza un estremecimiento febril.

—¡Benjamín!—dijo Verónica llamando.—Ven á abrazar á tu madre.

—¡Mi madre!—exclamó el muchacho sorprendido, y saltando al cuello de Catalina, quien le estrechó contra su pecho, y besó mil veces su cabeza.

El niño, respondiendo á sus ideas, después de

desasirse de los brazos de su madre, echó á correr diciendo.

—¡Voy á buscarle!

Catalina quedó desfallecida, y Verónica le mandó que se sentara. En aquel momento vió al cura, y se le subieron al rostro los colores al sentir el efecto de la mirada fija y penetrante de su confesor.

—Espero—dijo Verónica,—que cuanto antes se celebrará el matrimonio de Catalina y Farrabesche; tanto más, cuanto que éste ha recobrado ya sus derechos de ciudadanía, y puede legalmente establecerse donde quiera, que será en mi casa, porque así es su gusto y el mío.

—Todo eso es cierto, hija mía—dijo el cura.

En aquel momento entró Farrabesche conducido por su hijo.

Demudado el color y sin pronunciar una palabra, quedó el hombre en presencia de su mujer y de su protectora. No sabía cómo expresar la gratitud hacia ésta, ni la emoción que le causaba el recuerdo de lo pasado al ver á su esposa. Verónica se acercó al señor Bonnet, quien por su parte también deseaba hablar con ella.

—Usted rebaja el bien que hace—dijo el cura severamente.

—¿Por qué?—respondió Verónica bajando los ojos.

—El deseo de hacer el bien—dijo el señor Bonnet—es una pasión más honda y más grande que el amor, así como la humanidad es más grande que la criatura; luego todo esto no es el

resultado del poder de la virtud. El interés que á usted merecen Catalina y Farrabesche es la consecuencia de recuerdos pasados, que quitan mérito al beneficio que usted hace: arranque usted de una vez para siempre de su corazón los restos del dardo que en él ha clavado el espíritu del mal, y las acciones de usted tendrán su justo y merecido valor á los ojos de Dios. ¿Llegará usted á esa santa ignorancia del beneficio hecho, que ės la suprema virtud de las acciones humanas?

Verónica volvió el rostro para ocultar el llanto que corría por él, y el cura se convenció de que había tocado con sus palabras en la mal cicatrizada herida.

Entretanto, Catalina, Farrabesche y su hijo se estrecharon en fuerte abrazo, y muy conmovidos dieron las gracias á Verónica por el bien que acababa de hacerles. Verónica les indicó que se marcharan, porque sentía necesidad de hablar á solas con el señor cura.

—Vea usted con qué pena se marchan—dijo Verónica al cura

Éste les hizo una indicación para que se detuvieran.

—Sean ustedes—dijo Verónica—completamente felices. He aquí la orden devolviendo á usted sus derechos civiles, y eximiéndole de formalidades que podrían ser humillantes.

Farrabesche tomó el papel, y besó respetuosamente la mano que se lo entregaba.

—Si Santiago ha sufrido, señora—dijo enton-

ces Catalina, á cuyos ojos asomaba la dicha,— procuraré hacerle tan feliz como infeliz ha sido.

Verónica volvió la cabeza, como si quisiera evitar la presencia de aquella familia tan dichosa, y el señor Bonnet se dirigió con ella y con Grossetéte á la iglesia. Grossetéte daba el brazo á Verónica, y ésta marchaba como arrastrada por él.

Después del almuerzo, fueron á presenciar la inauguración de los trabajos desde una de las rampas del castillo Verónica, el señor Bonnet y Grossetéte. Desde allí distinguieron los cuatro primeros caminos construídos, y que hasta entonces habían sido depósito de piedras. Cinco obreros colocaban la tierra buena en las lindes de los campos, y limpiaban un espacio de diez y ocho pies, que era la anchura de cada camino. Detrás de ellos, y á medida que avanzaban, los hombres cavaban pequeños pozos, donde se iban colocando los árboles: de este modo, las cuadrillas trabajaban avanzando en orden, seguidas de grupos de ancianos útiles para ciertos trabajos, y de mujeres y chicos, que se ocupaban en otras labores menos penosas. Grossetéte ofreció á Verónica una buena cantidad de árboles, porque eran pocos para extensión tan vasta los que podían suministrar los viveros del castillo.

Aquel gran día para Montegnac terminó con una magnífica comida en el castillo; pero antes de empezarla, Farrabesche suplicó á su ama y protectora que le concediese una pequeña audiencia.

—Señora—dijo, en presencia también de Catalina,—usted ha tenido la bondad de ofrecerme el arriendo de la granja del castillo, lo que sería para mí una fortuna; pero Catalina tiene acerca de nuestro porvenir ideas que deseo someter á la consideración de usted. Si me hago rico, tendré envidiosos. Una palabra se dice pronto, y yo no quiero tener disgustos con nadie, que hartos he tenido con unos y con otros. Lo mejor será, si á usted le parece bien, que tomemos en arriendo las tierras situadas en la caída del Gabon, dentro del término comunal y el bosquecillo próximo á la *Roca Viva*. De este modo, no estaremos muy en contacto con el mundo, y Catalina, que ha sufrido tanto, vivirá tranquila. Haré que venga mi compañero de desgracia, Guepin, que trabajará como un esclavo: entre él, mi hijo, Catalina y yo colonizaremos aquel rincón de tierra, y toda mi ambición quedará reducida á que cuando usted vaya por allí, quede contenta de nuestro trabajo. Y ahora, para que la señora pueda sustituirme con mucha ventaja, le propongo un primo de Catalina, que tiene fortuna, y que es más á propósito para dirigir una máquina tan complicada como ésta. Si Dios quiere (y sí querrá, porque usted se lo merece), que esto prospere, á la vuelta de cinco años habrá aquí seis mil cabezas de ganado entre vacuno y caballar, y yo no sirvo para manejar una cosa tan en grande. Esto es lo que digo, y ahora, quien manda, como siempre, es usted.

Verónica accedió á lo dicho por Farrabesche,

haciendo justicia á su buen sentido. Desde que comenzaron los trabajos, hizo Verónica vida de campo.

Después de oir misa por la mañana temprano, cuidaba á su hijo, que era para ella objeto de adoración, y se trasladaba al campo para presenciar el trabajo y conversar con los obreros, á cuyas necesidades atendía.

Por la noche, después de comer, reunía á sus amigos en el pabellón del reloj, y se hablaba y se jugaba al whist, cuyo aprendizaje hicieron Rubaud y Clousier bajo la dirección de Verónica y de Gerard. A las nueve terminaba la tertulia, y cada cual se dirigía á su casa.

En el mes de Junio, cuando el torrente estaba seco, Gerard se instaló en la casa del guarda. Cincuenta obreros albañiles venidos de París unieron las dos montañas con un fuerte muro de veinte pies de espesor, apoyado á doce pies de profundidad sobre un macizo de cemento, y otro de doce pies de base sostenía por la parte del valle aquella obra colosal, cuya altura máxima era de sesenta pies. Por el lado opuesto, Gerard reforzó la obra con un gran talud cubierto de tierra vegetal, y así quedó con fortaleza bastante para resistir el ímpetu de las aguas, porque en el caso de grandes lluvias se escaparían las sobrantes por la vertiente construída al efecto. Construyó un canal en cada uno de los tres valles, y la soberbia granja quedó construída sin que las obras rebasaran el precio calculado previamente. Las aguas para el riego de la llanura

correspondían al canal trazado por la Naturaleza en la parte baja de la cadena montañosa, y desde allí partían canalillos que sostenían la frescura en terrenos completamente secos, quién sabe, no los años, sino los siglos.

Todos los domingos, Verónica, el ingeniero, el cura, el médico y el alcalde descendían por el parque á la llanura para ver el movimiento de las aguas.

El invierno de 1834 fué muy lluvioso, y las aguas de los tres manantiales, dirigidas hacia el torrente, y el agua llovida, convirtieron el valle del Gabon en tres estanques escalonados previsoramente para conservar una reserva en los años secos. En los sitios donde el valle se dilataba, Gerard había aprovechado algunos montículos para convertirlos en islotes cubiertos de arboleda. De este modo cambió por completo el aspecto del paisaje; pero aún faltaban cinco ó seis años para que tuviera su propia fisonomía.

—El país estaba desnudo, y la *señora* ha venido á vestirlo—decía Farrabesche.

La *señora* fué el título con que fué conocida Verónica en toda aquella comarca, que, gracias á ella, podía competir con las *marciti* de Italia y con las praderas suizas, tan justamente renombradas.

Todas las plantaciones hicieron grandes progresos, lo mismo en la granja de Gerard, que en las de Grossetéte y de Fresquin. Gerard construyó en la suya un elegante pabellón; y cuando las obras terminaron por completo, el pueblo agra-

decido le nombró alcalde, con gran contentamiento del que, á pesar suyo, tenía la vara.

Día muy señalado fué aquél en que salió de Montegnac para el mercado de París el primer rebaño de hermosos bueyes. Ocurrió esto en 1840, y dió motivo á una agradable fiesta campestre. Todas las granjas habían producido ganado vacuno y caballar en abundancia, porque los pastos eran excelentes. Debajo de una fuerte corteza incapaz para el cultivo, se descubrió el terreno vegetal, con espesor de siete y más pulgadas.

En dicho año contaba once de edad el hijo de Verónica, y ésta creyó llegado el caso de darle alguna instrucción, sin separarle de su lado. Con tal motivo, escribió al señor Dutheil, recientemente nombrado arzobispo. Tanto más preocupaba la elección á Verónica, cuanto que por momentos sentía cómo su salud se quebrantaba. Por último, el señor Dutheil pudo encontrar lo que se deseaba. Un sacerdote joven, muy instruído, con vocación por la enseñanza y dispuesto á vivir en un pueblo durante nueve ó diez años. Llamábase Ruffin.

«Es una verdadera adquisición la que hemos conseguido—escribió el arzobispo á Verónica.—El joven preceptor que envío á usted podría encargarse de la educación de un príncipe.»

El nuevo habitante de Montegnac causó buen efecto entre los íntimos de Verónica, un tanto picados de celos, porque todos querían ocupar lugar preferente en su afecto y estimación.

El año de 1843 llegó á lo inesperado la prosperidad de Montegnac. La quinta creada por Farrabesche rivalizaba con las del llano, y la del castillo daba ejemplo á todas las demás. La renta que producía era superior á la calculada: sea suficiente decir que Farrabesche pudo pagar por el primer plazo de arriendo cuatro mil francos.

En dicho año, un habitante de Montegnac estableció una diligencia, que desde la cabeza del partido hacía el viaje á Limoges. El sobrino del señor Clousier vendió su escribanía, y se estableció como notario; Fresquin fué nombrado preceptor del cantón, y el ingeniero, entusiasmado con tantos éxitos favorables, concibió un proyecto que debía aumentar la fortuna de Verónica de un modo colosal; para ello pensaba |canalizar el pequeño río, derivando hacia él las aguas sobrantes del Gabon.

Este canal facilitaría la explotación de la inmensa riqueza forestal de aquellas montañas, muerta hasta entonces por falta de comunicaciones.

CAPÍTULO V

Verónica en la tumba.

Al comenzar el año siguiente, y no obstante la fortaleza de ánimo característica en Verónica, observaron en ella sus amigos un decaimiento que parecía presagio de muerte próxima. Sin embargo, á las preguntas que sobre su estado se

le hacían, contestaba con esta obligada respuesta: «Me siento muy bien».

Pero en la primavera fué, como de costumbre, á visitar sus posesiones, manifestando una alegría infantil tan extraña, que más bien denotaba tristeza y malestar.

Gerard creyó conveniente elevar un pequeño muro á lo largo de la colina de la Correze para cerrar el bosque de Montegnac, y eludir de este modo los derechos que el fisco cobraba por los bosques no cerrados. La obra era importante; Verónica había destinado á ella treinta mil francos todos los años, y tardaría siete en terminarse. De este modo, los tres estanques construídos en los valles, pomposamente llamados lagos, con sus islas y todo, quedarían dentro del parque, y Gerard, de acuerdo con Grossetéte, tuvo la ocurrencia de preparar á Verónica una sorpresa con motivo de ser el día de su santo. Construyó en la mayor de las islas una pequeña ermita, rústica exteriormente, pero muy elegante por dentro; el campanario, que representaba el de Vevay, era de gran efecto. Seis barcas, dos para cada estanque, habían construído, embreado y pintado entre Farrabesche, Guepin y un carpintero del pueblo.

Á mediados de Mayo, y después del almuerzo que Verónica ofrecía á sus amigos, fué por éstos invitada á dar un paseo por el parque, perfectamente cuidado por Gerard como arquitecto y naturalista, y la condujeron á la hermosa pradera del valle del Gabon, que limita con el pri-

mer lago, sobre cuyas aguas flotaban airosamente las dos canoas. Allí, los árboles artísticamente preparados enlazaban su ramaje, produciendo efectos de luz maravillosos, que convidaban al recogimiento y á la paz del espíritu.

El cielo estaba teñido de azul, sin que la menor nubecilla lo empañara, y la tierra ofrecía primorosos aspectos, sólo comparables á los paisajes suizos, con sus lagos sonrientes y sus montañas verdes. Allí crecían magníficos ejemplares de álamos blancos, fresnos, sauces, acacias y abedules, cuyo espeso ramaje retenía el vapor de agua, convertido en tenues nubecillas ó ligeras gasas.

La superficie de los lagos, tersa como el cristal, reflejaba los grupos de árboles como si se miraran en un limpio espejo, y sus aguas mezclábanse unas con otras por retorcidos canales, que en algunos sitios caían en sonoras cascadas.

Cuando Verónica llegó á la orilla del mayor de los lagos, y vió que sus amigos le ofrecían la mano para embarcarse en la más lucida y mejor construída de las lanchas, sintió humedecidos sus ojos por el llanto, y se dejó conducir en silencio hasta una de las calzadas que separaban los lagos, donde desembarcó

Al embarcarse en la segunda flotilla con todos sus amigos, vió á lo lejos la pequeña ermita y á Grossetéte, sentado junto á ella con toda su familia.

—¡Está visto que quieren hacerme grata la vida!—dijo Verónica al cura.

—Lo que deseamos es que usted viva—respondió Clousier.

—¡No hay quien dé vida á los muertos!—replicó Verónica.

El señor Bonnet lanzó sobre su penitente una mirada que la hizo volver en sí.

—Déjeme usted el cuidado de su salud—dijo Rubaud con suave y persuasivo acento,—porque estoy seguro de conservarla, para bien de esta comarca y de sus amigos.

Verónica bajó la cabeza, y Gerard siguió en demanda de la isla por medio del más ancho de todos los lagos, desde el cual se oía el rumor de las aguas del primero como si fuera la voz de aquel hermoso paisaje, tan lleno de vida.

—Han hecho ustedes muy bien al traerme aquí para dar mi último adiós á tan hermosa creación—dijo Verónica contemplando la hermosura de las arboledas fuertemente arraigadas en las orillas.

Los amigos guardaron silencio, el cura lanzó sobre Verónica otra mirada de reconvención, y todos saltaron á tierra, dando entonces Verónica señales de alegría. Hubiérase dicho que, por efecto de un poder extraño, recobraba de pronto la animación de la hermosa castellana de otros tiempos.

—Seguramente, aún puede vivir—dijo la madre de Verónica al oído del señor Grossetéte.

En aquel hermoso día de fiesta, en medio de los encantos de la Naturaleza, nada, al parecer, podía molestar á la enferma; y, sin embargo, allí

recibió el golpe de gracia. El regreso debía verificarse por las praderas, á las nueve de la noche, por los caminos trazados con tanta inteligencia por el ingeniero. Los carruajes esperaban en la desembocadura del último valle por la parte del llano, casi debajo de la *Roca Viva.*

Los tiros, compuestos de caballos criados y domados en Montegnac para las caballerizas de Verónica, iban á hacer sus pruebas aquella tarde, como un número del programa de la fiesta. Sujetos al coche destinado á Verónica, regalo de Grossetéte, piafaban inquietos cuatro hermosos caballos sencillamente atalajados. Después de la comida, todos se dirigieron á tomar el café en un pequeño kiosco, construído á semejanza de los del Bósforo.

Desde allí creyó ver Verónica á su hijo cerca del vivero plantado por Farrabesche en las orillas del lago, jugando con los hijos de los nietos de Grossetéte. Verónica, temerosa de que le ocurriera alguna desgracia, sin oir á nadie, montó en uno de los barcos, y se hizo conducir adonde había visto al pequeño Francisco. Verónica observó desde lejos que una mujer vestida de luto abrazaba y besaba con efusión al niño. Á juzgar por el traje, aquella mujer era forastera.

Verónica llamó á su hijo, y éste corrió al lado de su madre.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó á los niños que estaban con su hijo.

—Una señora que le ha llamado por su nombre—contestó una niña.

En aquel momento llegaron la madre de Verónica y el ingeniero.

—No la conozco—dijo Francisco.—Me ha besado como me besas tú y como me besa mi abuela; y ha llorado—dijo el niño al oído de su madre.

—¿Quiere usted que vaya á buscarla?—dijo Gerard.

—No—respondió Verónica con un tono imperativo que no era en ella habitual.

Con una delicadeza que agradeció Verónica, el ingeniero se reunió con los niños, dejando sola á Verónica con su hijo y con su madre.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó la abuela á su nieto.

—No lo sé, porque no hablaba en francés.

—¿Y no has entendido nada?—dijo Verónica

—Ha dicho muchas veces: *Dear brother*.

Verónica se apoyó en el brazo de su madre, y cogió al niño de la mano; pero á los pocos momentos la abandonaron las fuerzas.

—¿Qué tiene? ¿Qué ha ocurrido?—preguntaron unos y otros al ver á Verónica.

—¡Que se muere mi hija!—contestó llena de angustia la infeliz anciana.

Con gran trabajo pudo llegar Verónica al carruaje. Dispuso que Alina montara en uno con Francisco, y suplicó á Gerard que la acompañara en el suyo.

—¿Usted ha estado en Inglaterra?—preguntó al ingeniero cuando se repuso un tanto, y mientras se dirigían al sitio donde estaban los coches.

—Sí, señora.

—Pues bien, ¿qué quiere decir *Dear brother?*

—¡Quién no lo sabe!—exclamó Gerard.—Eso quiere decir *Querido hermano.*

Verónica cambió con Alina y con su madre una mirada que las hizo estremecerse.

Ni los gritos alegres de los expedicionarios al tomar los carruajes, ni la magnífica puesta del Sol, ni la gallardía de los caballos enganchados, ni las risas y las bromas naturales en aquellos momentos de íntima expansión, sacaron á Verónica de la especie de estupor que la dominaba.

Cuando llegaron al castillo, Verónica se retiró á sus habitaciones, y no quiso ver á nadie.

—Sospecho—dijo Gerard á sus amigos—que la señora Graslin ha recibido un golpe mortal.

—¿Dónde?—preguntáronle.

—En el corazón—contestó el ingeniero.

Al día siguiente Rubaud encontró tan grave á la enferma que marchó á París para consultar con los mejores médicos.

Es de advertir que Verónica había recibido á Rubaud, para poner término á las súplicas de su madre y de Alina. Se sentía herida de muerte.

Tampoco quiso recibir al señor Bonnet, ordenando le dijeran que aún había tiempo. A los amigos llegados de Limoges, les rogó por conducto de su madre que la dispensaran, porque no podía hacerles los honores de la casa. Después de la marcha inesperada de Rubaud, los huéspedes del castillo regresaron á Limoges, disgustados por la situación en que dejaban á Verónica.

Una tarde, y dos días después de la partida de los amigos, Alina introdujo á Catalina en la alcoba de la enferma. La esposa de Farrabesche quedó como petrificada al ver el rostro de Verónica descompuesto.

—¡Dios mío!—exclamó;—si nosotros hubiéramos sospechado que iba á suceder esto, ni Farrabesche ni yo la hubiéramos recibido. Ahora sabe que está usted enferma, y dice que quiere hablar con usted.

—¡Aquí!—exclamó Verónica.—¿Dónde está?

—Mi marido la conduce al *chalet.*

—Está bien—respondió Verónica;—déjeme usted, y diga á esa señora que irá mi madre á verla. Que espere.

Cuando entró la noche, Verónica, apoyada en el brazo de su madre, se dirigía lentamente hacia el sitio indicado por Catalina. De vez en cuando se detenía para tomar alientos y seguir la fatigosa marcha.

La noche estaba hermosa, y los rayos de la luna se reflejaban en la tranquila superficie de las aguas. Los ruidos misteriosos de la noche producían un efecto suave y armonioso.

Llegaron á eso de la media noche al lugar de la cita, y Verónica se sentó en un banco, cerca del *chalet.* Al poco rato oyó el murmullo de una conversación; poco después, rumor de pasos, cada vez más próximos, y últimamente reconoció la voz del cura, el roce de la sotana y el crujido especial de los trajes de seda.

—Entremos—dijo Verónica á su madre.

Una y otra se sentaron en un establo, y oyeron la siguiente conversación:

—Hija mía, no reprendo á usted, porque tiene excusa su atrevimiento; pero puede usted ser la causa de una desgracia irreparable.

—Señor cura—contestó una voz de mujer,—estoy dispuesta á marcharme en este momento mismo; pero sí diré que abandonar de nuevo este país me costará la vida. Si yo permaneciera un día más en aquel Nueva York, donde no hay ni fe, ni esperanza, ni caridad, perecería sin caer enferma. El aire de los Estados Unidos me hace daño; los alimentos aquellos no me nutren. He estado á punto de morir, llena de vida y de salud. Mis sufrimientos cesaron desde que puse el pie en el barco que debía conducirme á Francia. De pena he visto morir á mi madre y á una de mis cuñadas. Mi abuelo Tascheron y mi abuela murieron también, á pesar de las prosperidades tan decantadas de Tascheronville. Sí, señor cura; porque mi padre fundó una ciudad con su nombre en el Estado de Ohío: de tal modo prosperó. Somos ricos, muy ricos, y con nuestras rentas hemos edificado una iglesia católica, y católicos son todos los habitantes de Tascheronville. Pues bien, á pesar de lo dicho, regresaré á aquel país: estoy dispuesta á morir, si mi presencia puede causar el más leve disgusto á la madre de nuestro Francisco. Sólo le pido á usted que me conduzca esta noche al cementerio, para rezar sobre la tumba de mi hermano.

—Sí, sí; vayamos—dijo el señor Bonnet.—Si

algún día pudiera usted venir sin inconveniente, yo le escribiré, Dionisia.

—No; usted no se marchará—dijo Verónica presentándose en la puerta del establo.

La hermana de Francisco Tascheron juntó las manos, asombrada á la vista de aquel espectro. La palidez de Verónica, iluminada por los rayos de la luna, le daba el aspecto de una aparición sobrenatural, destacándose en el fondo obscuro del establo; sus ojos brillaban como dos estrellas.

—No, hija mía—continuó diciendo Verónica; —usted no abandonará este país, que desde tanta distancia ha querido ver nuevamente, y será usted dichosa en él, ó Dios no permitirá que prosperen mis obras. Dios la ha enviado.

Cogió la mano de Dionisia, y se dirigieron á la otra orilla del lago, dejando á la anciana Sauviat y al cura sentados en el banco.

—Dejémosla que haga lo que quiera—dijo la madre de Verónica.

Al poco rato volvió sola, y los tres se dirigieron al castillo. Sin duda había concebido algún misterioso proyecto, porque nadie volvió á ver á Dionisia, ni oyó hablar de ella.

Verónica se acostó aquella noche para no levantarse más.

Su madre no se apartó de su lado. La enfermedad tomaba cada día mayor incremento, y sus estragos eran mayores.

Sin embargo, un día del mes de Junio hizo Verónica cuantos esfuerzos pudo para levantar-

se y vestirse, y logró conseguirlo, ataviándose con las galas propias de un día de fiesta: tal era la fuerza de voluntad de aquella mujer sin ejemplo.

Rogó á Gerard, que, como los demás amigos, iba á verla todos los días, que le diera el brazo para dar un paseo.

Verónica agotó sus fuerzas; pero realizó su propósito. Aquel esfuerzo supremo determinó una violenta reacción.

—Volvamos al castillo—dijo á Gerard con voz suave, y mirándole con cierta especie de coquetería.—É ta es mi última escapatoria He soñado esta noche que hoy llegarían los médicos.

—¿Quiere usted ver el bosque?—dijo Gerard.

—Por la última vez—contestó Verónica.—Tengo que hacer á usted—dijo con voz insinuante—muy singulares proposiciones.

Obligó á Gerard á que se embarcara con ella en el segundo lago, al que llegaron á pie. Cuando el ingeniero, sorprendido de que hubiera podido recorrer tan largo trayecto, empezó á manejar los remos, Verónica le indicó la dirección de la ermita.

—Amigo mío—le dijo después de haber contemplado largo rato el cielo, el agua, las montañas y los bosques;—un favor tengo que pedir á usted, y espero que me lo concederá.

—Usted me manda. Todo lo que usted quiera será bueno.

—Quiero casar á usted; y si se cumpliera la voluntad de esta moribunda, sería feliz.

—Véame usted, amiga mía: soy demasiado feo—dijo el ingeniero.

—Ella es guapa y joven; quiere vivir en Montegnac, y si usted aceptara mi proposición, haría felices mis últimos momentos. No hablemos de sus cualidades; baste decir que vale mucho. Vamos á verla. Está en la ermita, y al regreso me dirá usted formalmente *sí* ó *no*.

El ingeniero apresuró el movimiento de los remos, lo que hizo sonreir á Verónica. Dionisia, que allí vivia oculta, abrió la puerta para que entrara Verónica con su acompañante. La joven enrojeció al observar que el ingeniero la miraba con una fijeza extraña. En efecto: le había gratamente impresionado la hermosura de la joven.

—¿Ha asistido á usted bien Catalina?—preguntó Verónica á Dionisia.

—Véalo usted—contestó aludiendo á la comida que tenía preparada.

—Presento á usted al señor Gerard, mi buen amigo, de quien he hablado á usted. Será el tutor de mi hijo después de mi muerte. Si llegara á realizarse mi deseo, ustedes...

—Señora...

—Míreme usted bien, hija mía—dijo Verónica refiriéndose á su estado de salud.

Por los ojos de Dionisia rodaron algunas lágrimas. Después, dirigiéndose á Gerard, continuó de este modo:

—Se me había olvidado decir á usted que viene de Nueva York, donde ha vivido algunos años.

Y éste fué el medio de que Dionisia y Gerard hablaran sin recelo, tanto más cuanto que Verónica fué á contemplar por última vez el lago del Gabon.

Al regreso hablaron Verónica y Gerard de esta manera:

—¿Y qué me dice usted?—preguntó Verónica.

—Que tiene usted la palabra.

—Aunque usted es un hombre despreocupado, convendrá decirle el motivo cruel que obligó á esta joven á abandonar el país.

—¿Alguna falta?

—No—repuso Verónica;—en tal caso, no se la hubiera presentado á usted. Es hermana de un obrero que pereció en el cadalso...

—¿De Tascheron; del asesino del avaro Pingret?

—Sí; es la hermana de un asesino—repitió Verónica con profunda ironía.—Ahora es usted quien tiene la palabra...

Al decir esto cayó Verónica desvanecida sobre un banco, y así permaneció algunos momentos. Cuando volvió en sí, Gerard estaba de rodillas á sus pies, y éstas fueron sus palabras:

—Me casaré con Dionisia.

Verónica cogió entre sus manos la cabeza de su buen amigo, y le besó en la frente. Después le tendió su mano, y estrechando la de Gerard fuertemente, le dijo:

—No tardará usted mucho en conocer la clave de este enigma. Procuremos ahora llegar á la terraza, donde estarán nuestros amigos. Es tarde,

me siento muy débil, y quiero dar el último adiós á la llanura.

Aunque el día estuvo caluroso, las tormentas, que fueron aquel año muy frecuentes, habían refrescado el aire, y molestaba el frío. El cielo estaba tan puro, que la vista podía percibir el más mínimo detalle en lo más remoto del horizonte.

¡Qué palabra podrá describir el delicioso concierto que forman los rumores lejanos de una población dedicada á las labores del campo, cuando los hombres regresan fatigados á sus pobres hogares! Entre la laxitud de la Naturaleza y la del hombre, hay una relación misteriosa, de imposible descripción; el calor amortiguado de un día canicular, y la rarefacción del aire, dejan percibir el menor ruido con toda su natural significación; las mujeres esperan á los hombres sentadas en las puertas, y de los tejados salen columnas de humo anunciadoras de que la cena frugal está dispuesta. Al poco tiempo, la Naturaleza y los hombres duermen profundo sueño, hasta que al nacer el nuevo día, surgen otra vez el movimiento, la animación y la vida; entonces el canto de las aves, que al anochecer fué tímido gorjeo, será al lucir el alba himno de alegría: la Naturaleza entera saludará con mil variados rumores la presencia del Sol.

Verónica permanecía silenciosa contemplando el espectáculo pintoresco que ofrecían los trabajadores al suspender las faenas del día, para buscar en sus casas el preciso descanso. Entre Gerard y el cura caminaba sin pronunciar una pa-

labra; y cuando cerca de ella pasaban los grupos de trabajadores, ó cuando las mujeres notaban su presencia desde las calles de la población, sus miradas, sus saludos y sus actitudes eran otras tantas demostraciones de gratitud respetuosa. ¡De cuántas y cuántas bendiciones era objeto Verónica en momentos tales!

Aquella tarde había en los rostros de los campesinos evidentes señales de tristeza, porque no era secreto para nadie que el señor Rubaud había ido á París, obligado por la gravedad de la dolencia que ponía en peligro la vida de la protectora de Montegnac; y esta expresión de sentimiento rebasaba el pueblo, y se extendió hasta diez leguas á la redonda.

Las buenas gentes de Montegnac procuraban consolarse aquel día con este sencillo argumento: «¿Se pasea?; señal evidente de que está mejor».

La madre de Verónica, sentada en el banco de hierro que ésta había mandado colocar en el extremo de la terraza, desde donde podía verse el cementerio de la población, miraba á su hija con los ojos preñados de lágrimas; lágrimas como de fuego, cuya honda huella marcábase en el semblante septuagenario de la infeliz mujer. Á su lado estaban el preceptor y el niño, que, sin darse cuenta de ello, rompió á llorar.

—¿Que tienes, hijo mío?—le preguntó su maestro.

—Que mi abuelita llora—respondió el inocente entre sollozos.

En aquel momento se dirigía Verónica hacia

ellos, y el joven sacerdote fijó la vista en la anciana Sauviat, semejante á una matrona romana petrificada por el dolor y bañada en lágrimas.

—Señora, ¿por qué la ha dejado usted salir?—dijo Ruffin á la madre de Verónica.

Á ésta veíasela venir á gran distancia con paso majestuoso y lento, y entretanto, la desgraciada madre, pesarosa de sobrevivir á su hija, más bien desesperada, dejó escapar de sus labios secretos sólo de ella conocidos.

—¡Sí, es verdad! ¡Y salir con un cilicio de crin que rasga sus carnes!

El joven sacerdote quedó asombrado, porque no podía explicarse cómo aquella mujer marchaba con el gracioso donaire que tantas veces había llamado su atención, ni cómo era posible aquel constante imperio del alma sobre la materia.

—Sí, señor—continuó diciendo:— hace ya trece años que le lleva puesto; desde que acabó de criar al niño. Aquí ha hecho milagros; pero si conocieran todos su vida, dirían que es santa. Desde que está aquí, nadie la ha visto comer: ¿sabe usted por qué? Porque Alina le da, tres veces al día, un pedazo de pan duro y una cazuela de legumbres cocidas en agua sin sal. Sí, señor; así se alimenta la que ha dado de comer á tanta gente; así se muere la que ha dado la vida á esta comarca. Además, ha de saber usted que para hacer sus oraciones se pone de rodillas en el cilicio, para mayor mortificación del cuerpo. Digo á usted todo esto para que lo sepa el médico que vendrá con el señor Ruband. ¡Quién sabe si, evi-

tando esas penitencias, se salvará su vida. ¡Aunque ya veo la mano de la muerte sobre su cabeza! Me parece imposible que haya sufrido tanto quince años seguidos...

La anciana Sauviat cogió la mano de su nieto, y la pasó por su frente, como si aquella manecita fuese para ella un bálsamo consolador. Después le dió un beso tan cariñoso y expresivo, que sólo ella podía interpretarlo en todo su valor.

A todo esto, Verónica se encontraba á pocos pasos del banco, acompañada del cura, de Clousier y de Gerard; iluminada por los últimos rayos del Sol, resplandecía su marchita belleza de un modo horrible; combatido su cuerpo, y destruída su alma por padecimientos apenas comprensibles, parecía una sombra de lo que fué. El alma de aquella mujer destruía las carnes de su cuerpo, como el Aquiles de la poesía profana arrastraba las del Héctor vencido.

Ni los solitarios anacoretas que vivieron en los áridos desiertos del África se impusieron tan crueles suplicios como aquella mujer heroica, viviendo en magnífico palacio y en la más espléndida opulencia. Su única satisfacción era contemplar con la mayor modestia los resultados de doce años de paciencia, bastantes para haber enorgullecido á un hombre superior.

De repente se detuvo á dos pasos de su madre, que la contemplaba como la madre de Cristo debió mirar á su hijo clavado en la cruz, y extendió su mano hacia el camino.

—¿Ve usted—dijo—aquel carruaje que la

fuerza de cuatro caballos arrastra hasta aquí? Es el señor Rubaud que regresa: pronto sabremos cuántas horas me quedan de vida.

—¡Horas!—dijo Gerard.

—¿No acabo de decir á usted, amigo mío, que es este mi último paseo? ¿No he venido á contemplar por la vez postrera el hermoso espectáculo de esta campiña rejuvenecida?

En aquel momento estaba la gente del pueblo reunida en la plaza de la iglesia, y las praderas veíanse iluminadas por los rayos del Sol.

—¡Ah!—exclamó;—déjenme ustedes ver una bendición de Dios en los beneficios con que el cielo que ahora contemplo ha favorecido nuestra cosecha de este año, á pesar de la destrucción de la de los pueblos inmediatos. Siento la necesidad de ver en esto un buen augurio que me permita cerrar los ojos tranquilamente.

El niño se levantó, cogió la mano de su madre, y la puso sobre su cabeza. Verónica, enternecida, haciendo un esfuerzo supremo, cogió al niño, y levantándole en alto, le dijo:

—¿Ves esos campos, hijo mío? Pues no olvides lo que voy á decirte: cuando seas hombre, continúa la obra de tu madre.

—Son muy pocos los seres privilegiados que pueden mirar cara á cara á la muerte, y sostener con ella un largo y terrible duelo. Este es el caso de usted, señora, á quien todos admiramos; pero tal vez sea usted poco piadosa con sus amigos. Déjenos usted creer que se equivoca, y que Dios le permitirá concluir su obra.

—Si he podido ser útil, ya no lo soy. Estamos rodeados de verdura, todo sonríe en torno nuestro; sólo mi corazón está muerto. Usted lo sabe, señor cura, no puedo encontrar ni paz ni perdón más que allí—dijo extendiendo el brazo hacia el cementerio.

El cura la contempló, y su continua costumbre de verla y comprenderla, hízole entender que había conseguido sobre ella un nuevo triunfo. Juntó sus manos, y con profunda emoción religiosa, dirigió la vista al grupo formado por aquella familia, cuyos secretos poseía.

Gerard, á quien las palabras paz y perdón parecían extrañas, quedó estupefacto.

El señor Ruffin tenía fijos los ojos en Verónica.

En aquel instante cruzaba entre los árboles del próximo camino el carruaje que conducía al médico.

—Vienen cinco personas dentro del coche—dijo el señor cura.

—¡Cinco!—repuso Gerard.—¿Sabrán más cinco que dos?

—¡Ah!—dijo Verónica;—viene entre ellos el procurador general. ¿Qué tendrá que hacer aquí?

—Y el señor Grossetéte también—exclamó el pequeño Francisco.

El cura, en cuyo brazo se apoyaba Verónica, dijo á ésta:

—Señora, es necesario tener valor; es preciso que sea usted digna de sí misma.

—¿Qué querrá?—dijo Verónica asomándose á la balaustrada.—¡Madre!

La vieja Sauviat, al oir que su hija la llamaba, corrió hacia ella con agilidad impropia de sus años.

—Voy á volver á verle—dijo á su madre.

—Si viene con el señor Grossetéte, no traerá malas intenciones.

—¡Ah!—exclamó la madre de Verónica al ver la mala impresión que sus palabras habían producido en la enferma.

En efecto, el rostro de Verónica había tomado la palidez de la muerte.

—¡Mi hija! ¡Que se muere mi hija!—gritó con amarga desesperación.—¡No; no es posible que su corazón pueda soportar tantos golpes!

El señor Grossetéte había impedido hasta entonces que aquel hombre volviera á ver á Verónica. La fisonomía de la enferma parecía en aquel momento teñida en sangre.

—¿Tanto le odia usted?—dijo el abate Bonnet.

—Salió de Limoges para no poner al pueblo en posesión de sus secretos—dijo la viuda de Sauviat, asustada al ver el rápido cambio que presentaban las facciones de su hijá.

—No es hora de pensar en quién envenenará las horas de vida que me quedan; ya no hay tiempo más que para pensar en el Cielo—dijo Verónica con lenta y apagada voz.

El cura ofreció el brazo á la enferma, y la obligó á dar algunos pasos por la terraza. Cuando estuvieron solos, fijó en ella una de esas mira-

das piadosas capaces de calmar las más violentas tempestades del alma.

—Si usted le aborrece, yo suplico á usted que le reciba sin cólera, y le perdone, como Dios perdonará á usted. Aún hay—continuó diciendo el buen sacerdote—un resto de pasión en el alma que yo creía purificada. Hay que quemar el último grano de incienso en el altar de la penitencia; si no, todo será mentira.

—Si era necesario este esfuerzo, ya está hecho—contestó Verónica enjugándose los ojos.—El demonio estaba metido en ese último pliegue de mi corazón, y Dios ha inspirado al señor de Grandville la idea de venir á verme. ¡Cuántas veces querrá Dios ponerme á prueba todavía!

Se detuvo como para hacer una plegaria mental, volvió al sitio donde estaba su madre, y dijo á su oído lo siguiente:

—Mi querida madre, es preciso estar complacientes con el señor Grandville.

La anciana, al oir á su hija, sintió un escalofrío febril, y dijo al abate Bonnet:

—¡Ya no hay esperanza!

El chasquido del látigo del postillón anunció que el coche subía la rampa del castillo. La verja estaba abierta; el coche entró en el patio, y los viajeros dirigiéronse á la terraza. Llegaron el ilustre arzobispo Dutheil, el procurador general y el doctor Rubaud, que daba el brazo á uno de los más célebres médicos de París, al señor Horacio Blanchon.

—Sean ustedes bien venidos—dijo Verónica

á sus huéspedes.—Y usted, particularmente—añadió tendiendo su mano al señor Grandville.

La admiración del arzobispo, de Grossetéte y de la Sauviat no tuvo límites, y los tres se dirigieron una mirada de asombro.

—Contaba con la influencia de monseñor y con la de nuestro común amigo Grossetéte, para obtener de usted una benévola acogida. Pena muy grande hubiera sido para mí no ver á usted en esta ocasión.

—Y yo lo agradezco mucho—dijo Verónica fijando sus ojos en Grandville por la primera vez desde hacía quince años.—He apreciado á usted durante mucho tiempo, y hoy reconozco que llegué á tratarle con injusticia; usted sabrá por qué, si me dispensa el honor de permanecer en mi casa hasta pasado mañana. El señor—continuó diciendo dirigiéndose especialmente al señor Blanchon, y saludándole—confirmará sin duda mis temores.

—Dios os envía—dijo después al señor arzobispo inclinándose ante él.—Espero de nuestra antigua amistad que le tendré á mi lado en mis últimos momentos. ¡Por qué favor veré hoy junto á mí á los que me han querido y me han sostenido en el camino de la vida!

Al decir *que me han querido*, dirigió la vista al señor Grandville, y éste, estimando el recuerdo, sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas.

Siguió un momento de silencio, durante el cual los dos médicos se preguntaron qué género

de milagro podría sostener en pie aquel cuerpo amenazado de muerte próxima.

—Permítanme ustedes—dijo—que me retire con estos dos señores, porque es urgente.

Y apoyada en los brazos de los dos médicos, se dirigió á sus habitaciones con paso tan lento y dificultad tanta, que á nadie pudo ocultarse la proximidad de la catástrofe.

—Señor Bonnet—dijo el arzobispo,—ha hecho usted verdaderos prodigios.

—Dios, monseñor—replicó el cura.

—La creíamos moribunda, pero está muerta—dijo Grossetéte.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó Grandville.

—Es de la naturaleza de los antiguos estoicos—dijo el profesor.—Gran milagro es la transformación de estos campos, que no conocerá quien los haya visto hace treinta años; pero mayor milagro me parece que hayan ustedes permitido á la enferma estar en pie.

—Estaba en la cama desde hacía seis días—respondió la señora Sauviat;—pero se ha levantado para ver el país por última vez.

—Lo comprendo—contestó el señor Grandville;—pero ha estado expuesta á morir en la terraza.

—El señor Rubaud nos dejó dicho que no se la contrariase—manifestó la señora Sauviat.

—¡Qué prodigio!—exclamó el arzobispo, cuyos ojos no se cansaban de admirar el paisaje.—¡Ha fertilizado el desierto! Aunque ya sé—dirigiéndose á Gerard,—que vuestra ciencia y vues-

tros trabajos han entrado por mucho en esta transformación.

—Nosotros hemos sido obreros, y ella fué la inteligencia.

La madre de Verónica se separó del grupo para saber la opinión del médico llegado de París.

—Necesitamos mucho valor—dijo el procurador general al arzobispo y al cura—para presenciar esta muerte.

—Ciertamente—dijo Grossetéte;—pero tal amiga todo lo merece.

Dos renteros de Verónica, en nombre de todo el vecindario, llegaron para conocer la opinión del nuevo médico.

—Están en consulta—dijo el arzobispo,—y nada sabemos.

El médico de cabecera se dirigió hacia el grupo, y todos corrieron impacientes hacia él.

—¿Qué hay?—dijo el alcalde.

—Que sólo tiene cuarenta y ocho horas de vida—respondió el señor Rubaud.—Durante mi ausencia la enfermedad ha adquirido tal desarrollo, que se hace imposible combatirla. El señor Blanchon no comprende cómo ha podido estar de pie. Estos fenómenos tan raros débense siempre á una gran exaltación: quiero decir con esto, señores,—añadió dirigiéndose al arzobispo y al cura,—que la ciencia es inútil, y mi ilustre compañero cree, como yo, que no deben ustedes perder tiempo.

—Hijos míos, id todos á rezar las Cuarenta Horas—dijo el cura á sus feligreses.

—¿Su Eminencia—dijo el cura al arzobispo —se dignará administrar á la enferma los últimos Sacramentos?

El arzobispo movió la cabeza afirmativamente, porque la pena no le dejaba articular palabras.

Todos se separaron, y unos de pie, sentados otros, apoyándose aquéllos en la balaustrada, dieron silenciosas muestras del más agudo dolor; las campanas de la iglesia resonaron con lúgubre eco; oyéronse los pasos de la población entera que acudía, ansiosa de que no se confirmara la terrible noticia; la llama de los cirios iluminó los árboles del jardín, y extendióse por los campos la rojiza luz crepuscular.

—Cumpliré mi deber—dijo el arzobispo dirigiéndose con lento paso hacia el castillo, y con la cabeza baja, como si un peso enorme le abrumara.

La consulta se verificó en el gran salón del castillo, situado en la planta baja, donde el fastuoso Graslin había desplegado la magnificencia propia de los hombres de la Banca, y en el cual puede asegurarse que Verónica no habría entrado media docena de veces en catorce años; pero el gran esfuerzo que acababa de hacer había agotado sus fuerzas de tal modo, que le fué imposible subir las escaleras. Cuando el médico parisiense pulsó á la enferma, dirigió una expresiva mirada á su compañero. Entre los dos la cogieron, y la llevaron al lecho que había en un gabinete próximo, cuyas puertas abrió Alina de par en par. Como en todas las camas de respeto,

en aquélla no había sábanas, y colocaron á Verónica sobre un cubrepiés de damasco rojo. Rubaud abrió las ventanas, y llamó; la anciana Sauviat y los criados acudieron, y encendieron las amarillentas bujías de los candelabros.

—Estaba dispuesto—dijo Verónica sonriendo—que mi muerte fuera digna de un alma cristiana: una fiesta. El señor procurador general ha cumplido con las obligaciones de su cargo...

La madre de Verónica puso un dedo sobre los labios de su hija para que callara.

—Madre mía, no; necesito hablar—dijo Verónica.—En todo veo la mano de Dios. Voy á expirar en una habitación tapizada de rojo...

La anciana Sauviat salió horrorizada de la alcoba.

—¡Alina, está hablando!—dijo á la fiel criada de la enferma, que entraba con las sábanas.

—Es que la señora ha perdido el conocimiento. Mande usted avisar al señor cura.

—Hay que desnudar á la enferma—dijo el señor Blanchon á la doncella.

—Será difícil, porque la señora está envuelta en un cilicio de crin.

—¡Cómo!—exclamó el médico;—¿en el siglo XIX están en práctica tales horrores?

—Por eso, sin duda—dijo Rubaud,—no me ha permitido reconocer su estómago. Por el estado del rostro, por el pulso y por los informes de su madre y de su doncella, he tenido que formar mi juicio acerca del padecimiento.

Habían sentado á Verónica en un sofá, mien-

tras la madre de Verónica y Alina preparaban la cama colocada en el fondo de la habitación. Los médicos hablaban en voz baja, y el espanto y el dolor veíanse retratados en la cara de las dos mujeres, en cuyo cerebro dominaba la misma idea: «haremos su cama por última vez».

La conversación de los médicos fué breve, y desde luego ordenó Blanchon á la madre de la enferma que, quisiera ésta ó no quisiera, arrancase de su cuerpo el cilicio, y lo sustituyera por una camisa.

Los médicos se retiraron al salón después de dar esta orden; y cuando Alina salió con aquel instrumento de tortura envuelto en una servilleta, dijo:

—El cuerpo de la señora es una pura llaga.

Volvieron á entrar los médicos en la alcoba.

—Tiene usted una voluntad más firme que la de Napoleón—dijo el médico de París á Verónica después de hacerle algunas preguntas, que fueron contestadas con gran claridad y precisión.—Usted conserva su espíritu y sus facultades en el último período del padecimiento, cuando aquel gran hombre perdió su luminosa inteligencia. Según lo que me han dicho de usted, debo decir toda la verdad.

—Os lo suplico de rodillas. Usted puede medir mis fuerzas; necesito vivir algunas horas.

—No piense usted más que en su salud.

—Si Dios me permitiera morir con mi cabal conocimiento—respondió con una sonrisa plácida,—crea usted que me dispensaría un favor

útil para la mayor gloria de su santa Iglesia. Mi inteligencia es necesaria para cumplir con Dios, mientras que Napoleón no la necesitaba en sus últimos momentos, porque su misión sobre la Tierra había concluido.

Los dos médicos se miraron con asombro al oir expresarse á Verónica con la misma facilidad y dominio de sí misma que si estuviera en cabal salud hablando con sus amigos.

—¡Ah!; he ahí el médico que va á curarme—dijo al ver entrar al arzobispo.

Verónica reunió todas sus fuerzas para dominarse y despedirse amablemente del señor Blanchon, á quien suplicó que aceptase algo más que dinero por sus buenos servicios. Habló al oído á su madre, y está salió con el médico; rogó al arzobispo que esperase la llegada del señor cura, y manifestó á Alina su deseo de dormir un rato. A eso de la media noche se despertó, y llamó al arzobispo y al cura, que estaban rezando por ella. Con una señal despidió á su madre y á Alina, y con otra indicó al arzobispo y al cura que se acercaran.

—Nada diré á monseñor ni al señor cura que ya no sepan. Usted, monseñor, fué el primero que reconoció mi alma, y conoce mi pasado; mi confesor, este ángel que el Cielo ha puesto cerca de mí, sabe algo más; he debido confesárselo todo. Ahora necesito consultar á ustedes el propósito que tengo para dejar la vida como buena cristiana. Si el Cielo perdona al que se arrepiente, quiero que mi arrepentimiento sea el mayor que haya

podido sentir alma culpable. ¿Creen ustedes que he hecho bastante?

—Sí—dijo el arzobispo;—sí, hija mía.

—No, padre mío, no—dijo Verónica incorporándose en el lecho y arrojando por sus ojos rayos de luz.—Muy cerca de aquí hay una tumba donde yace un desgraciado á quien el mundo tacha de criminal; y hay aquí, en este palacio suntuoso, una mujer á quien el mundo cree modelo de virtudes. A aquél se le maldice, y sobre la mujer caen todas las bendiciones. Toda la reprobación para él...; yo, yo, gozo del general aprecio, cuando fuí el origen del suceso, cuando la mayor parte del atentado á mí me corresponde indirectamente: y mientras yo le debo todo cuanto soy, hasta los méritos que me atribuyen, él pereció mártir del silencio y de la discreción. Moriré dentro de algunas horas, llorándome todos, y él murió rodeado de injurias y aborrecido por las gentes. Vosotros, mis jueces, habéis sido conmigo demasiado clementes; pero la mano de Dios, menos suave que la vuestra, me ha castigado á todas horas, como advirtiéndome que la expiación no era completa. Mis faltas no serán perdonadas si no hago de todas ellas una pública confesión. Él dió su vida con ignominia á la faz del Cielo y de la Tierra, y yo no quiero morir engañando al mundo y á la justicia humana.

Los dos sacerdotes, el príncipe de la Iglesia y el humilde cura de aldea, oyeron en silencio y con los ojos bajos aquellas solemnes palabras llenas de grandeza, sin atreverse á contestarlas,

—Hija mía—dijo después de breve pausa el arzobispo,—usted pretende rebasar los mandamientos de la Iglesia. La mayor gloria de la Iglesia ha sido concordar sus dogmas con las costumbres de los tiempos, y la confesión secreta sustituyó á la confesión pública. Los sufrimientos de usted han rescatado su alma. Puede usted morir tranquila. Dios la ha oído.

—Pero ¿acaso no estoy conforme con las primeras leyes de la Iglesia, que llevaron al Cielo más mártires y santos que estrellas hay en el firmamento?—respondió Verónica con la mayor vehemencia.—Permítanme hacer una confesión pública de todas mis faltas; sepa el mundo que cuanto bien he hecho, no ha sido más que el pago de una deuda. No quiero que después de mi muerte se descubra el velo engañoso que me cubre: esta idea abrevia mis horas de vida.

—Veo en lo que usted me dice algo de cálculo. Aquellas pasiones no están extinguidas, y...

—Juro á usted—dijo interrumpiendo al arzobispo—que mi corazón está tan purificado, como pueda estarlo el de la mujer más culpable. No me domina más idea que la de Dios.

—Cuatro años hace—dijo el humilde cura con voz entrecortada por la emoción—que vengo oponiéndome á esta idea, tan fuertemente arraigada. He llegado hasta el fondo de su alma, y la justicia de la Tierra de nada puede acusar á mi hija de penitencia. Sí; yo garantizo—dijo extendiendo su mano sobre la cabeza de la enferma—la pureza de su alma angelical. Por otra

parte, veo en su insistencia como una reparación que cree debida á una familia ausente...

Verónica cogió con su mano temblorosa la del sacerdote, y la besó.

—Ha sido usted muchas veces demasiado duro con esta infeliz mujer—dijo Verónica,—y en estos momentos descubro cuánta ha sido la bondad de usted para conmigo. Usted—dijo dirigiéndose al arzobispo;—usted, jefe supremo de este rincón del reino de Dios, espero que sea en mis últimos momentos mi amparo y mi sostén.

El arzobispo permaneció silencioso, pesando las consideraciones que aquella escena le sugería.

—Monseñor—dijo el cura,—la religión ha sufrido terribles ataques; ¿no podrá considerarse como un triunfo para ella esta regresión hacia sus antiguos usos?

—Se dirá que somos fanáticos; se dirá que hemos preparado esta cruel escena.

El arzobispo volvió á entregarse á sus meditaciones.

En aquel momento entraron en la habitación de la enferma los dos médicos; y al abrirse la puerta, Verónica vió en la gran sala á su madre, á su hijo, á los dependientes de la casa y á dos curas párrocos, en actitud de orar. El señor Blanchon no quiso regresar á París sin saludar por última vez á la moribunda, y darle gracias por la esplendidez con que había pagado sus servicios. Tomó la mano de Verónica, y la puso sobre el lecho para pulsarla.

Fué aquél un momento solemne: las dos hojas de la puerta que comunicaba con el salón estaban abiertas; en él oraban, puestas de rodillas, las personas antes citadas, menos los dos sacerdotes, que estaban sentados leyendo en sus breviarios; á la cabecera de la enferma, veíase al arzobispo con su severo traje morado, al señor Bonnet y á los dos hombres de ciencia.

—Está agitada hasta en la muerte—dijo el señor Blanchon.

El arzobispo, obedeciendo á un impulso interior, llamó al señor Bonnet, y los dos, atravesando la sala, se dirigieron á la terraza, donde pasearon algunos momentos discutiendo sobre el caso de disciplina eclesiástica que había planteado Verónica con tanta insistencia. En esto estaban, cuando se presentó el señor Rubaud diciendo:

—Mi compañero ruega á ustedes que se den prisa, porque la enferma se muere por efecto de una agitación extraña á su padecimiento.

El arzobispo apresuró el paso, y entró en la alcoba. Verónica le miró con ansiedad.

—Se hará lo que usted quiere—dijo el arzobispo á la enferma.

Blanchon, que pulsaba á Verónica, hizo un movimiento de sorpresa, y miró á los dos sacerdotes.

—Esta enferma no nos pertenece; las palabras de usted, monseñor, han reanimado un cuerpo muerto. Parece un milagro.

—Hace mucho tiempo que el alma llena toda

su vida—dijo el señor Rubaud, no sin que Verónica le dirigiera una mirada de agradecimiento.

Viva sonrisa de satisfacción devolvió al rostro desencajado de Verónica el aspecto inocente y plácido de los diez y ocho años: tal impresión produjo en ella el convencimiento de que su expiación sería completa. El color sombrío, las manchas lívidas, las alteraciones de todo género, desaparecieron: diríase que el rostro de Verónica había estado cubierto hasta entonces con una máscara que acababa de caer. Por la última vez iba á transformarse aquella fisonomía, según los sentimientos que movían su alma; todo en ella se purificó, se esclareció, como si sobre su rostro cayera el vivo reflejo de las fulgurantes espadas de los ángeles de su guarda.

Volvió á ser aquélla que en otros días llamaron en Limoges «la bella señora Graslin»; pero el amor divino era más poderoso que el amor culpable: aquél puso de relieve todas las fuerzas vitales, y éste alejaba los desfallecimientos de la muerte.

Oyóse un grito ahogado: era que la señora Sauviat saltó a la cama para ver mas de cerca á Verónica, diciendo:

—¡Gracias á Dios que vuelvo á ver á mi hija!

La expresión que dió la anciana á las palabras *mi hija* fué tal, que todas los circunstantes se sintieron vivamente emocionados.

El ilustre médico cogió la mano de Verónica, la besó, salió de la estancia, y momentos después el ruido del coche que le conducía turbó por un

momento el silencio de los campos. Aquel rumor significaba que no era posible conservar la vida de la mujer que había encarnado el alma del país.

Verónica sintió deseos de descansar, y durmió hasta el amanecer. Los demás, rendidos de fatiga, descansaron también. Cuando Verónica despertó, dijo que se abrieran las ventanas de su cuarto para ver la salida del Sol de su último día.

Á las diez de la mañana el arzobispo, con sus hábitos pontificales, entró en la habitación que ocupaba Verónica; y como él y el cura confiaban en la discreción de la enferma, se abstuvieron de hacerle recomendaciones acerca de los límites en que debía circunscribir sus palabras. Verónica vió reunido el clero de los pueblos inmediatos. Monseñor debía estar asistido por cuatro curas. Los magníficos ornamentos ofrecidos por ella á la parroquia daban gran realce á la ceremonia. Ocho niños de coro, con sus trajes rojos y blancos, estaban alineados en dos filas desde los pies del lecho hasta el salón, teniendo en sus manos grandes candeleros de bronce traídos de París por encargo de la enferma en mejores días, y la cruz y el estandarte de la iglesia estaban sostenidos por dos sacristanes con pelucas blancas. En uno de los frentes del salón habíase colocado uno de los altares de la iglesia para que el señor arzobispo dijera la misa, y Verónica agradeció todo aquel aparato, que sólo se aplicaba á las personas reales. Como todas las puer-

tas estaban abiertas, la infeliz Verónica pudo ver á la población en masa reunida para presenciar la fúnebre ceremonia. La servidumbre de la casa ocupaba el salón, y cerca de la puerta estaban Grossetéte, Grandville, Gerard, Clousier y Ruffin. Para evitar que la voz de la penitente llegara al público, convinieron en permanecer unidos y de pie mientras hablara. Una circunstancia natural podría favorecer el propósito de los amigos: los llantos y los sollozos de las gentes apagarían la voz de la moribunda, como así fué. Dos personas llamaron la atención: Dionisia Tascheron, cuyo traje extranjero no dejaba á muchos reconocerla, y el procurador general, que al reconocer, como otros reconocieron, á Dionisia, comprendió algo de lo que se iba á tratar. Aquél desde luego se hizo cargo de la situación. Menos sugestionado por el aparato religioso que los demás concurrentes, Grandville sintió espanto en el corazón, y vió claro el drama que se había representado en el hotel de la señora de Graslin durante el proceso Tascheron; aquel trágico desenlace reapareció en su memoria, borradas las sombras que lo envolvían por los rayos de odio que salían de los ojos de la vieja Sauviat, y que caían sobre él como plomo derretido. El representante de la justicia humana sentía estremecimientos febriles, y no se atrevía á mirar al lecho donde la mujer á quien tanto había amado estaba á las puertas de la muerte, haciendo esfuerzos para dominar su agonía con la misma grandeza de su falta.

A las once empezó la misa. Cuando el cura de Vizay leyó la epístola, el arzobispo se quitó la dalmática, y fué á colocarse á la puerta de la alcoba.

—Cristianos reunidos aquí para asistir á la ceremonia de la Extremaunción, que va á administrarse á la dueña de esta casa—dijo;—vosotros, los que unís vuestras plegarias á las de la Iglesia para que Dios le conceda la vida eterna, sabed que no se ha considerado digna en esta hora suprema de recibir el Santo Viático, sin haber hecho antes una confesión pública de la mayor de sus faltas. Nos hemos resistido en lo posible á tan piadoso deseo, aunque este acto de contrición lo admitía la Iglesia en sus primitivos tiempos; pero como esta infeliz pecadora cree que se trata de la rehabilitación completa de un desgraciado hijo de esta parroquia, hemos permitido que siga libremente las inspiraciones de su arrepentimiento.

Después de estas palabras, dichas con gran solemnidad, el prelado se retiró para dejar el sitio á Verónica.

La moribunda apareció sostenida por su anciana madre y por el abate Bonnet, grandes y venerables imágenes en aquel solemne momento, porque ella debía su cuerpo á la maternidad, y su espíritu, á la Iglesia. Colocóse de rodillas sobre un almohadón, juntó las manos, y se recogió en sí misma para pedir al Cielo las fuerzas que necesitaba. El silencio era absoluto; nadie alzaba los ojos para ver á su vecino.

—No hubiera muerto en paz —dijo Verónica con alterada voz—dejando tras de mí la falsa idea que cada uno de vosotros habrá formado de la infeliz mujer que os habla. Ved en mí una gran criminal que se recomienda á vuestras oraciones, y que aspira al perdón mediante la confesión pública de su falta. Fué tan grave y funesta, que no hay penitencia posible para redimirla. Pero cuantas más humillaciones haya sufrido en la Tierra, menos podré temer la justa cólera divina. Mi padre, que tenía gran confianza en mí, me recomendó hará veinte años á un hijo de esta parroquia, en quien había reconocido grandes cualidades. Aquel niño fué el desgraciado Juan Francisco Tascheron, quien desde luego se unió á mí como á su bienhechora. ¿Cómo ese cariño, al que yo correspondía, llegó á ser culpable? He aquí lo que no creo necesario explicar. Lo cierto es que en la vida suelen degenerar los más puros sentimientos, por una serie fatal de causas inesperadas, pero siempre explicables y por efecto de nuestra propia fragilidad. Pero ¿es que soy menos culpable porque los más nobles afectos hayan sido mis cómplices? Debo confesar aquí, que yo, por mi educación, por mi posición en el mundo, y hasta por la delicadeza propia de mi sexo, debía creerme superior al niño confiado por mi padre, y, sin embargo, escuché la voz del demonio; debí permanecer insensible ante su muda admiración, y no lo hice. Tal vez creyera en la discreción de un niño que todo me lo debía; acaso hayan pasado por mi

mente terribles cálculos... En fin, he encontrado en mis piadosas ocupaciones y en mi nombradía de bienhechora un manto protector de mi conducta. ¡Ah; y he aquí una de mis mayores faltas! He ocultado mi pasión en la sombra de los altares: las más virtuosas acciones, el amor que tengo á mi madre, los actos de sincera devoción en medio de tantos extravíos, todo lo he puesto al servicio de una pasión insensata. Así, mi madre adorada, que me está escuchando, ha sido, sin saberlo, cómplice inocente de mi conducta. Cuando lo supo todo, tantos riesgos me amenazaban, que su corazón de madre le impuso el silencio: el silencio ha sido una de sus más grandes virtudes; su amor hacia mí ha triunfado del amor debido á Dios. Yo la descargo solemnemente del grave peso que por mi culpa ha soportado: quiero que su vejez brille con todo su esplendor, rompiendo el eslabón que la unía á tanta infamia...

El llanto interrumpió por algunos momentos á Verónica, y Alina acudió á ella haciéndola aspirar un pomo de sales.

—Todos, hasta la cariñosa sirviente que acaba de prestarme este último servicio, se han portado conmigo mejor que he merecido. Alina ha aparentado ignorar lo que sabía; pero ella también estaba en el secreto de cómo he mortificado mi carne pecadora. Pido perdón al mundo por haberle engañado, arrastrada por su terrible lógica. Juan Francisco Tascheron no fué tan culpable como se ha creído. Suplico á cuantos me escuchan, que tengan en cuenta su juventud y esa

especie de embriaguez excitada por los remordimientos y por involuntarias seducciones. Nosotros, el uno y el otro, nos dolíamos del continuo engaño en que vivíamos, y él apelaba á mi propia grandeza para hacer menos sensible la herida que á otro causábamos con nuestro fatal amor. Declaro, pues, que yo he sido la causa de aquel crimen. Impulsado por la necesidad, el desgraciado, culpable de su amor al ídolo de su vida, eligió entre todos los actos reprensibles aquél cuyos daños y consecuencias habían de ser irreparables. Yo nada supe hasta el momento mismo. Al ejecutarlo, destruyó la mano de Dios el artificio engañoso en que vivíamos. Creo oir gritos, rumor de lucha sangrienta, que no he podido evitar, y me veo yo objeto de tal locura. Sí; Tascheron estaba loco: yo lo afirmo.

Al decir esto, Verónica dirigió una mirada al procurador general, y la infeliz Dionisia lanzó un profundo suspiro.

—Aquel desventurado—continuó diciendo Verónica,—extraviado por su corazón, pensó cometer un delito, y el delito le llevó al doble asesinato: el que salió inocente de la casa de mi madre, volvió culpable. Nadie mejor que yo sabe que no hubo premeditación ni otras circunstancias agravantes merecedoras de la pena de muerte. Mil veces pensé presentarme á la justicia para salvarle, y otras tantas un heroísmo necesario y superior á mi voluntad, selló mis labios; mi presencia tal vez contribuyera á darle el valor odioso é infame de los asesinos. Yo había

formado su alma, educado su inteligencia, abierto su corazón, y yo le conocía. Era incapaz de cobardías ni de bajezas. Haced justicia á aquel inocente; haced justicia á aquél á quien Dios, en su infinita clemencia, dejó dormir en paz dentro de la tumba tantas veces regada con vuestro llanto, porque presentíais la verdad. Maldecid, en cambio, á la culpable, que soy yo. Asustada ante aquel crimen, procuré ocultarlo. Recibí el encargo de educar á un niño, y le conduje al cadalso: sean para mí los más duros cargos. ¡Confundidme, anonadadme! ¡Ha llegado el momento!

Al decir estas palabras, brillaban sus ojos con fiereza salvaje. El arzobispo, en pie tras ella, protegiéndola con su cruz pastoral, abandonó su actitud impasible para enjugar sus lágrimas. Un grito sordo se oyó, como si alguien sucumbiera. Dos personas, Gerard y Rubaud, sacaron en sus brazos fuera de la sala á Dionisia, atacada de un fuerte síncope. Este espectáculo amortiguó el brillo que despedían los ojos de Verónica: pero su serenidad de mártir no tardó mucho en reaparecer.

—Sabedlo—dijo;—no merezco ni alabanzas ni bendiciones por mi conducta aquí. En secreto, me he castigado con las más duras penitencias, que el Cielo apreciará; en público, me he consagrado á reparar en lo posible los males que causé. Con trazos imborrables he marcado en esta tierra mi arrepentimiento: está escrito en las campiñas fertilizadas, en el pueblo engrandecido, en los arroyos que hoy vierten sus aguas en la llanura,

antes inculta y ahora productiva. No se cortará un árbol de aquí á cien años, sin que la gente sepa á cuántos remordimientos debieron su sombra. Mi alma arrepentida vivirá mucho tiempo entre vosotros. Está reparado cuanto concierne á la sociedad; pero yo sola sigo siendo responsable de una vida tronchada en flor, de la vida que se me había confiado, y de la cual debo dar cuenta á Dios.

Las lágrimas empañaron el brillo de sus ojos, y se vió obligada á hacer una pausa.

—Está entre vosotros un hombre que, por haber cumplido su deber, fué para mí un objeto de odio, que yo esperaba fuese eterno. Él ha sido mi primer instrumento de suplicio. El suceso me tocaba muy de cerca; mis pies casi rozaban la sangre vertida. La justicia me era odiosa. Ahora reconozco que nada tengo que perdonar. Por lo mismo que ha sido más penosa esta victoria, resulta más completa.

El rostro del señor Grandville se cubrió de lágrimas, como si la justicia humana tuviera también remordimientos.

Cuando la penitente hizo un nuevo esfuerzo para continuar hablando, se fijaron sus ojos en la noble figura de un anciano que también lloraba, y extendía hacia ella sus brazos suplicantes, como diciendo: *¡bastante!* Era Grossetéte.

Verónica dominó con su mirada penetrante á la concurrencia, y todos lloraban. Al mismo tiempo, rumor de sollozos llegó á sus oídos. Conmovida ante tales manifestaciones de dolor y de

simpatía, sintióse dominada por tan extrema debilidad que no pudo sostenerse en la posición que tenía. Giraron sus ojos, su respiración se hizo augustiosa, mortal palidez cubrió su rostro, y hubiérase desplomado como castillo que cae sobre sus propios cimientos, si la buena madre de tan heroica mujer no hubiera acudido á ella con las fuerzas de la primera juventud para sostenerla y llevársela.

—Cristianos—dijo el arzobispo,—habéis oído la confesión de esta penitente. Ella confirma el fallo de la justicia humana. Ved en esto nuevos motivos para unir vuestras oraciones á las que la Iglesia ofrece á Dios en el santo sacrificio de la misa, para implorar su misericordia en favor de tan sublime arrepentimiento.

Continuó el oficio divino, y Verónica lo siguió, demostrando una interior alegría tan grande, que no parecía la misma mujer. Su rostro tomó de nuevo la cándida expresión de los años juveniles. La luz del cielo caía sobre su frente. Oía, sin duda, místicas armonías y sentíase deseosa de dejar la vida para unirse más pronto á Dios.

El cura Bonnet se acercó á ella, y le dió la absolución. El arzobispo le administró los Santos Oleos, y con ellos fueron santificados todos los sentidos. Preparada de este modo, Verónica recibió el cuerpo de Jesucristo con tal expresión de alegría y esperanza, que hasta el incrédulo Rubaud debió de sentirse católico en aquel momento. El espectáculo era terrible y conmovedor al mismo tiempo.

Cuando la moribunda oyó el Evangelio de San Juan, hizo á su madre una señal para que trajeran á su hijo.

Francisco se arrodilló; Verónica colocó sus manos sobre la cabeza del niño como para bendecirle, y lanzó el postrer suspiro.

Allí, como hacía veinte años, de pie, firme en su puesto, estaba la anciana Sauviat. Ella cerró los ojos de su hija, y los besó.

Todos los sacerdotes rodearon el lecho de la muerta, y entonaron el *De profundis*, oído por toda la población arrodillada en torno del castillo.

La confesión de aquella gran mujer no había llegado á más oídos que á los de sus íntimos amigos.

Cuando los labradores de las cercanías se unieron á los de Montegnac para contemplar por última vez á su bienhechora, vieron que á su lado estaba un representante de la justicia, sumido en el más profundo dolor, oprimiendo entre las suyas la mano yerta de aquella mujer sublime, á quien, sin quererlo, había castigado con tanta crueldad.

Dos días después fué conducido el cadáver de Verónica á su última morada. En medio del mayor silencio, cayó su cuerpo en la fosa. Nadie pronunció una palabra, porque el sentimiento ahogaba la voz en todos los pechos. Sólo las lágrimas corrían abundantes por las mejillas de los circunstantes.

—*¡Era una santa!*—decían aquellas sencillas gentes al separarse.

Á nadie extrañó que Verónica fuese enterrada al lado de Juan Francisco Tascheron. Ella no hizo en vida la menor indicación sobre este punto; pero su madre recomendó que así se hiciera, para que reposasen juntos aquéllos á quienes la tierra había separado, y ya estaban unidos por el arrepentimiento.

Verónica ordenaba en su testamento la creación de un asilo para ancianos indigentes del cantón, para los enfermos, para las parturientes pobres y para los niños abandonados, que debería llamarse Asilo Tascheron. Estaría á cargo de hermanas de la Caridad, y señalába cuatro mil francos de sueldo al cirujano y al médico, Suplicaba á Rubaud que fuera el primer médico y que vigilara las condiciones higiénicas del edificio, de acuerdo con Gerard, que dirigiría la construcción como arquitecto.

Señalaba premios para las escuelas, y mandaba adquirir camas para el asilo de los obreros; destinaba trescientos mil francos en seis años para adquirir la parte del pueblo llamada *los Taschерons*, donde se construiría el asilo de que se ha hecho mérito; concedía al ayuntamiento de Montegnac una porción de terreno, cuya renta equivalía á la contribución señalada al pueblo, y dotaba á la iglesia con los fondos necesarios para dar carrera á los hijos de padres pobres que quisieran dedicarse á las artes, á las ciencias ó á las industrias.

La noticia de la muerte de Verónica fué considerada como una calamidad en aquella comar-

ca, y el nombre de su protectora fué pronunciado siempre con el mayor respeto.

Gerard se estableció en el castillo, como tutor del joven Francisco, y á los tres meses de la muerte de Verónica contrajo matrimonio con Dionisia Tascheron, en quien encontró el hijo de Verónica una segunda madre.





INDICE

Páginas.


Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA





S. CALLEJA. MADRID

CERVANTES